
EL ESPEJO.



(*Á mi buen amigo D. José del Perojo.*)

I.

Penetremos en la cárcel de Madrid.—Era uno de esos días esplendorosos del mes de Diciembre, con los que se engalana la naturaleza como con un collar de brillantes; uno de esos días en que al despertar se siente la influencia de la religion, porque los primeros impulsos del alma son para dar gracias al Creador de ese cielo, desde donde el Sol derrama por todas partes sus rayos como Él su misericordia. Era domingo, y el pueblo se entregaba á celebrar esta festividad; parece que en estos días el ánimo se entristece, y con mayor facilidad se recuerda el cementerio donde en perpétua sombra duermen el eterno sueño seres que despertaron en nuestras almas profundo dolor con su muerte. Quizás por esta causa tambien en estos días se ama más que nunca, y todos los impulsos del corazon parecen adquirir doble fuerza. Dejemos á la generalidad gozar de tantas delicias, y no abandonemos á quien no puede disfrutarlas; ven, lector, á acompañar con nosotros al pobre preso, en cuya miserable estancia no penetra ni la suave brisa necesaria para purificar tan viciada atmósfera, ni aún los rayos de ese Sol que cual una red de oro se extiende por todas partes. La oscuridad que allí se nota es únicamente comparable con la del alma del que aquella mansion habita.

En un desmantelado calabozo hállase tendido sobre mal colchon un jóven de aspecto verdaderamente misterioso.

El ménos observador no hubiera dejado de estudiar la fisonomía del preso.

Dibújase en su estrecha frente firmeza de carácter; en su inalterable entrecejo las más crueles ideas; pero la ternura, la pasión y el entusiasmo jamás han hallado más fiel espejo en que reflejarse que sus ojos: despréndese de su boca esa ligera y desdeñosa sonrisa, símbolo de la soledad del corazón, eco de los ayes del alma y emblema de la falta de ilusiones. Pálido, de espesa y negra barba, de ademán y porte distinguidos, el personaje que nos ocupa pertenece al escaso número de seres que inspiran indecible curiosidad de conocer los sentimientos que abrigan. Sin ser afectada, es elegante su manera de vestir; á pesar del polvo que cubre su traje, se nota una distinción exquisita en la forma de su frac, pantalón y chaleco negros.

Lleva de vez en cuando sus ojos hácia el cielo, no sabemos si en señal de resignación; pero es lo cierto que su mirada, y con ella su alma, deben hallarse muy léjos de la tierra. Su llanto, unas veces contenido, otras insostenible, aumenta la compasión que el infeliz inspira.

Habla, sí, pero muy de tarde en tarde, y son sus frases tan incoherentes, tan bajo su acento, que sólo hemos podido oír:

—¡Por un espejo!

Lector, ¿quieres saber el nombre del preso? Se llama Santiago Peransurez, y su persona y apellido son bastantes conocidos en Madrid.

¿Nos cabrá la suerte de haber interesado tu curiosidad, y querrás también saber su historia? Si así es, poco tardarás en satisfacer tu deseo.

Hállase Peransurez tan absorto en sus ideas, que no presta atención ninguna al ruido que hacen rechinando sobre sus enmohecidos goznes los cerrojos de la formidable puerta que le priva de su libertad; ábrese ésta y deja ver en el umbral á un venerable anciano de agradabilísimo aspecto, que al ver al preso, enjuga una lágrima de sus ojos, diciendo para sí:

—¡Si su padre viviera... pobre amigo mio!

Y adelantándose con el vacilante paso de la vejez y de la más completa emoción, exclama:

—Santiago, Santiago... ¿no me conoces?... Soy el mejor, el

único amigo de tu padre; ven, no vaciles, abraza al pobre viejo que te ha visto nacer, que te quiere tanto, que ha jugado contigo cuando eras niño; ¿no me conoces todavía? Soy Rui-Perez.

Y repitiendo este apellido, sin duda queridísimo para él, Santiago abrazó con toda el alma al anciano, que lloraba amargamente.

—Sr. D. Antonio, ¿cómo V. por aquí?

—Mi visita te habrá sorprendido, hijo mio, lo comprendo; despues de tantos años de ausencia, no me esperarías sin duda; pero sabrás que sólo hace una semana que he llegado de Francia; he pasado cuatro dias en la cama, porque ya no estoy para viajes, y en mi convalecencia supe lo que te habia sucedido: ¡qué catástrofe! Mi primer impulso fué acudir en tu socorro, mas tuve que aguardar á que no estuvieras incomunicado, y hoy ya me tienes junto á tí dispuesto á ofrecerte mi propia vida, y seas ó no culpable, á consolarte con inmenso cariño; pero habla, ¿qué te sucede? Desahoga, Santiago, tu pobre corazon en el mio.

—Gracias, gracias, Rui-Perez, ¡no merezco tanto bien! Nada me sorprendiera su visita de V., si fuese precursora de nuevos infortunios, que sólo estos puede ya ofrecerme la vida; pero permita V. que me crea víctima de una pesadilla, oyendo de sus labios ofertas de consuelo y cariño, cuando estoy convencido de que estos bienes suelen perderse en el mundo en las sombras de la desgracia.

—¡Enfermo, muy enfermo encuentro tu corazon!

—Herido por la ingratitud, ¿cómo quiere V. que viva?

—Tu mal tiene remedio.

—No lo crea V., que suelen ser cancerosas estas llagas.

—Hay bálsamos para ellas.

—Uno solo conozco; ¡la muerte!

—Pero en ese no te es permitido pensar siquiera.

—¡Y para qué quiero la vida!.. ¡Si supiera V. el odio que la tengo!

—No hables así, hijo mio; no pierdas la razon que puede disculpar tu falta, y la natural que Dios te ha dado.

—Ninguna de las dos necesito. Sólo ansío sufrir, y aliento únicamente para escuchar los ayes de mi alma.

—Sosiégate, Santiago. ¡Qué fenómeno tan singular ofrecemos tú y yo: el anciano con un pié en la sepultura, hablando de la vida; y el jóven, que tantos dias tiene aún por delante, llamando á la muerte!

—Eso consiste en que no hay veneno más activo para el alma que la ingratitud, ni peores canas que las que tienen su raíz en el corazon, envejecido por la pérdida de la esperanza: no lo dude V., señor mio; ¡no hay ancianidad más cruel que la causada por el desengaño! Mientras nos vemos queridos, quisiéramos, para duplicar nuestra existencia, robar á los demas seres la suya propia, y en cambio, cuando este bien nos falta, lo que el corazon ansía es dejar cuanto ántes de latir.

—¡Calla, calla! No quiero oír hablar de este modo á quien tanto estimo y quiero. Santiago, recobra tu perdido juicio, y con él entremos de lleno en la relacion que anhele saber. Dí-melo todo, persuadido de que mi corazon es quien te escucha, de que hablas con el amigo, con el hermano de tu padre. Sí; de tu padre á quien no puedo olvidar, y que al morir me dijo: «En cualquier trance de la vida en que mi hijo Santiago necesite de un amigo, hállelo en tí: no le abandones jamás.» Juré cumplir tan sagrada mision, y aquí me tienes... Habla, habla, hijo mio.

—Hablaré; pero ante todo, Rui-Perez, quiero repetir á usted las gracias que le envia mi corazon, quiero darle un abrazo... y no le extrañe á V. que llore: cuando el alma encuentra un cariño verdadero, le bendice con lágrimas; éstas son el engarce más precioso para semejante joya.

Ambos permanecieron un momento fuertemente abrazados, despues de lo cual dijo Rui-Perez:

—El sentimiento de lo bueno no te ha abandonado, hijo mio.

—¡Se lo debo á mi madre, á mi madre idolatrada!

—Dices bien: una madre es el gran artífice del corazon, es la figura sublime de la tierra, es el amor que regenera nuestro sér, el nombre que nuestros labios purifica.

—¡Cuando sepa mi encarcelamiento, morirá de dolor!...

—Tienes razon; ya procuraremos que todo lo ignore tan santa señora. Vamos, Santiago, empieza tu historia.

—Oiga V. La suerte que en otro tiempo tanto favoreció á

mi buen padre, haciéndole prosperar en la creación de su fortuna, al fin se cansó de protegerle, llegando á permitir que quedase completamente arruinado. De ser el *rico capitalista* que todo el mundo visitaba, cuyo nombre por uno ú otro motivo venia en los periódicos, pasó al mayor abandono, y nadie se acordó más del que se habia convertido en un pobre, por más que fuera siempre el honrado caballero D. José de Peransurez.

Hay caracteres que pueden soportar desengaños de esta especie, que abrigan en su alma tesoros de resignacion, y en su mente la exacta idea que enseña á conocer la miserable condicion humana, de la que nada se puede esperar en el infortunio; pero hay otros que se rebelan en su contra con saña iracunda; y esto fué lo que sucedió á mi padre, quien más sintió perder las afecciones que creia verdaderas, que verse sumido en la ruina más completa. Cuanto más fué comprendiendo que simpatías, elogios y halagos habian sido únicamente por su posicion y dinero, más enfermó su herido corazón. Respirando esta enfermiza atmósfera, abrí á la luz de la razon mi inteligencia.

Doce años tenia yo entónces; ¡como si fuera ayer, recuerdo el dia en que nos trasladamos á Avila, porque no podiamos ya vivir aquí! ¡A los cuatro años murió mi padre, herido mortalmente por tanta pesadumbre, envenenado por la conviccion de que nada puede esperarse del mundo que creyó bueno, y presintiendo para su mujer y su hijo, terribles y cada vez mayores amarguras!

—¡Me acuerdo muy bien de todo!

—Lo creo, mi buen Rui-Perez, pero permítame V. tomar el hilo de mi narracion desde esta época, pues en ella tiene quizás su fundamento mi desgracia. Usted que fué nuestro único amigo, y que tanto nos ayudó á salvar la pequeña fortuna, con cuyos escasos recursos hemos vivido despues del fallecimiento de mi padre, V. lo comprenderá mejor que nadie. Continúo, pues, mi comenzada relacion. Merced á la venta de cuantos objetos de arte y alhajas poseia, mi madre me dió una educacion digna más bien de un poderoso príncipe que de un pobre abogado. Conseguido este título, con el mayor dolor en el alma, me dijo:

«Santiago, eres ya un hombre de carrera; fuerza es que trabajes; para mí pronto concluirá la vida; para tí empieza, y necesitas vivir en Madrid, donde ya verás, hijo mio, cómo te abre paso la fortuna. No recuerdes las tristes ideas que al sepulcro llevó tu buen padre, hijas de su avanzada edad y de su ardiente imaginación. Cree en tus semejantes, confía en la sociedad á que perteneces y no dudes en presentarte á los que en otro tiempo conocieron á tus padres, que de seguro te ofrecerán hoy protección y amistad. Sé un hombre honrado, y hallarás digno premio á tus legítimos afanes; no sólo el dinero y la encumbrada posición tienen valor en este mundo; la honradez y la caballerosidad son el principal atractivo del hombre.»

¡Pobre madre mia! ¡Olvidaba pasadas ofensas, persuadida de que jamás habian de repetirse con su hijo!

Vine á Madrid más que por nada por complacerla, y participé, no lo niego, durante los primeros días de aquellas sublimes ilusiones; V. llevaba mucho tiempo de estar ausente, y tuve que dirigirme á dos ó tres personas amigas, que me brindaron su protección; sólo con esto escribí á mi madre: «estoy contento,» á lo que ella me contestó: «soy dichosa.»

Amigos que destruyan nuestras pocas ó muchas ilusiones, no faltan nunca; yo los encontré al instante. Me aconsejaron que hiciera su misma vida, que no frecuentara una sociedad de la cual no podia esperar cosa alguna... pero yo, anhelando hacer la vida que reclamaban mis costumbres, solicité ser presentado en cuantas casas se celebraban pequeñas ó grandes fiestas. No dudé un momento de que cuando les anunciaran á un jóven, hijo de un caballero honrado, de aquel mismo señor que tanto conocieron y que tanto les habia atendido y obsequiado en su espléndida morada, se apresurarian á aceptarme. ¡Qué error tan grande! ¡Cuántas ilusiones me hice! Los mismos amigos que me demostraron á mi llegada algun interés, fueron los que me brindaron su apoyo para conseguir mi deseo; pero cuando éste se vió frustrado, sin tener piedad de mí me repitieron las mismas frases con que habia sido rechazado, y que fueron estas:

—¿De quién habla V.? ¿del hijo de Peransurez, el banquero

que se arruinó? Dicen que dejó muchas deudas, que gastaba más de lo que tenía...

—Bien, eso ni es cierto, ni hace al caso: vengo á anunciársele á Vds. para que pueda frecuentar su casa, contestaban mis protectores.

—Lo siento mucho, pero... no admito presentados.

—No se trata de una presentacion: sus padres fueron amigos de V., y el hijo, que llega ahora de Avila, quiere reanudar sus interrumpidas relaciones.

—¿De Avila?... ¡qué *cursi* vendrá el pobre! no, no puede ser, lo siento mucho.

¡Este ó parecidos diálogos fueron el resultado que tuvo mi deseo de frecuentar la sociedad á que pertenezco! Los desaires que recibí, trajeron á mi mente las ideas legadas por mi padre, pero con peores consecuencias, porque el ardor de los pocos años me arrastró á una vida desordenada, en la que más bien que un hombre educado parecia un salvaje.

—Perdona que te interrumpa, ¿quiénes fueron los que te prestaron ese servicio cuando llegaste?

—Sandoval, un coronel retirado que conocerá V.; Jimenez el ex-diputado, y un capitan de artillería llamado Ruiz: ninguno era ministro, banquero, ni título de Castilla; ¡por esto sin duda les fué negado el favor que para mí pedian!

—¡Sigue, hijo mio, sigue!

—No puse freno á mis pasiones, y me dejé arrastrar por ellas, guiado tal vez por demasiado prematuras desilusiones; para tan terrible camino, no sólo no me faltó compañía, sino que hallé en ella funestos consejos que me inducian á huir de la sociedad que así me habia despreciado. Cuando mi afligida madre me decia *perdona*, mi respuesta era, *no puedo*; y cuando en su anhelo de apartarme del mal camino traia á mi memoria el buen ejemplo que debia dar á mis semejantes, yo les culpaba de mis locuras. Así es, amigo Rui-Perez, que dominado por estas ideas en aquella desordenada época de mi vida, los pocos ahorros que pudo mi madre reunir y enviarme, los malgasté despiadadamente. Pero eso sí, conocí el mal y lo odié; transcurrido el tiempo necesario para mi aprendizaje de la vida del mundo, me dediqué á otros asuntos más sérios, pasando

entregado á mis nuevas ocupaciones una larga temporada, lejos de todo el mundo: á nadie busqué, y como no tenia dinero ni humor para gastar y divertirme, nadie me vino á buscar. En aquel pasado desórden, donde tantos vicios pudieron quedar arraigados en mí, fué donde comprendí el valor de lo bueno; pero tambien donde mis sentimientos hicieronse tan absolutos, vehementes y feroces, que necesariamente tenian que ser causa de mi desgracia. En la soledad, aspiré al único guía del corazon, al sólo amparo del alma en la tierra, al amor; jamás le habia sentido, y sin embargo, empezaba á notar grandes deseos de conocerle en las profundidades de mi espíritu. Traté de acallarlos, quise dominar sus voces, y oír la de mi amarga experiencia que me decia: «no busques ese cariño, no le hallarás; la mujer que ansías no existe; deseas una que sepa compartir el abandono, la soledad, la miseria, y alejar del alma la melancolía, y semejante sér sólo vive en la imaginacion de aquél que sueña en lo imposible.» Sí, Rui-Perez; yo sentia crecer en mí la necesidad de amar; pero la sentia con la fuerza, con la verdad incomparable con que la experimenta el hombre, sin frívolas ilusiones, y que no ha amado todavía. A este anhelo mio contestaba el corazon: «si no eres capaz de un amor infinito, más vale que no sientas ninguno; si la que has de amar no te comprende, máatala.» Por esto he dicho á V. que soy un salvaje, un sér distinto de los demas hombres, puesto que tratándose de los vehementes impulsos de una soñada pasion, no concibo ni comprendo la conformidad, ni la paciencia; esos soñados acentos no pueden responder á los entusiastas míos. Veíame algunas veces en sueños enamorado, y si la mujer que me inspiraba este sentimiento no me correspondia, alzábase al punto en mi corazon el deseo de matarla, para que no pudiese conceder á otro hombre la dicha que á mí me habia negado. Si correspondia á mi cariño y despues me daba un desengaño, la muerte me parecia poca venganza para mi encono; infamia semejante no cabia en mi alma.

Empecé á ganar con mi trabajo algun dinero, con el que no sólo tenia para cubrir mis escasas atenciones, sino que me alcanzaba para ayudar á mi madre. En este estado, y por casualidad, puesto que ni aún á los teatros iba yo, entré una noche en

el del Príncipe, donde se representaba *La vida es sueño*, y un sueño á la verdad me parecia aquella sala llena de gente, donde abundaban hermosas mujeres; allí pude ver las mismas personas que tanto oí nombrar á mi difunto padre, las mismas que me habian despreciado, y sentí impulsos de arrojarme sobre ellas para vengar, no sólo mis propias ofensas, sino la memoria del que me dió el sér. Parecíame que todas las miradas se fijaban en mí, como si les fuera insoportable mi presencia. ¡Cuánta hiel tuve que tragar, querido Rui-Perez! ¡Una sola gota de la del desengaño, basta á amargar todos los dias de la vida por larga que ésta sea!

—Sigue.

—Aquella noche ví pronto disiparse de mi corazon las nubes, porque tuve la suerte de encontrarme con los divinos rayos que se desprendian de una ideal aparicion, de una celestial mujer que me pareció un sol de hermosura. Hallábase en una platea próxima á mi butaca, sentada frente á mí... ¡Qué hermosa! Tenia una figura de mujer de esas que sólo se conciben en los momentos supremos en que el alma delira secretamente llamando al amor; de esas que se recuerdan en un sueño, porque la realidad con ser realidad, no puede representarlas; de esas que se anhelan para dedicarles la vida, los sacrificios, los grandes impulsos del corazon, y de esas, en fin, para quienes no comprende el hombre mejor tributo que dedicarles su existencia llenándolas de bendiciones... Así era... ¡Así debia de ser aquella criatura!

Miguel Angel, al modelar las artísticas figuras de sus inmortales estatuas, no esculpió cabeza más perfecta: como no soy artista, no puedo describir á V. tanta hermosura; sin embargo, soy un hombre que posee el sentimiento de lo bello, que se inclina ante la perfeccion sin saber explicarla dignamente, pero que la siente, comprende y bendice con el alma, y con el alma diré á V., que cuando admiré tan sublime cabeza, quedéme mudo contemplando su singular hermosura. Sus cabellos, negros como el ébano; su tocado, no de esos que colocan manos ajenas, simétrica y fuertemente prendido, sino ligeramente sujeto, adquiria mayor libertad en cada uno de sus graciosos movimientos, cayendo sobre su hermoso cuello. Su fren-

te, como la de una imágen, más que admiracion, inspiraba entusiasta deseo de arrancar de ella los ardientes, los sublimes pensamientos que parecia encerrar. Sus grandes y azules ojos, adornados por largas y negras pestañas, me produjeron una impresion que no acierto á explicar á V.; sólo recuerdo, sí, que pensé: «Dios mio, como deseo tu misericordia, desearia que la amante expresion de la mirada de tan divinos ojos fuese para mí.» Nariz perfecta, boca pequeña y linda, enseñando á veces una no ménos linda dentadura, cuando reia con juvenil expansion, y que cuando estaba séria, ocultaba ese cúmulo de impresiones que se agitan en el alma de una mujer, y que tanto se afana el hombre por adivinar...

Alta, delgada, y con ademanes á cual más distinguidos, me pareció una criatura ideal, una mujer nacida para inspirar ántes que amor... celos, puesto que desde el punto en que la ví la consideré un tesoro tan inapreciable, que desde aquel mismo instante creí ver en cuantos me rodeaban intenciones de robármela, por lo que hubiese querido concluir con el género humano, para quedarme solo en el mundo con ella... y áun así, ¡quién sabe, si hasta me hubiera estorbado mi propia sombra! La miré, la contemplé, y perdiendo el juicio, adquirí la locura del amor con frenesí indecible. Ella... ¡todavía me parece un sueño! ella me miró tambien; cuando sentí el rayo divino de su mirada caer sobre el ardiente fuego de mis ojos, una fuerza sobrehumana me impidió apartarlos de los suyos, y entónces, ántes que el deseo de bendecirla, de arrojarme á sus piés, de cerciorarme de si me amaba, hubiera querido dirigirme hácia aquel inmenso público y gritarles: «¡Vosotros no me habeis creído digno de alternar en vuestras reuniones, y ella, este portento de hermosura, me cree bastante para darme su alma!» Como no hay dicha completa, los magníficos versos de Calderon de la Barca fueron un veneno para mí, porque aunque yo no queria comprenderlos, constantemente deslizaban en mis oidos esta verdad eterna: *la vida es sueño*.

—Cálmate, Santiago: deploraria que mi interes fuese causa de que sufrieras más aún.

—¡Oh! no, querido Rui-Perez; lo que acaba V. de oirme, es nada para lo que perpétuamente me digo; los dolores de

esta especie enferman tanto el alma y son más graves, porque uno mismo se empeña en irlos empeorando; y si el corazón intentara olvidar, cometería la mayor infamia: no concibo la piadosa resignación, no se espante V.; quiero sufrir, y nada más que sufrir.

—Continúa tu relación.

—Quedamos ¡bien lo recuerdo! en que fui muy dichoso aquella noche obteniendo el bien inapreciable de salir del teatro con la esperanza de que ella correspondiese á mi naciente, pero ya entusiasta amor.

Transcurridos unos días, para contarlos pocos, para aguardarlos interminables, fui al fin amado por tan divina mujer; me hizo dueño de su vida, y yo la entregué toda mi alma.

Hablar á V. ahora con exactitud de aquella inolvidable época, me es imposible: tanta gloria mal puede recordarse en el infierno de un calabozo; tanta libertad de alegría no cabe en una cárcel, residencia de amarguras. Sólo en el mismo cielo podría dar libre expansión á las frases que aquella felicidad me inspira. No es posible hablar el lenguaje de la humanidad, tratándose de una ventura tan alta.

Yo, como todo el que es feliz, vivía temblando y temiendo siempre la llegada del día en que terminase una dicha que juzgaba imposible sobre la tierra. Mi madre, en cambio, estaba loca de alegría al saber que yo era tan dichoso. Trabajé de tal manera, que me faltaban horas; anhelaba cuanto ántes realizar el bien supremo de ser su esposo, consagrarle mi vida entera, estar pendiente de la suya para hacérsela tan feliz, que llegara á preguntarse si había penas en el mundo: ¡tan completo era mi delirio!

Delia era huérfana de madre, é hija única del general Mendoza, en cuya compañía habitaba.

—Santiago, da gracias al cielo: he de volverte la dicha; me lo dice á voces el corazón.

—No entiendo á V...

—Soy íntimo amigo del padre de esa mujer, y á ella la quiero mucho; nuestra amistad se ha estrechado en el extranjero, á donde fueron padre é hija los dos últimos veranos.

—¡Usted conoce á Delia! exclamó Santiago levantándose, y

mirando atentamente á Rui-Perez: ¡V. es amigo suyo! ¿es verdad? ¿no me engaño? ¡Permita V. que ya le siga hablando con veneracion no sólo porque V. la conoce, sino tambien porque puede verla!

—No seas exagerado, hijo mio, y continúa tu historia, en la firme persuasion de que todo cuanto pueda hará en favor tuyo este pobre viejo.

—Cuando la conocí, vivia, si no con lujo, con comodidad: su padre disfrutaba de una pequeña renta ademas de su sueldo; no tenia bastante para dotar á su hija, pero sí para haberla dado en su niñez una esmeradísima educacion, y para que no le faltara nada en su juventud. Relacionados con las principales familias, Delia no faltaba á un baile, vestia muy bien, y estaba ligada por los más estrechos lazos de amistad con las que podian gastar más que ella. Esto sucede con frecuencia á las que se hallan en la esfera de mi amada, y nada tiene de extraño; pero es lo malo, que pudiendo vivir contentas con su suerte, dejan de estarlo al querer compartir la de las demas, y sea ó no jóven la mujer, cuando sin ser rica hace la vida del gran mundo, no pudiendo realizar las frívolas necesidades que sostienen sus compañeras, llega á irritarse su amor propio hasta el extremo de ser capaces de sacrificar la dicha suprema del corazon, el amor, al afan de lucir galas y trajes, y á veces por verse más atendidas, juran al pié de los altares un afecto que no sienten! Conocí á Delia cuando estas dormidas aspiraciones no se habian despertado en ella todavía. La venturosa noche en que entablamos relaciones, no pude fijar la época de nuestro casamiento, porque yo anhelaba que le faltase para su comodidad lo ménos posible, y que no fuese demasiada la diferencia que encontrase entre el bienestar del techo paternal que dejara y el que yo pudiese ofrecerle: ¡no pensé en que Delia ambicionaria más! Su recto y severo padre se opuso á que visitase la casa hasta que la pidiera, y en tanto continuó llevándola á los mismos bailes: ¡á los *mismos* á que yo no podia ir, porque los que los daban se habian negado á recibirme!

Esta circunstancia aumentó mi encono hácia esa sociedad que tanto encantaba á Delia, y las primeras contrariedades que

tuvimos, fueron porque ella emprendia su defensa cuando yo por mis agravios la atacaba.

Estas han sido las primeras nubes que aparecieron en el cielo de mi amor. Una mujer que se divertia en los sitios donde mi presencia era imposible, y continuaba profesando igual afecto á los mismos que rebajaron al hombre que la adoraba, no sentia muy de veras el amor. Esto me decia mi razon, mas el sentimiento no me permitia seguir pensando así, y durante algun tiempo viví sin dar á este detalle todo el valor que desde un principio tenia.

Transcurrido un año, ví colmados mis afanes: tuve la suerte de que mi carrera empezara á darme mayores productos, y mi madre escribió al general Mendoza pidiéndole la mano de su hija Delia: este señor me concedió la mujer que tanto amaba, pareciéndome increíble llegar á llamarla mia. Esta época, que debió ser tan dichosa para mí, fué la fuente de mis penas, la causa de mis desgracias. Durante los primeros dias, Delia participó de mi alegría, que rayaba en locura. Luego leyó en los periódicos que *brillaba por su ausencia*; despues sus amigas le ponderaron el esplendor de las fiestas que habia abandonado, y más tarde hasta oyó decir de mí, sin enojarse, que mi egoismo era absurdo y mi orgullo una tiranía. ¡*Egoismo* mi legítimo deseo de que nadie me robara la atencion de la mujer que iba á ser mia! ¡*Orgullo* mi fundada oposicion á admitir convites en otro tiempo negados, y concedidos despues, no á la persona de Santiago Peransurez, sino al *futuro yerno del general Mendoza, al prometido esposo de Delia!* En esta cuestion, herido mi amor filial primeramente, y luego mi amor propio, no pude ceder al amor de aquella criatura. Su padre me daba la razon, ella pretendia negármela, y siempre nuestros disgustos tuvieron este único origen. Sin embargo, esto quizá no hubiera sido nada, á no haberse presentado la ocasion de una nueva ofensa, que amargó de tal modo mi vida, que fué causa de mi prision.

Peransurez se hallaba tan conmovido, que le faltaba la voz para seguir con tan acalorado y vehemente acento su triste historia: interrumpióla por unos instantes, cubriéndose con ambas manos el rostro, y así permaneció un largo rato, sin

que Rui-Perez se atreviera á turbar un silencio tan sagrado, porque era grande la compasion que le inspiraba el infeliz preso. Algun tanto repuesto, continuó Santiago:

—Mi madre debia venir á vivir en mi compañía para quedarse en la nuestra cuando Delia y yo nos casáramos: tomé cerca de la casa del general una modesta para nosotros, la alhajé con decencia solamente, porque el lujo no podia aún entrar en mi presupuesto. No quise admitir ni un mueble de los de Delia, á quien prohibí tambien que hiciera el menor gasto, pues queria ofrecerle todo con el mismo entusiasmo que le dí mi amor. Quise recibir de ella su cariño solamente; su cariño, que valia más para mí que todos los tesoros de la tierra.

—Mis amigas desean conocer nuestra casita, decíame Delia repetidas veces.

Nada más justo, pensaba yo; pero no sé por qué un secreto, un repulsivo instinto me obligaba á retardar el complacerla en esto, y fingí constantes excusas, hasta que llegó al fin un dia en que se hacian tan inverosímiles mis pretextos, que tuve que decir á Delia:

—Ya está lista la casa, y supuesto que tienes tanto empeño, puedes enseñársela á tus amigas, aunque nada hay que admirar en ella.

Las amigas de la que iba á ser mi mujer eran las mismas de que ántes he hablado á V.; solteras unas, otras casadas, todas hacian la vida que dan en llamar del gran mundo, y cifraban el encanto de su existencia en cosas bien supérfluas, no comprendiendo que una mujer se case para dedicar la suya exclusivamente á su marido y á sus hijos. Yo, que tenia motivos para comprender que ellas profesaban tan equivocada doctrina, les tenia miedo por lo mismo que Delia no habia demostrado gran abnegacion en su cariño por mí, y como era jóven, la juzgaba débil para luchar, no sólo contra sus instintos, sino tambien contra la opinion que sus amigas formarían de nuestros modestos preparativos de boda. Con estos temores no quise hallarme presente mientras Delia les enseñaba la habitacion; pero no queriendo ignorar nada de cuanto dijeran á la que iba á ser mi esposa, fuí visitando la casa á la par que

ellas, procurando ocultarme de modo que nunca se tropezaran conmigo, y yo pudiese oír cuanto con ella hablasen. La sala parecióles muy modesta y otro tanto sucedió con las demás habitaciones; mas al llegar al tocador de Delia, alhajado con la misma sencillez, y en el que yo no había juzgado necesario que el espejo fuese grande, sorprendiéronse de tal manera, que en mi memoria ha quedado impreso cuanto hablaron, y fué lo que voy á repetir á V.

—Delia, ¿no tienes para tu *toilette* más espejo que éste?

—Nada más.

—Pero... ¿cómo no te ha comprado tu novio uno de cuerpo entero?

—Porque no habrá podido.

—Dí más bien porque no ha querido: ¿á qué mujer le falta uno?

—A ninguna, respondieron las demás.

—Desengáñate, prosiguió la que primero había tomado la palabra; demuestra poco afán en complacerte y mucho egoísmo en querer que vayas ménos compuesta que las demás; y lo que es esto, es claro como la luz del día: no puede una arreglarse bien sino delante de un espejo que reproduzca toda su figura. Delia, tén carácter; pídele ese mueble; piensa que es en él una ridiculez no habértelo ofrecido ya, y en tí otra no exigirselo. ¡Qué hombres! ¡Qué orgullosos son! ¡Creen que todo se lo merecen! No te enfades; si me expreso así es porque entre amigas debe mediar completa confianza; no olvides que tu novio es de los peores; es un hombre que te aparta del gran mundo, que te oscurece; un hombre á quien conocerá la gente nada más que por ser tu marido, y que te deberá su posición social; un déspota absurdo, que te da á entender con sus mezquindades que él es el mejor regalo, que nada te hace falta teniendo su amor... A la verdad, Delia, te lo repito, tu futuro tiene un orgullo desmedido.

—¡Nos amamos mucho! repuso Delia, mas bien por decir algo: estaba ya envenenada por estas crueles palabras.

—Parece que nos hablamos hoy por la vez primera, niña; á *quien no te conozca que te compre*; no finjas un romanticismo del que siempre te has burlado; tú sabes muy bien

que el amor pasa, y que es precisa la luz de otros atractivos para que la terrible sombra del hastío no se empiece á dibujar. El novio que ha comenzado negándote un espejo, por no querer que ni tú misma te veas, mal podrá consentir de marido en que tu lindo semblante cause la admiracion general, cosa muy justa por cierto, y de la que ninguna mujer puede privarse.

Quedó Delia triste y pensativa.

Yo hubiese querido confundir con mi presencia á aquellas criaturas; mas dispuesto á apurar por completo la amarga hiel que sus consejos me ofrecian, permanecí siempre oculto, no ya escuchándolas, sino, lo que es peor, leyendo en el contrario semblante de Delia mi sentencia de muerte. Ella, en el hecho de no indignarse contra las injustas acusaciones de que fuí objeto, ni contra los consejos que le daban, demostró no consagrarme amor ninguno: ¡todavía me cuesta trabajo el comprenderlo! Se casaba conmigo, como se casan muchas mujeres, sin preguntarse siquiera si aman al que va á ser su marido; se casaba por agradecimiento, por reflexion, ó porque no sabia apreciar toda la intensidad de ese afecto que se llama amor, y que es la llave de oro que debe eternamente encerrar un alma en otra.

Con el legítimo pretexto de hacer una visita á mi madre, al dia siguiente salí para Avila, con la intencion de pasar unos cuantos ausente del lado de Delia, y dejarla libre para seguir oyendo á sus amigas. «Quiere decir, pensé, que si la encuentro tan cariñosa y amante como otras veces, ningun mal habrán causado en su corazon aquellos consejos; y si continúa triste, indiferente y preocupada; si no quiere en mis ojos depositar la dulce expresion de los suyos amantes, será terrible, pero indisputable señal de que Delia no es la compañera que tanto anhelé para hacer la felicidad de mi vida.» Recibí dos cartas suyas, cartas lacónicas, en las que siempre encontraba un motivo para justificar su falta de extension. ¡Y sin embargo... si yo dijese á V., Sr. Rui-Perez, que mi permanencia en Avila fué una ansiedad continua, mentiria, porque siempre abrigaba esperanzas, y en ellas encontraba un gran consuelo! El hombre enamorado se despoja de todos sus de-

fectos para presentarse á los ojos de la mujer que tanto le hace sentir, y preciso es confesarlo, aspira á realizar lo sublime. todo cuanto piensa y siente es grande; ve en sus actos, en sus más íntimas ideas, siempre clavada la vista de su dueño amado, y ambiciona el bien de merecer un alto concepto de ella. Yo me resistia á culparla; no quise imaginar en ella la mancha de una mala accion, y estaba casi seguro de que me recibiria al volver con doble cariño. Prohibiale á mi propio pensamiento fijarse en aquellas cartas, é hice lo posible por convencerme de que *ella* era la ofendida, y que por esto se mostraba tan fria.

Tenia un poderoso auxiliar: mi pobre madre que me aseguraba lo mismo que yo creia: sus consuelos acabaron de curar mis nacientes heridas, y salí de Avila casi feliz, lleno de esperanza.

¡Qué desengaño tan terrible! Delia, durante mi ausencia, no habia perdido ni una sola diversion: me recibió contrariada, con la mayor indiferencia. ¡Hubiera preferido hallarla cadáver; obra seria de Dios! Pero ver que en su corazon agonizaba el amor que habia sido mi vida, fué superior á mis fuerzas: para ésto no pude hallar consuelo, para semejante muerte sólo encontré desesperacion, deseo de venganza, porque el amor correspondido es tan dulce como amargo cuando se ve despreciado. El sér que para otro sér muere, proporcionándole un desengaño, es un irreconciliable enemigo que inspira furiosos impulsos de acabar con su vida, clavando, lo más hondamente posible, en su corazon el puñal envenenado de nuestro encono.

—Santiago, cálmate; esa sobreexcitacion puede hacerte mucho mal: llora, no te contengas, que esto aliviará tu dolor.

—¡Llorar por ella!

—¿Tanto la desprecias?

—Al contrario, tanto la adoro, que no quiero verter lágrimas; temo que se pierdan al rodar por las mejillas; y llanto que ella inspira debe quedar en el alma.

Aquí hizo Santiago una pausa, y continuó luego:

—Sin embargo, yo me juzgué todavía víctima de una pesadilla: no pude ni quise creer en tanta desventura, y tuve el

valor suficiente para reiterar á Delia mi idolatría. Ella entónces, léjos de acogerla con igual ternura, ¡parece increíble! me pidió el consabido espejo, abordando una cuestion que yo, hasta conmigo mismo queria evitar; fué tan cruel, que ahondó más una herida que ella tan sólo podia cicatrizar. Falta de delicadeza parecióme esta accion, mas no quise en un principio enojarme, y traté de disuadirla de su tenaz é incomprendible empeño. Propúsome, por último, llevar su espejo á nuestra casa, y si ántes me negué á que usara sus muebles llevado de amorosa dignidad, entónces mi delicadeza, herida en lo más sensible, me lo impidió. Demasiado comprenderá V., Sr. Rui Perez, que ya no se trataba del mueble, sino de mi amor propio lastimado, no en su orgullo, que jamás lo conocí con ella, sino en sus ilusiones, en su fe. Antes no le compré ese lujoso objeto, la verdad, porque no podia disponer de la necesaria suma; mis ahorros, hechos á costa hasta de privar á mi madre de necesarias comodidades, no daban para tanto. En cuanto á adquirir innecesarias deudas ocultándoselas á mi amada para que me creyese un hombre rico; pasar por la vergüenza de confesarle mi frivolidad ó que sospechaba de la suya, no me pareció digno de un hombre que aspira á ser perfectamente amado, y por esta razon el espejo, como otros muebles tambien de lujo, no se hallaban en mi casa. Despues de lo sucedido, quizás haciendo un esfuerzo, hubiera podido comprar ese objeto, mas no era ya el gasto lo que me detenia, sino el poco precio que daba Delia á mi cariño. Tanto en aquella entrevista como en las siguientes, continuó en su empeño: hizolo asunto de terquedad, no quiso que yo venciera ni ser la burla de sus amigas, y yo no pude ceder á un deseo que todos los de mi corazon mataba.

Una mañana recibí una carta concebida en estos términos:

«El hombre que no es capaz de acceder á un deseo de su
»amada, mal podrá otorgarle la felicidad indispensable en la
»difícil union del matrimonio. En el asunto del espejo, he
»visto el principio de una serie no interrumpida de incesantes
»disgustos, y ántes que éstos se hagan irremediables, dando fin
»á nuestros amores, los evita

Delia.

—¡Parece increíble! dijo asombrado Rui-Perez.

—Yo tambien lo hubiese creido mentira, si el dolor agudísimo de mi alma, no me hubiera dicho: *¡es verdad!* Loco, desesperado, acudí al lado de mi madre, no con las esperanzas de la vez anterior, sino mortalmente herido por la realidad. ¡No sé qué hubiera sido de mí sin sus consuelos! á ellos creo que debí entónces la vida.

—Creí tener alguna experiencia, la que me daban estas canas; pero veo que carezco de ella, puesto que no me explico el cambio tan repentino de una mujer que parecia amarte tanto, y sobre todo, cuando bien sabia que no se casaba con un hombre rico.

—Es V. muy bueno, Rui-Perez, y no comprende la influencia de los malos consejos: ya he dicho á V. ántes que Delia ignoraba si me queria. Delia, cuando me conoció, se hallaba en ese estado en que el alma se ve predispuesta á sentir alguna emocion; Delia contaba con adoradores que se limitaban á consagrarle su simpatía, que mientras estuvo de *moda*, le hicieron la corte, sin más objeto que ensalzarla mucho al principio, para criticarla despues, diciendo que gastaba, que era coqueta, demasiado amable, demasiado séria, que se divertia, etc., etc.. y aunque inficionada con la atmósfera de tan fatales adulaciones, no las apreciaba, hasta que sus amigas con culpable intencion le inculcaron la creencia de que era necesario recibir del mundo tales elogios, aunque no fuesen ciertos ni sentidos. Sin embargo, como no encontró un hombre que la halagara al brindarla su amor, creyóse desairada, y al hallarse conmigo, cuando mi idolatría le ofrecí, correspondió á ella por conocer las ilusiones de una nueva y distinta existencia.

Más aún; víctima de la moda, que todo lo hace cuestion suya, llegó para Delia el dia en que ya nadie le hiciera caso, y en esta época fué cuando la conocí. Despues, como la mayor parte de los hombres se asemejan al perro del hortelano, durante los cortos y felices dias en que por mí parecia sentir amor, empezaron de nuevo á presentarse pretendientes; durante mi primer viaje á Avila, puede decirse que la sociedad entera la llevó en triunfo, colmándola de esos infinitos obse-

quios que, aunque pasajeros, halagan cada vez más á las mujeres. Así es, que ésto, unido á los consejos de sus amigas, fué más que suficiente motivo, dada la frivolidad de Delia, para que cobrara nuevo y mayor apego al mundo, que debia por mí abandonar. ¿Va V. á decirme que ella no me amaba? ¡Ya lo sé! Pero sin esta circunstancia, créalo V., Delia hubiera sido mi esposa: ¡cuántas hay que así se casan, ignorando todo el valor del compromiso que van á contraer! ella se hizo cargo de su situación muy á tiempo, para su fortuna, pero demasiado tarde para mi desgracia.

Para cambiar de este modo, no se necesitan muchos dias: ademas, el carácter de Delia es débil, algo impresionable, y así como culpo de infame su conducta, aseguro á V. que, cuando se enamora con el alma, con ese amor que vivifica, hará muy dichoso al hombre que prefiera; es muy jóven, y estudiándola detenidamente, aseguro á V., Rui-Perez, que quizá por eso resulta inexplicable. Su ardiente mirada, su entusiasmo, la vehemencia de su manera de ser, no comprendo como pueden en ocasiones dadas, convertirse en ella en frialdad é indiferencia. Es un carácter especial: de los siete dias de la semana, *dos* me demostraba un cariño que rayaba en frenesí, y en los cinco restantes, burlábase de la ternura, no me hacia ningun caso, y sin acertar materialmente qué decir, sostenia como doctrina propia del credo de sus afectos, que no debia decirse nada agradable jamás al ser querido, para *no darle por el gusto*.

Esto me hace pensar que cuando la vehemencia del alma se inicia ántes de su completo desarrollo, hace víctimas de sus nacientes impulsos los primeros afectos que cree sentir y que inspira, lo cual es más frecuente en las mujeres porque suelen engañarse más á menudo. Los hombres las tachamos de insensibles, sin reflexionar que la mayor parte de las veces confunden sus sentimientos por efecto de demasiada vehemencia. ¡Cuántas mujeres existen desgraciadas por este error, y sufren despues terribles tormentos al verse fuertemente atadas por el indisoluble lazo del matrimonio! ¡Cuántas tambien, como Delia, se acogen á cualquier pretexto para romper un cercano enlace que cuanto más próximo ven ménos pueden

soportar!.... ¡Esto lo comprendo ahora, que entónces, ni habría sabido pensarlo!. .. Añadiré á V. que creo no dejó de influir bastante en la conducta de Delia el que su buen padre la convenció demasiado de su indisputable mérito y de que debía esperar mucho del mundo; pero cuando la inevitable y triste experiencia dé á sus instintos un nuevo giro, Delia poseerá grandes y sublimes sentimientos, despojándose completamente de los frívolos que han hecho mi desgracia; por eso dije á V., y se lo repito, que Delia puede llegar á ser una mujer muy superior. ¡Quién sabe si mis pasadas penas, mi actual desgracia y mi perenne amargura, habrán servido de crisol á sus instintos! ¡Quién sabe si lo desgraciado que me ha hecho será causa de que pueda hacer la ventura de otro!.... ¡Mujeres, mujeres! ¡Parece increíble que no sepais apreciar el cariño que inspirais, y que no sepais conocer si el que sentís es ó no verdadero!

Se hallaba Santiago tan conmovido, que Rui-Perez le rogó descansara un rato.

(Concluirá.)

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE.



EL FACTOR HELÉNICO

DEL

PROBLEMA ORIENTAL

A caso por vez primera en dos mil años, el silencio del Pnyx de Atenas cesó algunas semanas há, merced á una reunion que constaba, segun se dice, de diez mil personas próximamente (1). Habíanla precedido en otros sitios, en Zante por ejemplo, muy parecidas y no ménos numerosas juntas. Es interesante para nosotros los ingleses observar de qué modo griegos y romanos de nuestros tiempos siguen cual nosotros las tradiciones de sus remotos antepasados, abordando las cuestiones capitales de público interés en públicas reuniones. En el milenio anterior al largo período que cité al empezar, procedimientos tales habrian sido regulares y comunes de todas las partes de la Grecia.

Tuvo aquella importante junta por objeto publicar las quejas de las provincias helénicas que yacen todavía en la servidumbre sin que se les permita siquiera hablar auténticamente por sí mismas. Preténdese con quejas tales una parte igual en la emancipacion que en diversas partes se solicita á favor de los súbditos esclavos de la Puerta Otomana. Convocó

(1) *Compte rendu de l'Assemblée, etc.* Athenes, 1876.

en primer término la reunion el profesor de Historia de la Universidad de Atenas, el cual expuso entre los títulos que tenia para hablar en la ocasion ya dicha, el haber visto asesinados á su hermano y á su cuñado, y ahorcados á su padre y á su tio. Señaló tambien los puntos generales en que los de su raza tienen derecho á consideracion no ménos favorable que sus hermanos en desgracia que más al Norte viven. Hízose cargo tambien de la gran distincion que entre unos y otros debe hacerse. «Los eslavos se han alzado en armas este año; mas no los griegos.» Y esta distincion es importantísima. Rechazando cual lo hago de todo corazon la doctrina del derecho supremo de los despotismos fuertes, la cual parece que obtiene aún algun favor entre nosotros, no puedo ménos de admitir una diferencia real entre los que demuestran que la emancipacion es exigida por la general tranquilidad y los que no están en este caso. No es poco que se haga lo debido en el primero de estos órdenes de hechos, pues la justicia humana va siempre detrás del mal como las oraciones de Homero venian cojeando trás del pecado (1). Hasta al excelso Médico (*Healer*) durante su paso por la tierra fuéronle traídos los enfermos. Indagar gratuitamente las penas de los que padecen en el silencio y la inaccion, con ser tan deseable, cabe apenas en las condiciones de la humana fortaleza.

Mas esto no se disputa por los griegos de dentro ó fuera del reino, y aún resulta que se justifica el caso por la asercion de un hecho que á poder comprobarse seria de gran importancia. El profesor Papparrhigopoulos lo consigna en estos términos:

«Las potencias han hecho todo lo posible por reprimir las disposiciones belicosas de los griegos, prometiéndoles que la nacion helénica que se abstenia por el momento de complicar la situacion, obtendria en el arreglo que se hiciera las mismas ventajas que los eslavos» (2).

El profesor Kokkinos, continuando el debate, dijo que la Grecia libre, leal á las potencias europeas, habia exhortado á sus hermanos que aún sufren la opresion á confiar en dichas

(1) *Il.* IX, 498.

(2) *Compte rendu*, p. 6.

potencias y que Europa habia alabado la templanza y paciencia de que por ende daban muestras (1). El ministro Coumoundouros, al contestar á una diputacion nombrada por los asistentes á la junta, les instó á esperar que la ilustracion de la Puerta y la humanidad de Europa no les llevarian á abrazar la creencia de que las puertas de la justicia pueden cerrarse, mas nunca abrirse (2). De estos pasos que por lo visto han dado los gobiernos europeos, el público y el Parlamento de este país nada saben hasta hoy, segun tengo entendido. No creo que tales medidas, caso de tomarse, fueran equivocadas necesariamente ni que en medio de las complicaciones existentes se haya obrado mal posponiendo el dar noticia de su naturaleza. Entre los *Documentos parlamentarios* de 1876 encontramos, es verdad, un despacho del cónsul de Canea, en el cual se afirma la existencia de un profundo y general descontento en Creta, juntamente con el plan de una vasta reforma propuesta por los cristianos; mas nada se indica respecto de opinion ó de medidas adoptadas por el Ministerio de Negocios extranjeros.

En lo que antecede he dado cuenta de la pretension de los griegos á que se les oiga en la Conferencia que celebren las potencias para tratar de la cuestion de Oriente, caso de que tal conferencia se celebre. Hay señales de que más ó ménos probablemente procederán á llevar sus pretensiones á vías de hecho. Resulte lo que resulte no es discreto dejar que pasen las actuales turbulencias sin consagrarles un pensamiento siquiera.

It will but skin and film the ulcerous place (3).

Durante algunos meses los cristianos no eslavos de Turquía han sido desatendidos y olvidados. No es, sin duda, prematuro examinar un momento sus circunstancias.

Hay cuatro razas cristianas bajo la dominacion de la Puerta. La cuestion de los eslavos se resolverá en la Conferencia ó

(1) *Compte rendu*, p. 14.

(2) *Compte rendu*, p. 22.

(3) *Hamlet*. III. IV.

por las armas; la de los valacos de Rumanía está afortunadamente resuelta, y esta solución es uno de los resultados más grandes y mejores de la guerra de Crimea. La de los armenios, que como los valacos se hacen ascender á cuatro millones, se ha expuesto razonadamente en una *Memoria* (1), fecha Octubre 1876, que ha sido presentada á cada una de las grandes potencias. La exposición más próxima á la verdad, de las circunstancias en que se encuentran las provincias helénicas de la Turquía Europea, es la que me propongo desarrollar ahora, no sólo porque es la parte de la casa más próxima á la actual conflagración, y más expuesta á que la alcance, sino también porque la historia de los procedimientos, por medio de los cuales establecióse el reino de Grecia, suministra interesantísimos precedentes y admirable guía para todo gobierno ó representante de un gobierno que desee abordar el gran problema oriental en el espíritu de las mejores tradiciones de su país. Del derecho que á esas provincias asiste para que entiendan en ellas la Conferencia, no pretendo en modo alguno decidir. Bien puede aplicarse á esas poblaciones la máxima siguiente:

The voice of any people is the sword

That guards them; or the sword that beats them down (2).

Espero de todo corazón que se considerará prudente y justo pensar en lo que á esas provincias atañe. Mas sin prejuzgar el punto, procedo á bosquejar á grandes rasgos las partes más esenciales de una interesante historia.

Al modo que los italianos, pero en grado aún más conspicuo, los griegos han sido notables entre los hombres á quienes la fortuna ha distinguido con sus favores, así como con sus desdenes. Y no es maravilla que en medio de muchas dificultades y desfallecimientos, incluso los que proceden de sus propios defectos y vicios, se inclinen á creer que la severidad de las pruebas con que luchan, es en verdad, el tránsito á un brillan-

(1) *Memoire sur la situation actuelle des armeniens et sur leur avenir*. Detted from, 74, Lancaster Gate, London.

(2) Tennyson's *Harold*. La voz de los pueblos es el sable que los defiende ó el que los subyuga.

te y dichoso porvenir que obra en ellos cual la llama del horno en el metal. Cayó la raza, á decir verdad, de tan grande altura y en tan profunda desgracia, que nada hay semejante en la historia. El primer período de su declinacion sobrevino cuando la subyugó el poder de Roma. Pero *Græcia capta ferunt victorem cepit*. Este primer revés mitigóse por la grandeza del poder á que sucumbieron y por un continuado predominio intelectual, de tal valía, que cuando el cristianismo se extendió por el mundo, luégo que abandonó su cuna de Jerusalem, revistióse con el aspecto de una religion griega. Este aspecto ha durado siglos. En lengua griega y por inteligencias en que predominaba el elemento helénico, fué compuesto el credo que sigue siendo la base intelectual del sistema cristiano. En el siglo II era aquella todavía la lengua dominante en Roma, donde el Papa Víctor fué el primero que se sirvió del latin para los asuntos eclesiásticos (1). Tal vez la más importante medida que ha llevado á cabo de un golpe un hombre solo, fué la fundacion de Constantinopla, cuyo imperio sobrevivió mil años al de la antigua Roma. Aquí tambien tuvo ascendiente el influjo de Grecia y debiéramos maravillarnos, no tanto de la ruina final de la gran ciudad, como de su prolongada supervivencia á que sólo dió término la aparicion en la escena de enemigos mucho más formidables que aquellos ante los cuales Italia y su orgullosa capital mordieron el polvo.

Mas en todo ese tiempo *numerosa parabat excelsæ turris tabulata*. Cuando todavía era dueña exclusiva de la más refinada cultura del mundo, fué llamada á soportar en comun con otras razas ajenas aún al patriciado, la horrible pesadumbre del yugo otomano; la perspícua crueldad de Mahomet II barrió por completo la aristocracia griega. No dió ésta, en verdad, espectáculos parecidos al de la general apostasía de los terratenientes de Bosnia; la repeticion que en menor escala hubo de esta infamia en Creta verificóse en un período muy posterior. No sólo se privó á los griegos de sus naturales jefes: asaltáronles por todas partes y en la misma ciudadela de la

(1) Dollinger *Hippolytus und Kallistus*, s: t. p. 28 Plummer's translation, p. 25.

vida de familia, lo fueron, por la terrible creacion del tributo de niños. El sistema que esta frase indica no es solamente harto cruel y perverso por parte de los conquistadores que lo inventaron, sino que tambien llevaba consigo una degradacion tal que quizás no la padecieron nunca ni aún los esclavos africanos. Soportado al principio en la estupidez del terror, aumentó activamente en los dos siglos que duró el rebajamiento de los caracteres, y tal vez no es decir demasiado que los dos siglos trascurridos desde que cesó (1) no han borrado aún de todas partes sus efectos. Ni es la afeminacion, especialmente cuando así se engendra, garantía de humanidad. Los padres que abandonaron los cuerpos y almas de sus hijos al tirano, hundiéronse en el abismo de la brutalidad y adquirieron naturalmente aquella disposicion de ánimo que sirve lo mismo para extremar la ley de la violencia que para doblegarse ante ella.

Miéntras que tal era la condicion de la raza griega, considerada por el lado de sus señores, no era su horizonte un solo punto más claro por todos los demas. No hay un solo capítulo de la historia más desgraciado para el cristianismo occidental, que el de la conducta de sus diversos gobiernos, con respecto á la entrada del régimen turco en Europa y su continuacion. Verdad es que se hicieron vigorosos, y aún nobles esfuerzos, para rechazar á los invasores, más fué cuando los turcos, habiendo inundado ya aquella parte del Mediodía de Europa, adscrita á la Iglesia oriental, empezaron á amenazar por fin, y hasta cierto punto, á ocupar tierras europeas, pertenecientes á la comunion latina. Estos esfuerzos fueron al cabo coronados por el éxito, mas sólo al terminar el siglo xvii pudo decirse que el peligro se habia alejado de la Europa occidental; y en ese mismo período, que fué testigo de los grandes reveses de los turcos en Viena (1685) y Peterwardin (1717), se les dejó que acrecentaran sus dominios, arrancando á Creta del poder de Venecia, y recobrando finalmente á Morea. Los esfuerzos hechos por Venecia fueron notables, como de tan pequeño Estado, que sólo podia confiar en sus recursos marítimos, mas

(1) *Finlay's Greece*, from. 1453 to 1821, págs. 194, 195

no se encaminaban á fines de emancipacion que pudieran referirse á las poblaciones cristianas; eran de carácter comercial y territorial, y si el yugo civil que imponia resultaba más ligero que el de sus enemigos, sucedió muchas veces que llevaba consigo nuevas complicaciones en la esfera de la rivalidad religiosa (1), al paso que los turcos, generalmente hablando, guardaban una suprema imparcialidad en las contiendas que se suscitaban entre una y otra forma del cristianismo. De todos modos, es lo cierto que cuando la gran guerra de Creta terminó, en 1669, con la rendicion de ésta á la Puerta, la poblacion griega de la Isla, que hubiera podido dar la victoria á Venecia, no creyó que valia la pena de moverse (2). Generalmente hablando, Europa se mostró indiferente á la suerte del cristianismo oriental, ó cuando ménos, las potencias no pudieron ponerse de acuerdo bajo la influencia de las egoistas rivalidades que las separaban, tocante al reparto de tan rico despojo (3), y sufrieron, por tanto, esas poblaciones cristianas una violentísima opresion.

Mas ni aún la rivalidad política era enemigo tan sutil y perspicaz como la ambicion eclesiástica. Tenemos de esto la más poderosa prueba en el breve dirigido por el papa Pio II á Mahomet II poco despues de la toma de Constantinopla. El Pontífice exhorta al victorioso sultan (1461) á abrazar el cristianismo, y no sólo le promete, con tal condicion, conferirle por virtud de su autoridad apostólica, la legítima soberanía de todos los países que habia conquistado á los griegos, sino que le compromete á usarla para el restablecimiento en todos esos países de la supremacía de la Sede pontificia. *Tuum brachium, dice, in eos imploraremus, qui jura Ecclesiæ Romanæ nonnunquam usurpant et contra matrem suam cornua erigunt* (4). Tal fué el consuelo que recibieron del lado cristiano y de la más alta fuente los que cayeron abrumados bajo la calamidad de la dominacion otomana. Era su destino que les golpearan una mejilla por ser cristianos, y la otra por no ser cristianos

(1) Gordon's.—*History of the Greek Revolution*. I. p. 9.

(2) Finlay's.—*Greece*, p. 132.

(3) Pichler.—*Geschichte der Kirchlicheu Trunnung*. I. 500.

(4) Pichler. I. 501.

latinos. A no haber sido, dice el Dr. Pichler, el sabio historiador del cisma, por la division religiosa de Oriente y Occidente, los turcos no habrian podido nunca establecer su dominio en Europa (1). Finlay nos dice que en la prosecucion de sus mercantiles asuntos en Occidente, los griegos solian disfrazarse de turcos para asegurarse mejor trato que si se presentaran como cismáticos (2). Y sin embargo, sabemos por el mismo autor que padecieron mucho por la identidad de creencia religiosa que se les suponía con los de la Iglesia latina. Los moros, expulsados de España y obligados á refugiarse en el Oriente, satisfacian probablemente sus viejos rencores al hallarse, si no poderosos, vengando al ménos una parte de lo que les habian hecho pasar los victoriosos cristianos de España. Mas tambien los judíos emigraron en considerable muchedumbre por aquel tiempo del mismo país, y ocuparon posiciones muy elevadas en Oriente, como comerciantes, banqueros y médicos.

«Estaban ansiosos, dice Finlay, de demostrar su agradecimiento á los otomanos y las inhumanas crueldades que habian padecido bajo la Inquisicion les hicieron enemigos irreconciliables de los cristianos (2).»

Aún hay más. No disfrutaron los turcos largo tiempo de una superioridad marítima correspondiente á su poderío militar. No tenían las aptitudes náuticas en tan alto grado como las del soldado, y para la tripulacion de sus buques tenían que servirse en gran escala de los griegos; 25.000 eran estos en la escuadra que fué derrotada en Lepanto. Daban por tanto los mares medios de constante irregular ataque á Turquía. Llenos estaban aquellos de piratas, y las órdenes religiosas de San Juan y San Estéban tuvieron por meritoria, al par que provechosa ocupacion, la de hacer piraterías (*to pursue buccaneering practices*) en las costas de países é islas principalmente habitadas por la raza helénica, pues de ese modo asaltaban el territorio de los infieles, quebrantando el poder de éstos. Los griegos eran mandados á las galeras turcas y hechos prisione-

(1) Pichler. I. 490.

(2) Finlay's. *Grecce*, p. 186.

(3) *Finlay's Grecce*, p. 132.

ros para tripular las cristianas. Competia la barbarie en estas criminales fechorías. Las costas de Grecia fueron devastadas hasta el punto de que muchas veces se hicieron inhabitables (1), y esta plaga no fué extirpada hasta que llegó la época de la redención política.

Ni se alivió realmente esta singular complicación de calamidades con el hecho de que se utilizara la inteligencia griega para suplir el escaso contingente de los cerebros turcos. Entre los visires y otros gobernantes de Turquía, no pocos fueron de extracción griega ó mestizos; mas no se reconoce huella alguna de este origen en su conducta. Aún más notable fué la creación de la clase de phanariotas, así llamados por el Phanar, barrio de Constantinopla, en el que habitaban; aristocracia artificial (2) en quien los intereses egoistas dejaban poco espacio para el desarrollo de sentimientos tradicionales; de modo que los servicios que se hicieron á sí mismos fueron ilimitados; mas escasos los que su nación les debe. La perspectiva de la promoción avivaba el deseo de educarse, tan natural en los griegos, mas en la percepción de los impuestos fueron á menudo instrumentos de tiranía, y como numeroso cuerpo de influjo si en conjunto ejercitaron éste para aliviar la opresión, al ménos en Grecia, tenían interés en sostener la dominación otomana en que fiaban personalmente su medro.

Para la raza griega, en general, esas calamidades no fueron solamente de carácter aflictivo, sino sumamente corruptoras. El canto de Homero es testigo de que la suave esclavitud de las edades heroicas privaba á los hombres de la mitad de su naturaleza viril (3). Mas la esclavitud, que no otra cosa era la impuesta por los turcos, no sustituyendo solamente la ley con el capricho, sino mutilando la sagrada estructura de la familia y revistiendo los excesos de un poder tiránico con la terrible sanción religiosa era tal, que mataba la mitad de la virtud que podia quedar á un esclavo. Parece indudable que la consecuencia fué corroer gravísimamente el carácter de la

(1) Finlay's *Greece*, p. 106-118.

(2) «Una ficticia y servil nobleza.» Gordon, *Greek Revolution*, p. 34.

(3) Od. XVII. 322.

raza (1). El grillo que martiriza la carne, pesa también sobre el alma. Dios hizo libre al hombre, aunque sin duda previendo los males que habrían de resultar del abuso de la libertad. El abuso de ella es falta y culpa, mas su pérdida es mutilación. Bajo el régimen otomano y en proporción á lo incalificable é impune, hundiéronse al más bajo nivel el sentimiento nacional y el deseo de alcanzar reparación, juntamente con la vida intelectual, moral y doméstica.

Solo un tesoro quedó á los griegos al través de la larga noche de su desolación: era «la perla de subido precio.» Dejando á una parte las víctimas involuntarias del tributo de niños, sólo una minoría muy insignificante de las razas cristianas, ó al ménos de la mayor parte, se prestó á comprar con la apostasía la inmunidad y libre acceso á los placeres y ventajas de la vida: especialmente al placer embriagador y corruptor por demás de dominar á nuestros semejantes. Esa fe, que debia dar frutos bajo las formas de todas las cosas bellas, nobles y humanas, se reconcentró en sí misma, como á menudo se reconcentra en casos ménos lastimosos y durmió durante el nevado invierno de muchas generaciones. Pero una luz ténue señalaba aún la habitacion que no habia dejado, y allí vivió, llevando en sí misma la capacidad y promesa de una futura revolución. Al mismo tiempo que admitamos y deploremos las densas tinieblas de la ignorancia y los grandes estragos de la desmoralización, consagremos una palabra á la virtud de una resistencia y constancia que no tienen iguales en la historia de la cristiandad.

Si nos fijamos en los medios con que se consiguió este gran resultado; no puedo ménos de hacer notar el altísimo valor del hecho de que aún en las ceremonias populares de la iglesia oriental se acudia frecuentemente á los textos de las Escrituras, y así se dió acceso á la fuente de aguas vivas, aún allí donde no se oía la voz del predicador y los libros eran casi desconocidos. De modo que los ritos cristianos estuvieron en cierta relacion con la acción de la inteligencia á que ellos dan aliento, y que también presuponen, pero creo que aquel que

(1) Gordon's History of the Greek Revolution, i, 32, 33 .

estudia imparcialmente la historia, debe admitir que en esas tristes circunstancias la organización firmemente establecida del clero cristiano, prestó un inestimable servicio concurriendo á la gran obra de conservación. No carece de interés observar las circunstancias que inducen á creer que en esta obra la parte más considerable no corresponde al monje en su claustro ó al obispo en su sede, sino al clero secular, ó como ahora se dice, laborante (*working*). La constitución matrimonial, hizoles y conservóles ciudadanos como los miembros de sus greyes y la «desalentada pobreza» si «reprimió su noble ira,» les apartó de las tentaciones á que estaba expuesto el alto clero por su relación, á menudo estrecha y discutible, con Constantinopla. Mr. Finlay, que ha expuesto los resultados de este contacto de un modo implacable, y no es decir demasiado, consigna, sin embargo, el siguiente notable juicio:

«Los sacerdotes de las parroquias tuvieron un influjo en el destino de Grecia completamente desproporcionado al rango social que tenían. La veneración de los campesinos á su iglesia, acrecentábase por el sentimiento de que sus desgracias eran compartidas por el clero secular... A su conducta debemos atribuir sin vacilar la confianza que conservaba la población rural en las promesas del Evangelio, y su firme persistencia en una fe perseguida. La gracia divina obró por medios humanos para preservar al cristianismo de la dominación otomana (1).

Veamos ahora cómo se abrió la puerta á la esperanza y cómo se fué abriendo cada vez más para esta raza. La decadencia y extinción del tributo de niños en el siglo xvii debe considerarse como la remoción de un obstáculo insuperable para todo renacimiento. El contacto con Venecia, aún en subordinación política, mantenido con alternativas varias en distintos tiempos y nunca perdido por completo en las que llamamos (*So called*) islas Jónicas, hasta la ruina de la vieja república, tendió al ménos á conservar cierto sentido de vida común y comunes intereses con el resto de la cristiandad. La pérdida gradual que experimentaron los turcos de su militar supremacía, fué al mé-

(1) Finlay's Greece, p. 185.

nos una ventaja negativa, una remota fuente de esperanzas para aquellos á quien tenian reducidos á la servidumbre. Algo hay que admitir tambien á favor de Turquía. Bien por evitar disturbios, ó por cualquiera otra razon, dejóse que subsistiera una independencia local más ó ménos salvaje en algunos distritos, como, por ejemplo, en las Armetolikas, en Maina, en Sphakia, y la ingenuidad nos obliga á confesar que las graduales incursiones de Rusia en el imperio otomano, junto con su creciente poderío, y con su activa intervencion en los Principados Danubianos, suscitó idealmente la figura de un libertador que se levantaba en el lejano horizonte.

En el caso particular de Chios, los ámplios principios de *self-government* local que se establecieron bajo la compañía comercial de Génova de los Giustiniani, fueron respetados por los sultanes despues de la conquista de la isla en 1566. Allí fué el hogar de una comparativa seguridad y prosperidad, conservando este carácter hasta la época de la revolucion griega, cuando todo, ó casi todo, era sumergido en sangre por una matanza más espantable todavía, aunque á primera vista y en ciertos respectos ménos feroz que las de Bulgaria en el año presente (1). Mediante esta condicion de relativa libertad continuada durante varias generaciones, los habitantes de la isla se elevaron á un alto nivel intelectual, y es en verdad hecho notable, que de Chio procedieron el mayor número de esas familias de comerciantes, tan llenas de inteligencia, iniciativa y habilidad, que han dado en nuestros dias al comercio griego su prominencia y poder en el Occidente, así como en el Oriente de Europa. ¡Qué leccion la de los resultados comparativos de la servidumbre por un lado, y los de un poco de libertad con órden por el otro!

Cuando volvió Morea á la dominacion turca por la paz de Pasarowitz de 1718, la terminacion del tributo de niños habia removido un poderoso obstáculo con que tropezaba el crecimiento de la poblacion, y vino á estar en boga, al ménos parcialmente, el sistema de conmutar los servicios personales del royah y las exacciones en especie por pagos en dinero á canti-

(1) 1876 (*N. de la R.*)

dad fija (1). En el siglo XVIII y en el XIX, hasta la revolución, resulta que la población de Morea, aumentó de 200.000 (1701) habitantes, al doble de este número. La consecuencia de esta creciente energía mostróse pronto en la actividad de la influencia rusa y en la facilidad con que se dió la bienvenida á los planes, más bien egoístas, de Catalina II. En 1770 sus agentes provocaron una insurrección en el Peloponeso y en Creta, mas con la declarada intención de que formaran parte de los dominios de la emperatriz (2). El resultado, como era de esperar, fué desfavorable, y al hacerse la paz de Kainardji, que tanto incremento dió al poder é influjo de Rusia sobre los cristianos de Turquía, no se hizo más por los griegos que incluir una cláusula de amnistía (3). Compartían en principio, y sobrábanle cualidades para utilizar el extraño, pero valioso privilegio de Borat, segun el cual los súbditos otomanos residentes en territorio otomano obtenían carta de extranjería y privilegios de súbditos de alguna potencia amiga. Mas pronto llegó el tiempo en que los griegos empezaron á sentir la influencia de la revolución francesa, del comercio creciente y de los adelantos efectuados en su idioma por aproximaciones progresivas al antiguo modelo. En tiempo del tratado de Viena, estaban tan arraigados al espíritu y sentido de la nacionalidad que, segun se dice, doliéronse de que nada se hiciera por la raza helénica. La influencia de la dañina combinacion que asumió atrevidamente el nombre de Santa Alianza, fué ostensiblemente adversa á los griegos. El congreso de Laybach, al empezar la revolución, declaróse hostil á toda lucha por la libertad. El congreso de Verona, que siguió muy de cerca á la gran carnicería de Chios, no fué impulsado por la simpatía ni por el horror, á autorizar medida positiva alguna ó política contra el sultan Mahmud y las simpatías religiosas del emperador Alejandro fueron contrariadas en la política rusa por su horror á la democracia (4).

(1) Finlay's. *Greece*, p. 281.

(2) Finlay's. *Greece*, p. 237.

(3) Gordon, p. 31.

(4) Puede estudiarse un punto de vista, hasta cierto punto distinto, en *Joyneville* 10.—*Life and Times of Alexander I*, vol. III, caps. VI y VII.

Mas la opinion y sentido de las colectividades tenian entonces una influencia mayor que ántes en el curso de los negocios, y hasta en la accion de los Gobiernos. Avanzaban los griegos en educacion y riqueza, miéntras que la decadencia se apoderaba evidentemente del orgulloso imperio de los otomanos. Habia revivido entre aquellos el valor merced, en parte, á la piratería y el bandolerismo, pero tambien á la formacion de fuerzas regulares, compuestas de *armatoli*, que eran una milicia local cristiana, que, por la condicion anómala del imperio turco, se vieron investidas de grande influencia en parte de la Península, hasta que en los últimos tiempos la tendencia centralizadora de los sultanes las puso en actitud hostil al Gobierno y les dió en ocasiones hábitos de completa indisciplina. Con estos materiales formáronse algunos cuerpos regulares.

Habíase formado en el mar una raza de atrevidos marineros que tripulaban los buques mercantes griegos, y sabian manejar el fusil para defenderse de los piratas que aún infestaban las costas. Todos estos diversos materiales fueron puestos en condiciones de combinarse por la Philiké Hetairia (1), sociedad secreta de considerable valía, en cuyo seno se abrigaban las semillas de la revolucion, esperando el dia en que debieran brotar. Esta combinacion se sirvió de un Instituto literario llamado la Sociedad Phomusa, que al modo que las reuniones agrícolas de más reciente fecha en Italia, ocultó sus verdaderos fines bajo un nombre inventado para ahuyentar sospechas. La Hetairia estaba en relacion con la influencia rusa, así como con la independendencia griega, mas con una influencia de cierto género, y muy parecida á la que estamos viendo en accion. Todos los Gobiernos europeos les eran igualmente hostiles en aquel tiempo, y con respecto á Rusia habia al ménos la diferencia de que los hetairios podian considerarla, no sin razon, como natural enemigo de sus enemigos. Grandes eran las ramificaciones de esta sociedad, y su eficacia, al ménos la preliminar, parece haber sido considerable (2).

(1) Gordon, i. XLII, y Finlay, I. 120.

(2) Resulta mucha diferencia entre Gordon y Finlay al apreciar esta eficacia de la Hetairia.

No se rompieron al fin las hostilidades por deliberada resolución de los conspiradores, sino con motivo de la guerra que estalló entre el sultan Mahmud y su formidable vasallo Alí, bajá de Janina, en Albania. Corria el año de 1821, y empezó el movimiento en la region de los principados; mas era esencialmente griego y sólo podia vivir en suelo helénico. En la Grecia meridional comenzó con fatal energía por una considerable matanza de la dispersa poblacion musulmana, levantándose luego á nobles esfuerzos y á grandes hazañas; mas no es mi intento dar noticia detallada de la historia militar de la insurreccion. Considerada en sus detalles ofrece un cuadro de patriotismo y corrupcion, de valor desesperado y debilidad, de temor y perfidia, de resistencia á los turcos y de discordia intestina. Manchan sus anales muchos actos de crueldad. Y sin embargo, ¿quién puede poner en duda que fué aquel, generalmente hablando, un noble esfuerzo hecho por la libertad y la justicia por un pueblo que, en corto número y con escasos recursos, limpió la mancha vil de la servidumbre, sacando su fuerza del derecho, y cuyos peores actos eran en puridad debidos á los que les habian uncido á un yugo, no sólo cruel, sino inmoral? Entre las proposiciones que parecen aplicables á los hechos mirados en su conjunto, hay que tener en cuenta las siguientes: primero, que Turquía pudo someter la rebelion sin ayuda de la habilidad de Ibrahim y de las fuerzas egipcias (1); segundo, que la gratitud por lo que Grecia habia sido y hecho en otros tiempos dió lugar á una activa cooperacion extranjera, especialmente bajo las nobles formas del entusiasmo individual, como en Byron, Church, Gordon, Hastings y otros; y tercero, que los esfuerzos que se hicieron habrian resultado ineficaces para realizar una completa emancipacion sin auxilios extranjeros de otra clase.

Todo el que viaje por Grecia y el archipiélago advertirá muy pronto que entre las virtudes borradas, ó mejor dicho, debilitadas en el espíritu general helénico, no figura la del agradecimiento; en ninguna parte está más arraigada.

Uno de los más brillantes nombres de nuestra historia polí-

(1) Gordon, p. 171.

tica es también uno de los más queridos para el corazón de la Grecia, el de Jorge Canning. Veamos ahora de qué modo, por medio de qué sabia y atrevida acción ganóse ese lugar en la cariñosa y persistente memoria de un país y de una raza.

La guerra de la revolución extendióse al principio por el territorio que habita la raza helénica, desde Macedonia hasta Creta; mas con el tiempo llegaron á encerrarse las operaciones por tierra en límites más estrechos todavía que los de la histórica península griega. La mediana capacidad y escasa moral, demasiado fáciles de observar entre los jefes griegos, convenció á la penetrante inteligencia de lord Byron de que las dificultades de la empresa eran considerables. En Agosto de 1824, ántes de que Ibrahim con sus fuerzas egipcias tomara parte en la contienda, el gobierno griego solicitó de Inglaterra que tomara á su cargo la causa de la independencia, frustrando los planes de Rusia (1). Mr. Canning recibió esta carta el 4 de Noviembre y la contestó á 1.º de Diciembre. Sólo prometió en su respuesta que la Gran Bretaña mediaría por solicitud de Grecia, con asentimiento del Sultán, soberano amigo que no había dado al país ningún motivo de queja. La importancia de esta contestación consiste principalmente en el hecho de que implicaba el reconocimiento de un gobierno autorizado para obrar á nombre de los griegos (2), y por ende el implícito derecho de éstos á constituir nación, así como indicaba un paso, que una vez dado por ellos, le habilitaría para adoptar ulteriores procedimientos. Ya en 1823, al reconocer el bloqueo turco de los puertos de Grecia, había dado á los insurrectos el carácter de beligerantes (3). Mas resulta evidente, sin otra cosa más que consultar el sentido común, aunque en 1861 se envolviera la cuestión en nebulosidades, que medidas como aquellas determináronse por razones de hecho más bien que de principio.

En 1825, la presión militar, á causa de la invasión del Peloponeso por las fuerzas egipcias, llegó á ser muy grande, y una declaración tan formal y enérgica como consentía la condi-

(1) Finlay's *Greece*, II, 166. Gordon, II 283.

(2) Tricoupi, *Hellenike Epanastasis*, vol. III, pág. 193.

(3) *La Russie et la Turquie*, par Dmitri de Boukharow. Amsterdam.

cion de un estado embrionario, hizo constar que «la nación griega ponía el sagrado depósito de su libertad, independencia y existencia política bajo la absoluta protección de la Gran Bretaña.»

Al punto comprendió Mr. Canning toda la significación de este paso é inauguró la política por ventura más atrevida y sabia que ha seguido en el presente siglo un ministro inglés. No consistía ella en huecos aunque ofensivos alardes de los recursos nacionales, ó sonoras protestas á favor de los intereses británicos, que los britanos, como cualquier otra nación en el mismo caso, tienen presentes sin gran necesidad de que se les recuerden. No consistía tampoco en una culpable apelación á los temores y animosidades nacionales, que sería mucho pedir olviden los pueblos cuando se presentan con la sanción de la autoridad. Era, por el contrario, su nota característica una generosa confianza en el buen sentido y amor á la libertad de sus conciudadanos, y en la valiente y hasta caballeresca creencia de que irían por el camino derecho si sus guías acertaban á conducirles. Antes de que subiera al poder Mr. Canning en 1822, el gobierno inglés miraba con malos ojos la insurrección griega por celos de Rusia. Según Finlay esta aversión era mayor que la de ningún otro gobierno cristiano (1). Su representante más próximo á los sucesos, Sir Thomas Maitlan, muy conocido en las islas Jónicas por *King Tom*, después de enemistarse con el pueblo por el establecimiento de un gobierno virtualmente absoluto, trató inútilmente de descubrir por medio de la baja maniobra del espionaje los planes, embrionarios aún de la revolución. Para nadie podían ser mayores las tentaciones de mostrarse hostil á los gobiernos despóticos de Europa que para un ministro más odioso para ellos que ningún otro de los secretarios de Estado, que antes ó después han desempeñado el ministerio de Negocios extranjeros. Comprendió, sin embargo, que el verdadero modo de

(1) *Greek Revolution*, II, 161. Gordon, I, 315. V. también Tricoupi, *Hellenike Epanastasis*, I, 339 sig.: II, 219; III, 267. Sobre los cambios en la política inglesa y sus efectos, v. Tricoupi, III 191-194. La mayoría del gabinete Canning no simpatizaba con él, mas quedábale la ventaja de contar con un jefe de irreprochable lealtad en lord Liverpool.

prevenir el desarrollo de la exorbitante influencia de Rusia y de desarmar la intriga de ésta evitando futuros males, era para Inglaterra asumir atrevidamente su misión más adecuada como campeón de la libertad, presentándose bajo este aspecto á los ojos de los que combatían por esta causa. Inves- tido de una autoridad exclusiva por el mensaje de los griegos, encaminóse simultáneamente, por medio de su distinguido primo Mr. Straford Canning, á realizar la mediación de Inglaterra y á asociar á sus gestiones aquella potencia que, como sabía muy bien, podía á su antojo facilitar ó echar á perder su obra (1). En algunos puntos eran propicias las circunstancias. Alejandro, que había estado vacilando constantemente entre sus simpatías ortodoxas y sus intereses despóticos murió ántes de terminar el año de 1825, y su sucesor Nicolás gastó los primeros impulsos de su juvenil imperial energía en rechazar la mediación de Inglaterra en sus cuestiones particulares con la Puerta, pero también aceptó con todo el vigor de su naturaleza la participación en el patronato de los griegos que le fué propuesta por el duque de Wellington en representación del gobierno británico (2). El efecto que hizo esto en Grecia, descríbelo Tricoupi en pocas palabras: ἡ Ἑλλάς ἠγγλιξεν ὅλη: toda Grecia hízose inglesa (3).

A ser Mr. Canning hombre indeciso ó de estrechas miras, habría podido hallar fácilmente disculpas para rehuir una especial intervención entre el Sultán y sus súbditos. El partido que apoyaba al gobierno de lord Liverpool no simpatizaba con esa ni con ninguna otra insurrección. Los helenófilos de Inglaterra no eran más que una secta de número é influencia limitados. Por aquel tiempo Rusia se había entregado á la de Metternich (4). En calidad de abogado de la causa griega había presentado aquella potencia en 1821 un plan encaminado á dividir al país en tres hospodaratos, que debían ser gobernados por jefes indígenas, y cuyas fortalezas habían de estar guarnecidas por tropas otomanas, sosteniendo que como esto favore-

(1) V. Tricoupi, *Hellenike Epanastasis*, III, 278.

(2) Id. IV, 203.

(3) Id. III, 267.

(4) *La Russie et la Turquie*, p. 82.

cería á las grandes familias serviría para separarlas de los intereses de la insurreccion. El único mérito de este plan consistía en que dentro de él estaba comprendido todo el territorio helénico, mas parece dar fundamento á la acusacion que hace Finlay (1) de que se proponía mantener al sentimiento griego en crónica exaltacion con objeto de perpetuar así la necesidad de una intervencion rusa. Al comenzar la guerra, la actitud de esta gran potencia habia sido de franca hostilidad (2). No sólo separó del ejército ruso á los epsilantes que mandaban en los principados, y dió el consentimiento necesario para que entraran tropas turcas en esas provincias para sofocar la insurreccion, sino que arrojó del territorio ruso con gran severidad á 150 griegos á quienes se negó hospitalidad en Austria y en la Cerdeña de entónces, y que sólo por medio de auxilios particulares pudieron regresar á su país (3). Rusia tenia, sin embargo, á la sazón desavenencias pendientes con la Puerta, surgidas á consecuencia del articulado del tratado de Bucharest (1812) y esas cuestiones favorecieron indirectamente la causa de la insurreccion, porque dieron lugar á que se situaran tropas turcas en la frontera septentrional del Imperio.

En estas circunstancias hizo Mr. Canning su hábil insinuacion al czar. Merced á la cooperacion de ámbos países, recibió la obra un ímpetu tal, que su éxito fué seguro desde entónces. En Abril de 1826 firmóse un importante protocolo en San Petersburgo, cuyo contenido era el que sigue, en lo principal. Grecia habria de ser un Estado tributario gobernado por autoridades de su eleccion, mas dejando alguna influencia á la Puerta en su nombramiento. Al pueblo griego competeria la exclusiva direccion de sus relaciones exteriores. Las tierras de los propietarios turcos serian compradas por el Estado. El segundo artículo es referente á una propuesta de mediacion, y el tercero á la prosecucion de dicho plan, caso de que la Puerta rechazase el ofrecimiento. Resérvase la demarcacion del territorio, y ámbos gobiernos renuncian acertadamente, como se hizo en 1840, y tambien al empezar la guerra de Crimea á

(1) *Greek Revolution*, II, 165.

(2) *Id.* I, 155 y sig.

(3) *Id.* II, p. 166: Gordon, II, p. 82.

toda ventaja exclusiva y á todo aumento territorial. Por último, se consigna que las otras tres grandes potencias serian invitadas á adherirse (1) á este protocolo, y con ayuda de la influencia británica y francesa, por el tratado de Ackermann, que arregló las diferencias pendientes entre Rusia y la Puerta, adoptáronse resoluciones respecto á los principados, y restablecióse en principio la autonomía de Sérvia (2).

La propuesta de mediacion convenida en el protocolo, fué rechazada por la Puerta, que confiaba en sus triunfos militares y que no tenia que entenderse con la Europa unida, aunque la Francia de los Borbones, á mucha honra suya, se habia asociado á las Córtes de Inglaterra y Rusia. Esta negativa dió lugar á que se firmara en Julio de 1827 el tratado de Londres, que fué el gran triunfo de la administracion demasiado breve de Mr. Canning, como la política que ese tratado llevó á decisivo efecto, fué la que coronó su diplomacia dando dicho tratado lugar á que se renovara el ofrecimiento de buenos oficios á la Puerta, y á que se tomaran medidas conducentes á llevar á la práctica el protocolo de 1826, caso de una nueva negativa. Mas á los pocos dias dejó de existir Mr. Canning.

Entónces siguiéronse rápidamente la declaracion de un armisticio obligatorio, la consiguiente destruccion de la armada turca en el combate de Navarino en Noviembre, la despedida de los embajadores en Constantinopla, la guerra declarada en Abril por el czar, y el avance de sus ejércitos á la conquista de Adrianópolis en Agosto de 1829. En este momento, el emperador Nicolás advirtió por muchas señales, y sin duda debe contarse entre ellas la actitud de Inglaterra, lo prudente que era detenerse. Mas á él y á su país, ayudados por los buenos oficios de Prusia, corresponde el honor de que se incluyera en el tratado de paz, las resoluciones de Julio de 1827. El artículo décimo del tratado de Adrianópolis, es la carta internacional de la independendencia griega (3). Aunque el sultan

(1) *La Russie et la Turquie*, páginas 92-94.

(2) *Idem*, páginas 95-101.

(3) Finlay, *Greek Revolution II*, 222, *La Russie et la Turquie*, páginas 102-113.

habia convenido vagamente en esta concesion ántes del tratado, á instancias de Inglaterra y de Francia, sus disposiciones en este sentido lleváronse á cabo, merced principalmente á la formidable proximidad del ejército ruso.

Un súbdito inglés encontrará, como tal, escasa satisfaccion en bosquejar los últimos hechos de esta historia. Fácilmente se explica, en verdad, que en 1829, con Constantinopla abierta á los ejércitos rusos, el gobierno inglés se alarmara; mas no es tan fácil entender ó justificar el rápido cambio de tono y modo de sentir que siguió á la subida del duque de Wellington al poder en Enero de 1828, y que hizo se estigmatizara el combate de Navarino en el discurso de la corona, como aciago, aunque sin duda inesperado suceso. Error no por cierto más sorprendente, pero aún más perjudicial en sus consecuencias, fué el pequeño aumento territorial concedido al nuevo reino, como si se quisiera abatir de un golpe los altos impulsos y noble arrojo de este pueblo y condenar al naciente Estado á lamentable debilidad y perpétua tutela.

Dice Finlay con razon, que la revolucion griega fué una revolucion popular. Demostróse allí tenacidad y valor no menores que los de los colonos americanos en su famosa insurreccion, que algunos soberanos despóticos se mostraron muy dispuestos á apoyar. No debemos abrigar el menor resentimiento por ese apoyo que hizo más fácil y pronta la terminacion de una contienda que de otra suerte habria sido interminable, entre las dos razas más tenaces y firmes del mundo. Este mismo servicio hicieron á Turquía las tres potencias, y por motivos por cierto más elevados. Su abstencion no habria puesto otra vez al sultan en posesion de una verdadera soberanía. Forzadas las fortalezas, deshechos los ejércitos, la pacificacion acaso pareciera segura, mas no lo seria en verdad. Las montañas y los mares habrian ofrecido un refugio á sus valientes hijos, y la lucha se habria mantenido con fuerzas en dispersion, pero con energía, por una raza que, excepto el Montenegro, no ha igualado aún en valor ninguna de las que fueron esclavizadas en Oriente. Mas si este es un notable parecido, hay que señalar un contraste aún más notable entre América y Grecia. No eran muy diferentes en número las poblaciones interesadas en

una y otra contienda. No faltaba á ninguno pronto y agudo entendimiento, pero los distinguidos estadistas, los nobles caudillos que surgieron en abundancia para afrontar las necesidades de la una, faltaron tristemente en la otra. Los colonos de América habian vivido bajo un régimen esencialmente libre, y se levantaron por odio á un ataque á la libertad, parcial y comparativamente ligero por cierto; la insurrecta poblacion helénica habia sido soterrada en cambio durante cuatro siglos por un sistema que, falto de uniformidad en muchos puntos, la tenía únicamente en lo fatal que era al crecimiento de las más altas virtudes. Sólo en y por medio de la libertad, puede alcanzarse adecuada preparacion para una libertad más completa.

La intranquilidad de Grecia en su situacion provisional bajo Capodistrias como presidente de un gobierno republicano era extraordinaria, y la diplomacia le prestó un nuevo servicio, mayor aún que lo que creyó, al ofrecer ó indicar que se ofreciera la corona de Grecia al príncipe Leopoldo (1) de Sajonia Coburgo, el primero de los reyes estadistas de su tiempo y quizás de su siglo. Aceptó este príncipe el trono helénico, pero las intrigas de Capodistrias presentando dificultades y aún creándolas, parece hubieron de ennegrecer de tal modo el porvenir que ocasionaron su renuncia. Con esta renuncia, desvaneciése la esperanza de una brillante infancia para Grecia. El corto número de príncipes disponibles para el intento de ocupar el trono de Grecia, era probablemente más reducido á causa de los celos de las familias reinantes y sus Estados, y aunque la capacidad media de las casas reales sea muy superior á la de la generalidad de las gentes, sólo una pequeña parte podia esperarse que se elevara al grado de inteligencia y carácter que requerian los árduos empeños de la situacion. El rey Othon no era un monarca pervertido ni descuidado; pero no tenía idea de los gobiernos libres. El teatro en que habia de actuar sólo consentia escasísima exhibicion personal, y faltaban estadistas indígenas que suplieran lo que él ignoraba. Trajéronse extranjeros para ministros: el espíritu de faccion, y lo que es peor de faccion extranjera, prevalecia

(1) Finlay, II, 224; Tricoupi, IV, 380, 381.

en el centro; era el absolutismo único remedio que se aplicaba á los males del país, y á consecuencia de todo reinaban la debilidad y el desórden. Cuando una Constitucion fué establecida en 1843, resultó tan prematura como deficiente, en sí misma, y por tener que plantearla un soberano incapaz de comprenderla. Llegó á su término en 1862 la paciencia del país, y cayó el rey Othon. Tal vez desde aquel año solamente puede decirse que ha sido puesta á prueba la Grecia libre. Y aún entónces, cuando por fin un soberano de esperanzas fué asegurado al país, habia que tener en cuenta que eran estas, esperanzas de la adolescencia, y que habia de pasar bastante tiempo ántes de que el jóven rey Jorge llegara á los años de verdadera actividad.

Este bosquejo, general y ligero, requeriría por supuesto así correccion como desarrollo, caso de aplicarse á los detalles. Mas algun recuerdo del pasado es necesario para tener probabilidad de juzgar con acierto el presente. Y al llegar aquí, encontramos una escuela en la que es máxima que la emancipacion de Grecia ha venido á parar en un completo desastre. Séame permitido aducir en primer lugar, que jueces competentes no han opinado de este modo, y preguntar despues si esta sentencia condenatoria está justificada por los hechos.

Las siete islas que llevaron el nombre de República Septinsular, están esparcidas por la costa desde Epiro hasta el extremo Sur de Morea. Son independientes en pensar y sentir unas de otras, y en el reparto de los oficios públicos; bajo el protectorado británico suscitábase entre ellas vehemente rivalidad. No habrá quien sostenga que este capítulo de nuestra historia es digno de su carácter general. A las veces, miéntras predicábamos la historia constitucional á los soberanos del continente, se nos recordaba el caso de las islas Jónicas. Tuve un tiempo el deber de estudiar cuidadosamente la historia de esta conexion, y debo decir que no obstante la bondad de las intenciones de la potencia protectora, aquel cargo que se le hacia era muy merecido en varios respectos, aún en el período en que ya habian sido olvidados *King Tom* y su sistema. Participar de una comun dependencia no constituye principio de vida comun. No tenian otro las islas, excepto el

de la nacionalidad helénica. Y esto que era una realidad y un honor, algunos ingleses se dejaban arrastrar á negarlo de un modo absurdo, porque la lengua italiana era la que hablaban las clases más influyentes (*ruling classes*), y habia una pequeñísima infusion, caso de que la hubiera, de sangre italiana. ¿Por qué no aprovechamos la oportunidad, al fundarse una Grecia libre, de poner término á conexion tan evidentemente transitoria, librándoles y librándonos de una posicion falsa, y dejando que ocuparan aquellos habitantes el lugar que les correspondia en el Estado recientemente constituido?

La pregunta es razonable á todas luces: mas no tenemos motivos para creer que ni siquiera Mr. Canning pensara en una medida semejante. Es probable que se encontrara atado de piés y manos por una tradicion militar, cuyo origen supónese que se remonta á Napoleon el Grande. Si éste proclamó efectivamente, segun se dice, la gran importancia militar de Corfú, sería de interes averiguar en qué período de su carrera promulgó tal doctrina. ¿Fué ántes ó despues de que 6 ú 8.000 veteranos de su ejército, al mando de Berthier, quedaran neutralizados en todo el tiempo transcurrido desde la conquista francesa hasta su abdicacion por un par de pequeños buques ingleses si no me engaño? (1). Aun en tiempo de los barcos de vela y de una artillería que desde entónces ha sido transformada, más bien que perfeccionada, y refiriendo tambien esta consideracion á los planes de monopolio de una potencia agresiva, pregunto qué elemento de fuerza aseguraba Corfú á un poseedor que no tuviera el dominio del mar, y qué aumento real proporcionaba á los recursos militares del que lo tuviera. No es necesario que me haga cargo del gravámen que resultaba para un país como el nuestro, de sostener guarniciones de 6 ú 8.000 hombres, bien en Corfú ó en las islas todas.

Ningun hombre más atento y preocupado que Lord Palmerston en asuntos relativos al poder militar, ni más penetrado del estado y progreso de Grecia. Mas cuando en 1862 se abrió

(1) Estas tropas volvieron á Francia en 1814 y era cosa corriente en las islas, aunque nunca he podido comprobar estos hechos, que ellas fueron de las primeras en reunirse á sus banderas cuando Napoleon regresó de la isla de Elba.

para este país la perspectiva de un verdadero gobierno libre, propuso con Lord Russell y su gabinete al punto convino en tomar disposiciones para la renuncia del protectorado y la incorporacion de las siete islas al Estado continental. Este fué un claro testimonio del juicio que habia formado aquel gabinete, y especialmente lord Palmerston y lord Russell, de las esperanzas que podian cifrarse legítimamente en el porvenir de Grecia. A no abrigar confianza en éste, no habrian juzgado prudente y acertado promover la transferencia de la poblacion jónica del protectorado británico al gobierno del jóven monarca.

Y habia aún más. Me consta que deseaban vivamente reparar el error que se cometió al constituirse la nacion helénica, limitando de un modo lamentable su territorio. Sin espíritu de enemistad para con la Puerta, deseaban que se asignara á Grecia la Tesalia y el Epiro, con sujecion á las condiciones de soberanía y tributo: y abandonando el protectorado, tuvimos ocasion de ocuparnos en los arreglos que más conducentes pudieran ser á asegurar la tranquilidad del Oriente. Provechoso habria sido para todos que estas opiniones se llevaran á efecto en la práctica. Mas aún entre los gobiernos más adelantados en cultura, el grado de sabiduría tocante á cuestiones territoriales, no es de tanta elevacion. Tiene la tierra para los Estados, la fascinacion que el oro para los individuos.

Nada se habria conseguido en aquel tiempo con discutir públicamente el asunto. Poco generoso habria sido en verdad para con Turquía que á la sazón, así al ménos se esperaba todavía, estaba ocupada sériamente en realizar las reformas con tanta solemnidad prometidas en 1856, agitar la cuestion de Oriente con un plan que, caso de ser rechazado, una vez dado á luz, la habria puesto en una difícil posicion. El caso ha variado completamente de entónces acá. Ella misma ha hollado promesas que le fueron compradas con tanta efusion de sangre y tantos dispendios por las potencias occidentales; ha dejado en libertad de discutir á su antojo así á sus amigos como á sus enemigos, y como á aquellos que sin enemistad ni admiracion creen que la mayor probabilidad que puede tener de continuar existiendo en Europa depende de la resuelta adopcion de amplias y liberales medidas encaminadas á que

arreglen por sí mismas sus asuntos interiores algunas ó todas sus provincias europeas; y creen tambien de importancia librar á la memoria de lord Palmerston cuando aún existe su colaborador el conde Russell, del daño que le hacen los que creen ó aducen que si viviera todavía, habria apoyado la obligacion de sostener la integridad del imperio otomano, como de suprema importancia para asegurar á sus afligidos súbditos amplias y positivas garantías de sus libertades personales y civiles.

Mr. Finlay al publicar en 1861 la *Historia de la revolucion griega* se quejaba de que el progreso del país en industria y poblacion no respondiera aún á las esperanzas que en él se cifraron; mas nunca ha dicho una sola palabra dando á entender que la emancipacion no fué un gran beneficio dispensado á la raza helénica, aunque en ello salió favorecida Europa por la desaparicion de un grave elemento de discordia. Diferentes veces he hecho notar las faltas que dentro y fuera de Grecia han limitado, mas no destruido los frutos de la política de Canning; pero no nos ocultemos que despues de todo, un progreso importante y positivo se ha realizado ya.

En tiempo de la revolucion, no sólo presentaban las clases dominantes, ó más bien los fragmentos reunidos de una clase dominante, como rasgos más notables la debilidad, el egoismo y la venalidad, si no que el pueblo estaba en parte entregado á la barbárie á consecuencia de la servidumbre en que habia vivido, y de la piratería y bandolerismo y por cierto de tal modo, que la guerra que emprendió fué terriblemente deshonorada por actos de crueldad. Mas las revoluciones que con razon hicieron en 1843 y 1862 les honraron por lo poco sangrientas. La Grecia, considerada en sí misma, es hoy un elemento, no de perturbacion, si no de estabilidad en Oriente. Lo mismo que el país no molesta á Europa, el pueblo no molesta al gobierno y obedece las leyes, acaso mejores que las que merece. El mal de los ministerios efímeros y de las mayorías vacilantes no es más que un síntoma secundario, y á menudo ha tenido el paralelo correspondiente en nuestras provincias de Australia, bien gobernadas en el fondo y siempre tranquilas. Mucho ha favorecido, es verdad, al bandolerismo,

así la naturaleza del país, como la fuerza que debe á tradiciones anteriores á la revolucion cuando se disfrazó con la máscara del patriotismo; mas desde hace largo tiempo ha venido á ser casual y limitado, como cuando Inglaterra fué sorprendida por un deplorable pero aislado ultraje del género de los que muy recientemente han dejado de reproducirse en Italia, y es de temer que aún se reproduzcan en Sicilia. La venalidad desvergonzada y casi general de los hombres públicos de Constantinopla esconde la cabeza en Atenas de un modo muy parecido á lo que sucedió en Inglaterra bajo el gobierno de sir Roberto Walpole. Recientemente fué descubierta en las considerables transacciones en que se ocupaban ciertos ministros y obispos. Sometióse á juicio y la castigaron severamente los tribunales. En este pequeño Estado casi municipal, la independencia de los tribunales parece estar fuera de toda discusion, lo cual es inestimable ventaja. El alto clero vive en armonía con el Estado, el inferior con el pueblo, y la correspondencia de nuestro Ministerio de Negocios extranjeros, podria mostrar ejemplos de sus sentimientos liberales que pueden ejercer un benéfico influjo en el cristianismo oriental. Su union con el pueblo le hace un elemento de fuerza en el organismo de la sociedad. Esta union se cimentó, verdad es, en los padecimientos comunes. El dia de Pascua de Resurreccion, en Abril de 1821, el patriarca Gregorio (1) fué arrestado con sacerdotales vestiduras despues del oficio divino y ahorcado á la puerta de su palacio de Constantinopla. Descolgaronle tres dias despues y entregóse su cadáver á una gentuza judía que lo arrastró por las calles y lo arrojó luego al mar. Gordon enumera cerca de veinte obispos que fueron asesinados ó ejecutados por los turcos en los primeros tiempos de la revolucion. En cuanto á los sacerdotes, ellos padecieron en todas partes y fueron por cierto los primeros en padecer.

Los datos estadísticos del progreso de Grecia tomados de fuentes públicas son bastante satisfactorios.

La poblacion que en 1834 era de 650.000 habitantes ascen-

(1) Gordon, I, 187. Finlay, I, 230. Tricoupi. *Hellenikue. Epanastasis*, vol. I, pág. 102, tom. VII, cap. VI.

dia en 1870 á 1.238.000; casi se habia duplicado en treinta y seis años, excediendo de esta suerte en la rapidez de su crecimiento á la Gran Bretaña, y siendo por tanto muy superior en ésto al tipo ordinario que alcanzan los países europeos. Con las Islas Jónicas, Grecia debe contener actualmente más de millon y medio de almas.

En 1830 contaba 110 escuelas á que asistian 9.249 alumnos. En 1860 tenia 752 escuelas con 52.860 alumnos. La Universidad de Atenas, que en 1837 tenia 52 estudiantes, contaba 1.182 en 1866.

La renta, que ascendia á 275.000 libras esterlinas en 1833, era de 518.000 en 1845 y de 1.283.000 en 1873, ó sea de un millon próximamente, descontando lo que corresponde á las Islas Jónicas.

Encuanto á la navegacion y comercio griegos los datos no dejan de ser satisfactorios á pesar de lo incompletos que son. El número de marineros griegos que aumentó cuando la anexion de las Islas Jónicas ascendia en 1871 á 35.000. Antes de ella ascendian á 24.000, ó sean el triple de los del Reino Unido relativamente á la poblacion. El tonelaje pasó de 400.000 en 1871. Antes de la incorporacion de las Islas Jónicas las importaciones y exportaciones arrojaban un término medio proporcional de 1.546.000 lb. para 1853-57. Para 1858-62 arrojaron 2.885.000 lb. En 1867-71 se elevaban á 4.662.000. La parte del comercio griego que se hace con el Reino Unido y que arrojaba en 1861 923.000 se habia elevado en 1871 á 2.332.000 lb.

Síguese que ni bajo el punto de vista material ni bajo el político ó social, hay motivo para que se deplora que intervinieran las potencias á favor de Grecia.

Ahora me ocuparé en resumir lo concerniente al porvenir de los súbditos helénicos de la Puerta.

Los títulos que asisten á los armenios y á las provincias helénicas del imperio otomano, para que se estudie su situacion en la Conferencia, no son, como ya he dicho, análogos á los que pueden ostentar las poblaciones eslavas; pues éstas han expuesto sus quejas del modo más efectivo, alzándose contra el Sultan y desconcertando, en dos de ellas al ménos, los es-

fuerzos que ha hecho para pacificarlas por medio de la desolacion. Tal vez debiera darse por demostrada, racionalmente hablando, la paridad de los casos, pero es justo que se pidan pruebas á los helenos. ¿Su *locus standi* será admitido en la Conferencia hasta dar lugar á que justifiquen sus pretensiones? Es evidente que no podrá suceder otra cosa, si pueden sostener con pruebas adecuadas las aseveraciones atrevidamente hechas en el *meeting* del Pnyx, cuya comprobacion no se ha dado á luz todavía. Supongamos ahora que al reunirse la Conferencia se plantea la cuestion de saber si ha de llevar su consideracion más allá de las provincias eslavas. Procederé á exponer algunas razones que podrian inclinar á la afirmativa el ánimo de un inglés, y especialmente el de aquellos que tengan un ligero tinte de *rusofobia* (1).

En primer lugar, el Gobierno otomano sostiene que se extenderán á todas las provincias del imperio los cambios que sea necesario introducir. Difícil sería para dicho Gobierno pretender que, cuando se dé solucion al inmediato y urgente conflicto eslavo, se cerrará la puerta á otros cuya igualdad de títulos ha proclamado él mismo.

Con respecto á Rusia, cabe la duda de que sus intereses despierten en ella la ansiedad de ensanchar el círculo de las gestiones. Ni sé hasta qué punto la generosidad pudiera llevarla á intentarlo; mas así como creo que no siempre ha de mostrarse exenta del egoismo, de que nosotros á las veces debiéramos reconocernos culpables, entiendo que consta sobradamente que el emperador y su pueblo son susceptibles, no ménos ciertamente que nosotros, de experimentar la emocion generosa de que recientemente hemos dado testimonio.

Con muy contadas excepciones, en la frontera austriaca páreceme indudable que las esperanzas de los cristianos de la Turquía europea, se han cifrado en este país ó en Rusia. Diversas son las circunstancias que pueden fijar sus esperanzas en una ú otra de estas dos naciones. Muy fácilmente se dice que todas obedecen al influjo de Rusia. Creo, por mi parte, que estas poblaciones preferirian unánimemente la ayuda in-

(1) Conocidos son ya los resultados de la Conferencia. (N. de la R.)

glesa, caso de que pudieren obtenerla, sin exceptuar á esclavos y válacos. Verdad es que les une con Rusia doble vínculo: á los esclavos el de religion y raza; á los válacos el de religion, y tal vez el de los recuerdos; pues aunque Rusia se sirvió de ellos como instrumentos contra la Puerta, á dicha potencia son deudores de aquellas inmunidades locales, que los pusieron en condiciones de ser, despues del tratado de Paris, un Estado libre. Mas una y otra de estas razas tienen vínculos con Inglaterra: primero, la posesion y el desarrollo de instituciones populares; segundo, que no tienen que temer de ella, ni aún como posible, la absorcion ó el ataque. Mas, por fortuna, los válacos están fuera de la cuestion. En cuanto á los esclavos, comprendo que es inútil proseguir el exámen, con especial referencia á Inglaterra, despues del curso que han llevado los negocios en 1875 y 1876.

La presente indagacion concierne á las razas helénicas, y la cuestion presenta aquí un aspecto muy distinto. Sólo en un punto abrigan simpatías, que pudieran llevarlas hácia Rusia preferentemente, y es la religion. Si dichos países estuvieran comprendidos en la Iglesia latina, la comunidad de ideas religiosas sería de gran importancia, por implicar cierto antagonismo para con todas las otras formas del cristianismo. No es este el caso cuando de la Iglesia griega se trata; porque precisamente está constituida sobre el principio de la distribucion local, rechaza la doctrina y prácticas de supremacía, y no admite jurisdiccion fuera de sus propios límites. Mr. Finlay habla de la fuerte inclinacion de los jónicos á Rusia. Podrá haber sido esto cierto, y con mucha razon, en tiempo de Sir Thomas Maitland. Mas gradualmente fué mejorando el trato que á los isleños daban los ingleses. Diez y ocho años há encargáronme de una mision en las islas, y entónces adquirí el convencimiento de que carece de fundamento la idea de que allí prevalecen las inclinaciones á Rusia: era el deseo de aquellos habitantes ser griegos políticamente, como lo eran en sangre y sentimientos; mas miéntras no pudieran serlo, preferian á toda union con otros países, el estar unidos con la corona de Inglaterra.

Desde aquel tiempo, sucesos de gran importancia han sobre-

venido en el orden de los asuntos eclesiásticos. Si en punto á religion habia entónces evidente afinidad con Rusia, ésta se ha tornado actualmente en positivo antagonismo. Los cuatro ó cinco millones de búlgaros que vivian entónces en tradicional comunión con la sede patriarcal de Constantinopla, están en el dia de hoy separados de ella por un cisma, y la raza helénica sabe que Rusia ha sido la que principal y más eficazmente fomentó este cisma por medio de su embajador, el general Ignatieff; no obstante haberse indicado que éste, como maestro en la *finesse* diplomática y conociendo la ciega hostilidad de Alí Bajá á todo lo que propusiera ó sostuviera Rusia, puso á la Puerta del lado de los búlgaros al mostrarse hábilmente favorable el patriarca (1).

Es notable que sea tan poco lo que de este importante asunto se ha sabido en Occidente, y se explica considerando que sus consecuencias directas han sido puramente negativas. Los cien ojos y las cien manos de la curia, dirigiéronse desde Roma á la península de los Balkanes con esperanza de sacar algun partido de la contienda, mas fué inútil el intento. Asegúrase que el embajador francés, M. Bourée, apoyó con toda su influencia, si no con el dinero de su país, las tentativas papales, más con todo fueron vanas (2). Los ochenta ó noventa millones que comprenden las iglesias de Oriente, aunque se subdividen en comuniones y aún en doctrina, si bien esto último en pequeña escala, forman compacta é invencible falanje contra las pretensiones del Pontificado.

En las circunstancias que presidieron al planteamiento de la cuestion búlgara se nos revela claramente la genuina aspiracion de este pueblo á la vida nacional. So capa de obtener hombres más ilustrados y competentes que los que pudiera dar de sí una poblacion falta de cultura, habíase mantenido por espacio de siglo y medio, la costumbre de nombrar para las sedes búlgaras obispos fanariotas de Grecia. Pedia Bulgaria que se la dejara nombrar sus obispos y un prelado supremo con título de Exarca. Si mis informes no mienten, sucedió en el

(1) *Attention aux Balkans*: Bucharest, 1876, p. 14.

(2) *Attention aux Balkans*: Bucharest, 1876, p. 15.

curso de esta controversia lo que en otras muchas, á saber: que la razon cambió de sitio á medida que se desarrollaba aquella. El patriarca ofreció que la Iglesia búlgara, al modo que las de Rusia y Grecia, seria una Iglesia nacional independiente, más estipuló que, cual ellas, se encerrara en los términos de la localidad. Los búlgaros, por su parte, sostuvieron que á donde quiera que hubiese naturales de Bulgaria y constituyesen mayoría local, tendria que extenderse la jurisdiccion de la Iglesia nacional. Esta pretension era contraria al principio de distribucion local en que pretende estar fundada la Iglesia de Oriente en conformidad con la anti-nicena. Aquella pretension fué rechazada, y siguió la ex-comunion. Pero la iglesia rusa negóse á sostener la sentencia fulminada por la sede de Constantinopla. Otro de los patriarcas adoptó el mismo criterio, y fué depuesto. Rusia, que tenia los medios de hacerlo en sus manos, trabajó activamente contra el sucesor que dieron á aquel. En una palabra; aunque en doctrina y rito la religion de los búlgaros sigue siendo lo que ántes era, el tranquilo Oriente ha caido en el abismo de las perturbaciones eclesiásticas, y atribúyese con justicia ó sin ella á la influencia rusa una parte principal en este estado de las cosas. Hasta se dice que confiscando en Besarabia sus rentas, Rusia ha privado al patriarca y á los institutos griegos de Romelia de una gran parte de sus medios de subsistencia (1). Y no consignamos el deseo que en ella se supone de constituir una Bulgaria eclesiástica que alcance más allá de los Balkanes para que pueda ella misma ejercer de esta suerte su accion en los pasos de la montaña.

Con Constantinopla es con la que se siente inseparablemente unida en religion la raza helénica: así es; en el más estricto sentido, no obstante su indebida docilidad que para con la presion de la Puerta, que en ciertas ocasiones y determinados respectos, ha rebajado la dignidad de aquella gran sede. Mas cuanto á la religion concierne, puede decirse que en estos momentos, es más bien un motivo de enérgica oposicion contra Rusia, que de atraccion para ella.

(1) *Attention aux Balkans*, p. 21.

Imposible es formar exacta idea de las cuestiones relativas á los súbditos cristianos de Turquía, sin tener en cuenta el dualismo que entre ellos existe y separa entre sí á helenos y eslavos. Profesan la misma religion, y este lazo de simpatía es de principal importancia. Participan de iguales sufrimientos, mas son rivales hasta cierto punto en los sueños que acarician. Créense herederos de la Europa Oriental, y revelan cierta inclinacion á disputarse la herencia ántes de que llegue el dia de hacerse dueños de ella. Los eslavos son numéricamente más fuertes, mas el heleno está penetrado de que durante la noche larga y tempestuosa de la gran calamidad, al genio que á su raza quedó, debiéronse los únicos resplandores que brillaron en medio de las tinieblas y de la tempestad. El czar es para ellos un campeon cuando se suscitan contiendas con los turcos; mas se les presenta como un adversario eventual cuando hay señales de discordia entre ellos y la raza eslava; siendo de notar que en la actualidad todas las circunstancias contribuyen á acentuar esta diferencia. La perspectiva del predominio de Rusia es tan contrario á sus esperanzas, como la de un imperio griego en Constantinopla antipático al poderoso emperador de todas las Rusias.

Razono en favor de los demas ántes que en utilidad de mí mismo. Creo que hay muchas razones, á más de las que ya adelanté, para desear que se aproveche la oportunidad de la presente crisis, despues de acudir á sus primeras necesidades, para obrar más ámpliamente en el sentido de ideas como las que fueron incuestionable y fuertemente sostenidas por lord Palmerston y lord Russell en 1862, y convenir con la Puerta cuantas concesiones puedan hacerse razonablemente á las provincias helénicas. Estoy profundamente convencido de que el antagonismo de sus intereses con los de la política dominante, tal como ordinariamente se expone, no existe realmente. Mala es la condicion de Turquía en el estado actual de las cosas: ¿cuál sería si el daño que la hizo la revolucion griega se hubiera tornado en gangrena por abandono? Entiendo que la soberanía sobre una gran extension territorial hubiera sido preferible para ambas partes á la independencia de una pequeña porcion; pero que cualquiera de estas

dos soluciones era mejor que la doctrina de que no tenemos para qué intervenir en una contienda entre el sultan y sus súbditos, y que las prácticas fundadas en tal doctrina.

¿Qué razon hay para que nos alarmemos al oir hablar de soberanía? Esta fórmula es sumamente elástica. Aun en el actual imperio turco la soberanía de éste existe en media docena de formas distintas, tales como aquellas en que se ejerce sobre Túnez, Egipto, Samos, Rumania y Servia. Lo que ella implica es una propia práctica administracion relativamente á todos aquellos asuntos interiores de que depende la vida diaria, con condiciones fijas para la tributacion y autoridad sobre la forma de percibirla. Donde quiera que estos puntos se resuelvan, escaso es el motivo que puede hallarse para suscitar conflictos.

Todo el que así opine tendrá ámplios motivos para pensar y obrar, sin tener en cuenta la posicion de tal ó cual potencia. En sentir de muchos tienen, sin embargo, los actores en la cuestion de Oriente más importante parte que los hechos. Para que lo tengan en cuenta, deseo hacer notar, que si creen de imperiosa necesidad para Inglaterra, frente á Rusia, asegurarse una posicion independiente é influjo en el Oriente por medios más eficaces que la amenaza y los alardes ó ciertos planes de terrible egoismo, tienen en el dia de hoy una oportunidad tal, que nunca la hubo como ella. Hay en Oriente cuatro millares de hombres pertenecientes á la raza que aún acaricia en su memoria los nombres de Canning y Byron, y con cuyo afecto podemos contar seguramente si ahora miramos con alguna atencion al estado de las provincias helénicas. No quieren ellas las instituciones rusas, sino la libertad de que nosotros gozamos. Quieren para su causa un abogado que no pueda llegar á ser fácilmente su adversario, cuyas tentaciones obren en otra direccion, y que, cual ellos cariñosamente piensan, ni les pida nada, ni les infiera daño en las eventualidades que puedan surgir de la oposicion de intereses ó aspiraciones (1).

(1) En el *Times* del 18 de Noviembre se puede ver una reseña transcrita de la *Kolnische Zeitung*, y en que se da cuenta de la conferencia celebrada por su autor con el general Ignatieff. Discutible es sin duda la autoridad que pueda darse á dicho extracto, mas los sentimientos de dicho diplomático hácia las provincias griegas fueron de carácter frio y de sfavorable, como era de presumir.

Los recuerdos de lord Byron han renacido recientemente en Inglaterra, merced á un bien pensado esfuerzo. Entre aquellos hay uno que tiene sin duda particular nobleza, el de su caballeresca adhesion á la causa griega, en que su munificencia no es á la verdad el rasgo más conspicuo. En el período que precedió á la guerra revolucionaria, cuando Grecia yacia rígida y yerta en su sepulcro, inspiraron su historia y su destino al poeta admirables acentos de cántico inmortal, no de otra suerte que su musa, siempre alerta, saludó con entusiasmo la primera señal que de resurreccion se dió en aquel pueblo.

Lord Byron no acudió solamente en defensa de esta gran causa con el entusiasmo del poeta ó el indiferente arrojo del aventurero. Ocupóse en el asunto que absorbió el último período de su vida con gran sentido práctico y con una profunda penetracion, que no ha sido desmentida en modo alguno por los sucesos. No es aventurado suponer que el conocimiento de la parte sublime que tocó al poeta figuró entre los medios que animando á Canning, dieron ocasion á que se realizara su atrevida política, ni esperar que el recuerdo de aquella participacion pueda aún dar luz á ciertos estadistas ingleses.

W. E. GLADSTONE.

(Contemporary Review.)



LA FILOSOFÍA DESDE KANT

(Die philosophie seit Kant)

POR FRIEDRICH HARMS



Harms es profesor de filosofía en la Universidad de Berlin; su último libro, cuyo título es el mismo que al frente de este estudio estampamos, es el resultado de un largo y detenido trabajo, que nadie tan bien como él estaba en condiciones de emprender, pues siempre ha sido objeto principal de su ocupacion científica este período de la filosofía, es decir, desde Kant; de sus lecciones, las más importantes y profundas han sido las que trataban de esta materia, y lo mejor que en ellas habia es lo que ahora nos ofrece su libro en una forma más amplia, y á la vez más precisa.

«El estudio de la historia de la filosofía en las naciones antiguas y modernas de la Europa, dice Harms (p. 596), forma al presente el carácter distintivo del pensamiento filosófico.» Este interes por la historia de la filosofía se ha desarrollado al mismo tiempo que crecia una filosofía alemana independiente y original, y de este estudio se ha hecho la base necesaria para los progresos ulteriores de la ciencia misma. Sin embargo, Harms no quiere que la ciencia se identifique con su historia, porque así tendríamos la filosofía erudita, que confunde la filosofía con la filología. El no cree, como hoy en dia muchísimos

otros, que haya pasado el tiempo de la filosofía sistemática; la investigación docta é histórica es sólo la preparación para un desarrollo ulterior del pensamiento filosófico. El mismo Harms tiene sus propias convicciones sistemáticas, que ha expuesto en otros escritos, y claramente expresa también en este libro, como fundamento de la crítica de los diferentes sistemas. Las convicciones filosóficas de Harms se enlazan con el sistema de Fichte; como éste, da él suprema importancia á la ética, reconoce al acto de la volición como el fundamental del alma. El principio de la filosofía no consiste en la noción del saber, sino en la del querer saber, que, como postulado ético, supone ya la posibilidad del saber. Por otra parte, se aleja de Fichte, y confiesa lo defectuoso de su sistema. Harms ve en la filosofía la ciencia de las ciencias, la única que explica la noción misma de la ciencia, y que las otras suponen necesariamente, pero niega que sea la filosofía toda la ciencia y la única, y no quiere construir con ella toda la realidad, como hacían Fichte, Schelling y Hegel. Al contrario, debe de conceder dentro de su sistema un puesto á las ciencias empíricas é históricas, que son tan indispensables como las filosóficas. Harms quiere conciliar la tendencia positiva y empírica de nuestros días con la independencia del pensamiento filosófico, de suerte que no haya usurpación de un lado ni de otro.

La introducción del libro nos muestra las raíces que tiene la filosofía alemana en la historia general de la filosofía. En la misma filosofía moderna distingue Harms cuatro fases diferentes. La primera es la de los principios, que parte de Lessing, Herder y Jacobi, contemporáneos independientes y precursores de Kant. Sin la base sentada por Kant, no habría empezado un nuevo período en la historia de la filosofía; pero tampoco se deriva de Kant exclusivamente la filosofía alemana; principios para ella se encuentran en Lessing, Herder y Jacobi, y sus ideas han ejercido no poca influencia en el progreso de la filosofía desde Fichte, el que, sin considerar aquella influencia, sería, históricamente, difícil de comprender (p. 56). Lessing y Herder fundaron aquél en bases esencialmente éticas, y éste, en otras principalmente físicas, la filosofía de la historia, disciplina característica de la moderna filosofía ale-

mana. Jacobi tiene importancia en la historia de la filosofía, sobre todo por su polémica, la cual, con ser sagaz y fecunda, peca, sin embargo, porque se dirige, no sólo contra éste ó aquel sistema, sino contra la posibilidad de la filosofía misma como ciencia; pero el mérito de Jacobi es haber dado nueva importancia á la conciencia personal, al sentimiento, á la experiencia, tanto exterior cuanto interior, y fué ademas el primero que manifestó en la doctrina de Kant aquella contradicción, cuya solución fué la causa del progreso de la filosofía alemana (p. 94).

La segunda fase es la fundación de la filosofía novísima por Kant. Harms ve en Kant el más original de los pensadores alemanes; afirma que en todos los sistemas posteriores no hay apenas una noción que no haya sido descubierta y explicada por Kant, y que él es quien ha dado á la filosofía alemana la dirección que siguió hasta hoy. Combate empero á aquellos que encuentran en Kant toda la verdad, que ven la reforma de la filosofía en un directo y sencillo regreso á Kant, y bien se sabe que estos hoy son numerosos en Alemania... y que entre ellos se cuentan ilustres naturalistas. «Es una de las preocupaciones del tiempo,» dice Harms en su prólogo (p. IX), condenar con una presunción pueril y sin estudiarla la filosofía sistemática de Fichte, Schelling y Hegel, que, sin embargo, se ha derivado de las doctrinas de Kant con histórica necesidad. Al mismo tiempo se celebra á Kant y se recomienda la vuelta á él. Fichte, Schelling y Hegel ¿no conocieron también la importancia de Kant? Kant, dice Harms, no puede comprenderse en su verdadero sentido, atendiendo solamente á los que hoy tanto le ensalzan. Estos se asimilan una parte sola de Kant y dejan todo lo demás; reconocen exclusivamente la *Crítica de la Razon Pura*. Pero eso es una gran falta de sentido histórico, porque la doctrina de Kant no está completa en aquella obra, sino que se encuentra contenida en sus tres obras principales, es decir, en la *Crítica de la Razon Pura*, en la de la *Razon Práctica* y en la de la *Facultad de Juzgar*; siendo, por el contrario, estos dos últimos libros los que, apenas salieron á luz, despertaron tanto entusiasmo por Kant, y produjeron la reforma en

la filosofía. En verdad ellos contienen las doctrinas positivas de Kant, y la *Crítica de la Razon Pura* solamente las negativas. Kant mismo dió á la *Razon Práctica* el primado sobre la *Razon Teórica*; ésta con su crítica tenía que despejar el campo para las verdades que aquella postulaba categóricamente. Pero la filosofía de Kant concluía en un dualismo; él tomaba las nociones fundamentales de su filosofía en dos sentidos diferentes, en la crítica teórica y en la práctica; de esto nació una contradicción, que exigía ser resuelta, y así daba el impulso para un desarrollo ulterior. El verdadero sentido de aquellas nociones fundamentales de Kant, Harms no lo encuentra en la *Crítica de la Razon Pura*, sino en la de la *Razon Práctica*; por eso la contradicción se resolverá cuando el orden de la investigación se invierta, cuando se haga efectivo el primado de la *Razon Práctica* y se erija á ésta en fundamento del sistema; es decir, cuando sirva la ética de base á la metafísica.

Así procedió Fichte, el cual da principio á la tercera fase, la fase del perfeccionamiento de la filosofía de Kant. A Fichte siguen Schelling y Hegel. Sus diferentes direcciones científicas se suelen distinguir como idealismo subjetivo, objetivo y absoluto; pero esta distinción, dice Harms, es una exterioridad y no expresa la verdadera diferencia característica de los tres sistemas. Llama á la filosofía de Fichte el idealismo ético, porque su principio fundamental es la noción de la libertad, que era la noción fundamental de la *Crítica de la Razon Práctica*; el de Schelling es un idealismo físico, porque parte de la noción de la naturaleza; la filosofía de Hegel, en fin, se puede llamar con razón idealismo lógico, porque para él el pensamiento lógico es la base de todo. La filosofía absoluta, es decir, la que quiere por sí misma y de su propia idea construir todo el mundo de la realidad, es representada por los tres (v. sobre todo p. 294 y sig.) La doctrina de Fichte era defectuosa en la noción que tenía de la naturaleza, como puro límite del Yo; la ética usurpaba el dominio de la física; pedía un complemento y lo encontró en la filosofía de la naturaleza de Schelling, mientras que en Hegel la filosofía absoluta halló su desarrollo más espléndido y poderoso en forma sistemática. Con

todo, Fichte constituye el punto más elevado de la filosofía desde Kant. Al lado de Fichte, no se encuentra ninguno otro, él está solo y es el vértice y el punto cardinal en el desenvolvimiento de la filosofía desde Kant. Si el paso de Kant á Fichte es un progreso ó un retroceso, si fué obra del capricho ó necesidad de los tiempos, cuestion es esta indecisa todavía, pero de cuya solución depende al mismo tiempo el modo de comprender y juzgar la filosofía de Kant, y la presente vuelta á Kant con total, ó, por lo ménos, parcial condenación de toda la filosofía posterior como de un grande aunque espléndido error. La cuestion de la filosofía alemana no es Kant ó no Kant, sino Fichte. Segun y cómo se comprendan las doctrinas de Fichte, así se piensa y juzga sobre la filosofía desde Kant (p. 57). Sin embargo, esta cuestion, en el concepto de Harms, como hemos visto, está ya decidida. Cree indispensable el paso ya indicado. La importancia especial que Harms da al sistema de Fichte, es un aspecto característico de su obra; y es un mérito suyo en este trabajo, como en otros anteriores, el haber formado de aquel sistema una idea muy diferente de la divulgada ántes de él, fundándose en un estudio profundo de todos los escritos de aquel filósofo. Resultado de esas investigaciones para él fué, que Fichte no ha tenido un sistema anterior y otro posterior formado bajo la influencia de Schelling. Éste, dice Harms, es un error nacido de haber entendido mal la terminología del filósofo; en verdad él no cometió la inconsecuencia de la que fué inculpada; su sistema es uno, y no enseña ya aquel exagerado idealismo subjetivo; porque el Yo, que es la noción fundamental de la doctrina de Fichte, no es un Yo individual, sino un Yo absoluto. «El idealismo de Fichte escribe Harms (p. 320), es al mismo tiempo un platonismo, porque enseña la realidad de lo universal. No existen solamente individuos, sino una vida universal, un Yo absoluto, en el cual, del cual y por el cual son todos los Yo individuales. El idealismo ordinario es un nominalismo sensualista, el idealismo de Fichte es un realismo intelectual.» El límite de Fichte, su punto de vista únicamente ético, constituye también su grandeza, á la cual después no ha podido llegarse. «El fisicismo, la manera exclusivamente teórica de com

prender el mundo, que prevaleció despues, no es solamente un complemento del idealismo ético de Fichte, sino que es tambien un retroceso, porque ha perdido la nocion fundamental de la ética, es decir, la nocion del deber, del ideal, del fin como base de la existencia de la vida (p. 346). Por eso Harms ve en la filosofía de Fichte, una filosofía del porvenir, cuya forma de pensamiento nos libraré del fisicismo y del punto de vista únicamente teórico de la filosofía posterior.» La filosofía de Fichte en su tiempo quedó descuidada y mal entendida, miéntras que la general atencion se dirigia á llevarla por un más profundo saber de la naturaleza. Ademas, habia entónces la decadencia nacional y política, que encaminó los espíritus á la meditacion y contemplacion puramente teóricas. Faltaba una vigorosa vida práctica, la cual podia Fichte, en la esperanza de que esta verdadera vida se levantaria un dia con una nueva fuerza y conviccion moral, y haria grande y poderosa á Alemania—Su fe se ha cumplido ahora y se ha probado el valor de su filosofía (p. 347).»

La cuarta fase de la moderna filosofía, segun Harms, forma la restriccion de aquella corriente de la filosofía absoluta. La oposicion á ésta era contemporánea á su mismo desarrollo; y al principio no se hizo por parte de las ciencias empíricas, que en lo mismo habian sido deprimidas por las construcciones metafísicas, sino desde el punto de vista de la filosofía misma; oponíase, no la sencilla negacion, sino sistema contra sistema. Tal es el puesto que en la historia de la filosofía moderna ocupan Schleiermacher, Herbart y Schopenhauer. Schleiermacher con su dialéctica combate la teoría del conocimiento establecida por la filosofía absoluta; reúne la lógica á la metafísica, pero sin confundirlas y sin hacer ni del sér un pensar, ni del pensar un sér, y ademas da forma independiente y original tambien á la ética, acercándola á la realidad y extendiendo su dominio sobre toda la vida humana. La importancia de Herbart está mucho más en la polémica que en sus doctrinas positivas. Con una extraordinaria agudeza de crítica revela las contradicciones en los sistemas de los otros; pero partiendo él mismo de un falso principio llegaría al escepticismo, si de éste no le preservase la firmeza de su carácter que le lleva á establecer

como resultados positivos lo que se halla en manifiesta contradicción con su propia crítica. Schopenhauer, fundándose más en las máximas y reflexiones del buen sentido, combate el método de la filosofía absoluta; pero la falta de método constituye precisamente la debilidad de su propia filosofía. Partiendo de un idealismo exagerado va á caer en el materialismo para negarle también á su vez. A pesar de su polémica personal y mordaz, sus ideas revelan su origen y dependencia de las de Fichte y Schelling; sin embargo, no le falta originalidad, la cual Harms encuentra en su pesimismo, es decir, la renovación de la filosofía india en contraste con toda la filosofía, ántes con toda la cultura europea (p. 580). Schopenhauer, después de haber quedado casi desconocido por muchísimo tiempo, ahora ha venido á ser el filósofo á la moda de la juventud y de la sociedad elegante, y eso por ciertas dotes especiales de su ingenio. Sus escritos no adolecen de la habitual oscuridad; escribe con elegancia, con facilidad; es chispeante, ameno, dado á la paradoja y rico en sutiles observaciones sobre las cosas de arte y de la vida. Todas estas cualidades Harms se las concede de buen grado; pero combate vivamente aquellas de sus opiniones que ofenden fuertemente su conciencia ética. Ya lo ha hecho otras veces en sus lecciones universitarias, en un discurso pronunciado en el año 1874; aquí, pues, refuerza su crítica con nuevos argumentos. El pesimismo de Schopenhauer, dice Harms, nace de un falso ideal de la vida, de un ideal personal y egoísta: «No reconoce una vida en la profesión, en el trabajo, en los negocios, donde todos en la comunidad de la familia, del Estado y de la Iglesia, del arte y de la ciencia trabajan en una obra común, que destruye el egoísmo» (p. 581). No reconoce más que individuos, y no las formas y los fines de la vida ética; pero el que no quiere más que gozar individualmente, debe verse desengañado, y así echa la culpa á la vida misma y al mundo, y lo llama el peor de todos los mundos posibles. El mérito de Schopenhauer, Harms lo reconoce en lo siguiente, á saber: en que dió nueva importancia al sentido común y sus experiencias, y al método de inducción por demás descuidados en el desenvolvimiento de la filosofía desde Kant á Hegel. Una continuación y modificación de las opinio-

nes de Schopenhauer es la famosa filosofía de lo inconsciente de Hartmann, conocida ya así en el extranjero como en Alemania. «La gran publicidad y aplauso que han hallado estas doctrinas, dice Harms (p. 595), es una prueba de que la fuerza de la fe no ha menguado y de que ha tomado tan sólo otro carácter. Lo extravagante forma el campo de las fantasías con que se alimenta esta fe sensual.»

Bajo el título de «Continuación,» Harms señala aún con brevedad, el estado actual de nuestra filosofía. Su historia y crítica contiene, como ya vimos, doctrinas sistemáticas, é impulso para un desarrollo ulterior. El porvenir de la filosofía depende hoy del cómo se comprenda el pasado. Y así el autor termina su libro con estas palabras: «La cuestión filosófica de la edad actual es ésta, si aquel antropologismo (fundado por Feuerbach y continuado por los materialistas) es la filosofía ó no. Esta cuestión está en conexión con la manera de entender la filosofía de Kant, como ya hemos dicho ántes. Nuestra manera muy diferente de entender la esencia de la filosofía kantiana, y la forma en que la misma contiene el fundamento para su desarrollo ulterior, contribuirá al mismo tiempo, así lo esperamos, á la resolución de la cuestión filosófica de la edad presente.»

Harms trata de los sistemas principales, de aquellos que tienen verdadera importancia para el desenvolvimiento histórico de las ideas; de los otros, que fueron ménos originales ó de menor influencia, se contenta con indicar en general el puesto que ocupan en la historia; de otro modo, la amplitud de la materia le habria impedido exponer cada sistema con bastante profundidad, y hacer ver claramente las relaciones de uno con otro. Un español, al abrir una historia de la filosofía alemana, ciertamente buscará en ella una exposicion del sistema de Krause, y en el libro de Harms no hallará sobre aquel filósofo más que media página (v. p. 414, entre los sucesores de Schelling). Esto es en razon á que en Alemania á la filosofía de Krause no damos aquella grande importancia, y ¿quién sabe si la misma hubiera llegado á alcanzar tanta aceptación en España, si Sanz del Rio hubiera conocido los otros sistemas tan bien como conocia aquel?

Harms es profesor, eso se ve en su estilo claro y preciso; evita las terminologías oscuras, cree que sólo posee á fondo el espíritu de un sistema, aquel que lo sabe exponer sin la terminología especial del filósofo (p. 304). Lo esencial para él es hacerse comprender y hacer comprender bien las ideas de los filósofos de que trata; representar cada sistema de ideas en su íntima connexion, como se ha desarrollado en el autor mismo. Todo lo demas no le importa mucho; no busca bellezas exteriores, su expresion quiere limitarse á ser el pensamiento mismo, y nada más; de aquí, el gran éxito que alcanza como profesor; su estilo al principio puede parecernos algun tanto duro y áspero; mas despues vemos que así corresponde cumplidamente al objeto del libro.

ADOLF GASPARY.



¡EN LA CIUDAD DE LOS MUERTOS!

POEMA EN TRES CANTOS

Al Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor.

CANTO PRIMERO.

I.

Hay en *Brooklin* un lindo cementerio
Que *Greenwood* llama el pueblo americano,
Tan desprovisto de mortal misterio
Como rico de mérito mundano.

Mármoles de colores
Forman sus caprichosos monumentos,
Y alfombran el dintel de sus asientos
El césped confundido con las flores.

Hay tumbas que parecen colocadas
Por el genio invisible de las hadas;
Hay muchas que parecen
Realizacion de pensamientos vagos
Que en el cerebro crecen,
Y hay otras que se mecen
Copiadas en las aguas de los lagos.
Algunas semejando catedrales
Alzan al cielo puntiagudas flechas,
Mientras otras parece que están hechas
Para adorno de parques celestiales.
Al mirar sobre un fondo de follaje

Alguna tumba blanca, es imposible
Decir si aquello es matinal celaje,
O si es monton de encaje
Que sostiene quizás mano invisible;
Hay otras escondidas
Debajo de las ramas y las flores;
Hay columnas corintias desprendidas
De rotos pedestales,
E inscripciones dulcísimas sentidas
Al borde de los lechos sepulcrales;
Hay ángeles dormidos
En la sábana blanca de las fosas;
Hay vírgenes hermosas
Encima de marmóreos monumentos,
Y en fin, tumbas modestas y lujosas
Representando ideas ingeniosas,
Intérpretes de dulces sentimientos.

II.

Pensando en cierta ingrata
Que en Madrid me queria
Y me olvida en América, inconstante,
Por una calle de *Greenwood* venia,
Maldiciendo mi suerte,
Que allí entre tanta muerte
Sólo el recuerdo de mi amor vivia.

III.

Y aunque es un cementerio
Un lugar de reposo y de tristeza,
Es tan hermoso el de *Greenwood*, lectores,
Que bien pronto el dolor de mis amores
Dejó de atormentarme la cabeza.

Y aquí mirando una inscripcion borrada
A trozos por el tiempo,
O una tumba que está medio enterrada

Entre flores ó césped, ó entre yedra,
 Encontré una mujer arrodillada
 Junto á una cruz de piedra
 Que esta triste inscripcion tiene grabada:
 «El mundo está para mi amor desierto,
 »Cual este cementerio abandonado,
 »Y aún no quiero creer que me has dejado.
 »¡Para mi ardiente corazon no has muerto!»

IV.

Ante aquella vision deslumbradora
 Descubrí con respeto mi cabeza,
 Mirando aquella imágen seductora
 Del dolor encarnado en la belleza.

Pero al hacer un débil movimiento
 Para admirar la cara
 Que sus divinas manos escondian,
 Manos de nieve y luz que parecian
 Modeladas en mármol de Carrara,
 Alzó sus dulces ojos
 De expresion y belleza indefinida,
 Y entre asustada y fiera,
 Parecia una corza sorprendida
 Al salir de su agreste madriguera.

V.

Repuesta al ver la paz que reflejaba
 Mi semblante sincero,
 Me dijo en un inglés que remedaba
 Un quejido de *Byron* lastimero:
 —¿Quién sois?—«Un extranjero
 Que absorto de placer os contemplaba.»
 La respondí besando
 Con mis ojos, sus ojos de violeta.

Entónces me miró triste é inquieta,
 Bajó los ojos y siguió rezando.

VI.

—¿Me permitis rezar por quien rezabais?
Tras muda admiracion la dije incierto.
—¿Le conocisteis vos? —Yo, no señora.
—¿Entónces, qué interes teneis ahora
En rezar por el alma de este muerto?
—El interes—la dije—
Que me inspira mirar vuestra belleza.
Y loca mi cabeza,
Tanta frase inventó para probarla
Que hablarla era mi anhelo,
Y verla un solo instante era ya amarla,
Y amarla era vivir dentro del cielo;
Que con dulce expresion y cariñosa,
Como de madre que habla con un hijo,
Y con sonrisa olímpica de diosa,
—Rezad conmigo, si quereis—me dijo.

VII.

El tiempo que pasó no sé de cierto,
Porque cual soplo de la brisa se iba.
Ella, siempre rezando por el muerto,
Yo, siempre enamorado de la viva.
Heridos por los mismos sentimientos
Se hallaron de los dos, los pensamientos;
Jóvenes ambos, yo lleno de antojos...
Se encontraron más tarde nuestros ojos,
Y ardiendo mi alma de calor humano
Enamorado la estreché la mano.
Al sentir la expresion de mi terneza,
Temiendo que á mi amor su alma sucumba
—¡Aquí, no!—me gritó con entereza:
Y volviendo asustada la cabeza
Me alejó por su mano de la tumba.

CANTO SEGUNDO.

I.

Entre tumbas de mármol de colores
Que adornan la tristeza de las fosas,
Hollando tumbas y pisando rosas
Llegamos á una parte solitaria,
En donde ni aún se escuchan los rumores
Que suele producir la orquesta vana
De los vientos pasando entre las flores.
Y en aquella caverna refugiados
(Caverna que era el hueco de una tumba,
Cuyos nombres estaban ya borrados
Por la infernal balumba
De desencadenados elementos
Y al roce de las aguas y los vientos)
Los dos allí sentados
Uno de otro en presencia,
Parecíamos dos enamorados
A inefable expansion abandonados
Despues de los rigores de una ausencia.

Con expresion divina de tristeza
Apoyó sobre mi hombro su cabeza,
En una dejadez que enamorara
Al mismo San Antonio locamente;
Y al ver que tristemente
Con extravío y duda me separa,
La apreté la cabeza dulcemente,
Y apartando los rizos de su cara
Volví la mia y la besé en la frente.

II.

Como un sér ideal que se despierta
Despues de un sueño, y como tal, mentira;
Y al ver la dicha que ha soñado, muerta

En su sorpresa de dolor, no acierta
A comprender si vive ó si delira.

Como un loco que siente
La luz de la razon vuelta á su frente,
Y piensa en su locura
Y cuenta tristemente
Tantos dias perdidos de ventura
Pasados en su vida inútilmente.
Cual niño que se abraza con presteza
Al cuello de una extraña
Que acariciaba su infantil cabeza;
La estrecha con amor temiendo que huya,
Y al ver que aquella madre no es la suya
Rompe á llorar transido de tristeza...
Se apartó de mis brazos bruscamente,
Se estremeció cual si tuviera frio,
Y pasando una mano por su frente
Llorando prorumpió:—¡Perdon Dios mio!
Al recibir ingrata mi consuelo
En vez—como debia—de mirarme,
Con perdida expresion, miraba al cielo
Y en vano fué arrojarme
A sus piés y pedir con voz sentida
Arrastrándome loco por el suelo,
Que no matára mi amoroso anhelo
Dejándome el suplicio de la vida.

III.

Con voz entrecortada y conmovida
Exclamó al fin sentándose á mi lado:
—Vos sois muy jóven para haber amado
Con la fe y la locura
Con que he querido yo al que está enterrado
Dentro de aquella blanca sepultura.
—«Yo, prosiguió despues, no puedo amaros;
Antes á otro le juré constancia
Más allá de la muerte

Y es tan triste mi suerte
 Que creo que empezaba ya á adoraros.
 —¡Pero, no—continuó con entereza—
 Gemid como él gemia
 Al apretar muriendo su cabeza,
 Blanca por el dolor, contra la mia!
 Y luego arrepentida
 Lloraba y me miraba conmovida
 Y suave y dulcemente
 Apoyaba sus labios en mi frente
 Con una majestad de aparecida.

IV.

Viéndola que insumisa
 Entre el recuerdo y el amor luchaba
 Y que entre amargo llanto me escuchaba
 O entre el lazo de amor de una sonrisa
 Grité entre enamorado y maldiciente:
 —¿Me amais ó no me amais?—y ella inclemente
 Esta respuesta atroz me dió indecisa:
 —«Entre la gloria y él, á él le prefiero,
 Esto habreis de saber, aunque no os cuadre,
 Porque él fué para mí, mi amor primero;
 —Pero á vos—escuchadme—á vos os quiero
 Como quiero á mi padre y á mi madre.
 —Si dentro de dos meses—no olvidadlo—
 Vuestro amor á mi amor se sobrepone
 Y al muerto olvido y es vuestra memoria
 El tirano, querido de mi historia
 Que de mi vida y de mi amor dispone,
 Entónces os aguardo
 Junto á esta piedra que es mudo testigo
 De la verdad de todo lo que os digo;
 Y juntos para siempre, yo os prometo
 Contaros el secreto
 Que me ligaba al hombre que aún bendigo.
 Pero si aunque os perdiera afortunada

Acudiendo á la voz de su llamada,
De dolor quiere el cielo que sucumba,
Buscadme, allá enterrada
Junto al pié solitario de su tumba.
Y ántes que yo pudiera
Contestar á su amor y á sus agravios,
Cogió una flor, se la llevó á los labios,
Me la puso en la mano, y más ligera
Que una cierva por perros perseguida,
Se perdió de mi vista en la pradera
Llevándose la calma de mi vida.

CANTO TERCERO.

I.

Qué largos son los meses
Cuando su fin con ánsia se procura
Para concluir de un golpe los reveses
O de un golpe concluir con la ventura;
Cumplió el plazo por fin, y una mañana,
Triste y alegre, sonriente y serio,
La puerta atravesé del cementerio.

Pero ántes de que osara
Mi mirada extender por la pradera,
Los párpados cerré cual si temiera
Que lo que iba á mirar amenazara
Cambiar el curso de mi vida entera.

Y en voluntaria oscuridad sumido,
El eco de su voz suena en mi oído,
Repitiendo esta frase malhadada:
—«Pero si aunque os perdiera afortunada
»De dolor quiere el cielo que sucumba
»Acudiendo á la voz de su llamada,
»Buscadme allá enterrada
»Junto al pié solitario de su tumba.»

Sintiendo en mi cerebro calentura,
 Me parece mirar su sepultura
 Cubierta por la tierra removida,
 Y á ella, que me llama y me convida
 A gozar del festin de su ventura.

II.

Preso de horrible pesadilla sigo
 En pos de aquella piedra funeraria
 Que fué mudo testigo
 De mi historia de amor. ¡ Está desierta!
 —Cuando ella no está aquí—loco me digo—
 Sin poder respirar, es que está muerta,
 Y como fiera herida
 Que ruge de dolor embravecida
 Al ver que todo en derredor ya zumba,
 Saltando sin pavor, de tumba en tumba,
 Fuí buscando la muerte de mi vida.

III.

Y tropezando aquí, y allí cayendo,
 Y destrozando allá la sepultura
 De algun muerto infeliz, siempre creyendo
 Tropezar con su fosa desdichada,
 Sin aliento y sin norte iba corriendo
 Dentro del pecho circular sintiendo
 En vez de sangre, pólvora inflamada.

Cada cruz que á mis ojos se aparece,
 Que es la cruz que yo busco me parece;
 Y al ir á examinarla,
 El cielo se oscurece,
 La cruz que ansío ver se desvanece;
 Tiendo mi mano, en fin, para tocarla,
 Y toco cuerpos yertos,
 Y entre tanto fantasma horrorizado
 Me detengo cansado
 Entre tumbas perdido y entre muertos.

IV.

Mi espíritu se calma,
Tiendo la vista en derredor, y veo
Una cruz que parece que se agita,
Y sus brazos tendiéndome, me grita:
—¡Aquí la muerte está de tu deseo!

Ya la diviso bien; no cabe duda:
En medio de otras tumbas, altanera
Aparece otra cruz medio enterrada
Junto á la cruz primera,
cuya antigua inscripcion está borrada.

Y haciendo esfuerzos por secar el llanto
Que se asoma á raudales por mis ojos,
Humedeciendo acaso los despojos
De la mujer aquella que amé tanto,
Al fin osé acercarme á su epitafio,
Y en aquella inscripcion que me mataba
El testamento de su amor veia,
Que grabado en su tumba me dejaba.

La inscripcion de su cruz, así decia:
«Perdon os pido por haber burlado
»El amor que inocente os inspiraba;
»Yo no os podia amar, Él me llamaba.
»¡Ya para siempre viviré á su lado!»

V.

No queriendo creer lo que leia,
A la cruz que me hablaba, toqué tanto
Que al separarme luego, se veia
Sobre el mármol las gotas de mi llanto.

Y estallando la rabia de mis celos
En tempestad deshecha y horrorosa,
Tomando por testigos á los cielos,
Dejé hecha mil pedazos por los suelos
La cruz que engalanó su tumba odiosa;

Del hombre, cuyo amor semi-divino,
Hizo morir á una mujer hermosa
Sembrando de fantasmas mi camino.

 Mi sacrilegio al fin viendo espantado,
Y creyendo mirar en mi agonía
Que la tierra giraba y que se abría,
Y un horrible esqueleto destrozado,
Con sañuda insistencia me seguía;
Corrí desesperado;
Ganada mi alma ya por la pavora,
Con la furia, la rabia y la locura
Con que corre un caballo desbocado.

ALFREDO ESCOBAR.

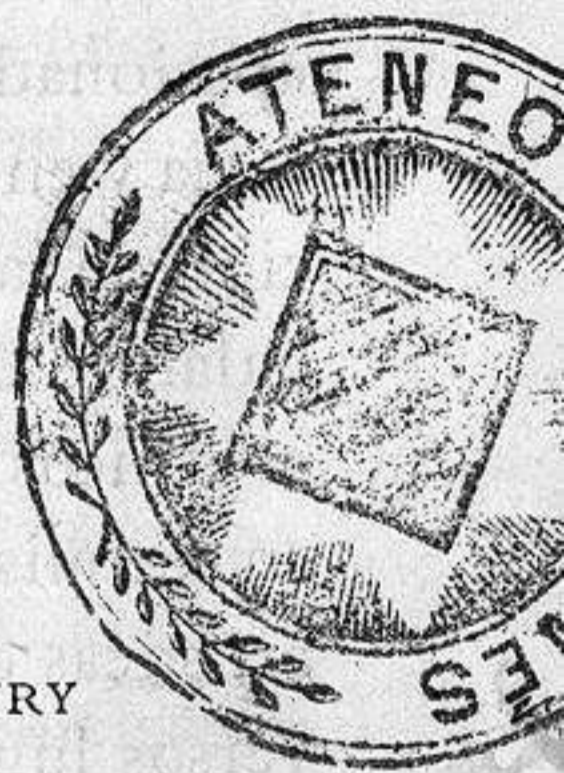
Nueva-York 11 de Marzo de 1877.



DEL ELEMENTO SEMÍTICO

EN LA HISTORIA

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA OBRA DE JULES SOURY



(*Etudes historiques sur les religions, les arts, la civilisation de l'Asie antérieure, et de la Grece.*—Reinwald Libraires-Editeurs, Paris, 1877.)

El que lea el índice de la obra de M. Soury, se preguntará á buen seguro, qué relacion tienen entre sí los estudios *La Religion de Israel, Las Leyendas del antiguo Egipto, La Poesía árabe antes del Islam, Afroditis y Eros, Lutero exegeta* y otros de los estudios que en dicho índice vienen mencionados. ¿Tiene el libro de Soury una tendencia única, una idea fundamental, ó es simplemente un conjunto de estudios diversos, más ó ménos heterogéneos? No; forman el libro de Jules Soury una serie de estudios que van todos á un fin, á determinar la parte que en la obra de la civilizacion ha cabido al elemento semítico. Buscar en qué contribuyeron Babilonia y Nínive, el pueblo Judáico y las ciudades del Asia Menor, á las civilizaciones de Grecia y Roma—averiguar la parte de semitismo que á Grecia y Roma les llevó el Egipto—descubrir de qué manera con estos elementos la antigüedad greco-romana ha influido en lo moderno—ver el elemento semítico, con el cual inconscientemente volvieron á influir en Europa los jefes de la Reforma—estudiar la evolucion y origen del semitismo particular de los árabes, sobre todo, en el período poco conocido, anterior al Islamismo—este ha sido el objeto que se ha propuesto el autor del libro que nos ocupa.

M. Soury ha verificado con la mitología semítica lo que hace algunos años se viene haciendo con la mitología ariana. Descartándose de los piés forzados de los teólogos, y de las invectivas apasionadas de los libre-pensadores; se ha apoyado en la filología y en la mitología comparadas, para determinar la evolución de las creaciones de la mente humana. Comparando las palabras que sirven para expresar las ideas en diversos pueblos coetáneos, y las que sirven al mismo objeto en diversas épocas en un mismo pueblo; comparando luego las manifestaciones artísticas que corresponden á dichas palabras, tambien en diversos lugares y en diversos tiempos, se viene en conocimiento de las ideas, de las cuales son traducción externa palabras y mitos, y de su evolución en la historia.

La mitología semítica, ménos rica y ménos humana que la de los arios, es un estudio al que nadie puede negar importancia, más ó ménos, si éste va acompañado de la investigación de las aptitudes, carácter é ideas de los diversos pueblos semitas. Sin el conocimiento del elemento semítico y de sus tendencias, es imposible comprender el desarrollo histórico de los pueblos de nuestro Occidente. Los antiguos pueblos del Asia anterior, introdujeron en Grecia cultos con los cuales turbaron el sereno panteon helénico. Extendiendo con Dionysos la ley del amor, consagrando el vino como sangre del Dios Solar bajado á la tierra, introduciendo con el Zegreus frigio y la espiga la teoría de la inmortalidad del alma entre los iniciados de Eleusis, presentando con Adónis la muerte, pasión y resurrección de un Dios hijo, antropomorfo y mártir, ¿quién duda que prepararon el terreno para que se arraigara despues en Occidente el Cristianismo, que los semitas judáicos introdujeron despues directamente?

¿Quién negará la influencia que en las naciones cristianas ha tenido, aún despues, el semitismo?

¿Quién ignora la preponderancia que en las ciencias de la Edad Media tuvieron árabes y judíos?

¿Quién no conoce las tendencias jeevistas de Lutero y de Calvino en la Reforma?

Concretándonos á nuestra España, admira ver aquellos filósofos árabes de las provincias meridionales, que hallándose

delante de un dogma mucho más rigorista en su monoteísmo que el cristiano, de un dogma que les decía: «*Dios no tiene Padre, ni Madre, ni Hijo, ni puede engendrar, ni ser engendrado,*» levantaron la bandera de la rebelion herética, combatiendo la Trinidad y la Encarnacion, y enviaron sus libros de dialéctica á todas las universidades de Europa, cuando en ellas se estaban discutiendo no más que meras sutilezas escolásticas. Los *Moatiles*, rehusando á Dios todo atributo positivo y susceptible de ser relacionado con las criaturas, haciendo de Él un Sér abstracto, del cual nada se puede saber ni afirmar, un dios parecido al Dios-Nada de Proclo, ó al dios *in fieri* de ciertos panteístas modernos; los *Siffatitas*, defendiendo los atributos de la divinidad; los *Teschbitas*, concibiendo un dios *antropomorfo*, y delante de estas sectas teológicas los *Somanitas*, rehusando resueltamente todo lo que no se aprecia directamente por los sentidos; los escépticos *Karmatas*, los *ahl-el-tahkik*, ó sean las *gentes de la evidencia*, los *Fatimitas*, *Haschinchins*, y, en fin, innumerables sectas que fluctuan desde la negacion radical del libre pensador á la supersticion fanática del iniciado; todas estas sectas que aparecen del siglo II al V de la Egira, florecieron en España y ofrecieron el combate de la fe y de la razon á Europa, que dormia aún profundamente en brazos de la ortodoxia (1).

Reunidas se hallaban todas estas tendencias en el *Kalam*, ó sea en la escolástica árabe, cuando apareció Averroes, y con su *teoría del intelecto* derivada de la de Aristóteles, y con su afirmacion de la *eternidad de la materia en perpétua accion*, descartóse de la escolástica y dió una interpretacion nueva, original y positiva del *peripatecismo*. Sabido es luego que Averroes fué el jefe de los racionalistas de toda Europa durante el resto de la Edad Media; suficientemente lo indican algunos retablos de iglesias alemanas é italianas que lo presentan hundiéndose en el infierno, mientras Santo Tomás sube al cielo sostenido por los ángeles.

(1) Renan opina que si entre los árabes españoles surgió la filosofía, fué debido al genio que habian tomado por adaptacion más que al semita que tenian por herencia.

Es la civilización moderna, pues, una mezcla de elementos indo-germánicos ó arios y de restos del elemento semítico. Estos elementos están tan íntimamente ligados y confundidos en ella, que sin un gran estudio y un espíritu altamente analítico es de todo punto imposible el poder aislarlos. Estas son las cualidades que reúne Jules Soury. Para estudiar el semitismo ha ido á buscarle en el Asia Menor, dirigiéndose á las fuentes primitivas y desdeñando los trabajos de segunda mano ó tomándolos sólo como materias revisables. El criterio que le ha guiado ha sido el de la teoría de la evolución, como ya hemos indicado.

Las instituciones no sólo mudan en su forma sino también en su espíritu, en su ideal. Los organismos sociales, lo mismo que sus principios y que sus dogmas, sean estos organismos iglesias, sean estados, sectas, corporaciones científicas, sistemas militares, etc., etc.; las teorías que engendran, las artes que inspiran, las tendencias que promueven, todo lo que un tiempo había parecido eterno, inmutable, fijo, absoluto, todo ha cambiado, cambia y cambiará continuamente. Esta es la ley de la vida. Sólo por una ilusión de momento se ha creído todo fijo. Esto ha sido porque el movimiento que se efectúa en las instituciones en el corto tiempo que vive un hombre, la mayor parte de las veces no es perceptible. Pero reconstruyendo la serie de los acontecimientos y comparándolos, la variación se hace sensible. Todo ha tenido en el mundo su época rudimentaria, sus comienzos; todo ha ido precedido de intenciones y de abortos; todo procede de la combinación de principios más sencillos, al igual que los órganos de nuestro cuerpo proceden de los tejidos, éstos de los elementos histiológicos, y éstos de la combinación de los elementos químicos de que están compuestos; todo ha llegado á su apogeo por su desarrollo natural, como los seres orgánicos, y luego ha desaparecido, amparándose otras instituciones, escuelas, religiones, artes, tendencias ú organismos, de sus restos, de sus elementos, de sus átomos, que han absorbido, asimilado y transformado en provecho propio.

Esta teoría que explica Soury en su estudio sobre Bagehot, titulado *Las leyes científicas del desarrollo de las naciones*, la

aplica con gran éxito al estudio de las diversas civilizaciones semíticas.

Los estudios sobre *la religion de Israel, la Fenicia, el Asia Menor segun los nuevos descubrimientos arqueológicos, Maábiga ó la poesía árabe anterior al Islam*, son el fruto de profundos estudios, de laboriosas investigaciones, de trabajos concienzudos que presuponen en su autor una erudicion rara y un espíritu crítico nada comun.

Los semitas que habitaban de Alepo al Golfo Arábigo, del Egipto al Golfo Pérsico, sólo conocieron un cielo azul diáfano, casi sin nubes, un sol abrasador aislado en medio de ese cielo, y la soledad de aquellas inmensas sábanas de arena del desierto, cuya quietud interrumpen tan sólo el graznido de las aves rapaces que cruzan la atmósfera ó el ruido de las arenas que cual nubes compactas oscurecen al sol al transportarlas el huracan por los aires de un lugar á otro.

De dia todo es luz, y el sol cae casi perpendicularmente no proyectando los objetos apenas sombra. De noche, sobre un cielo de azul oscuro, brillan las estrellas y se destaca la luna cuya luz blanca es tan intensa, que más que reflejada parece luz propia. De ahí la mitología semítica, árida como el terreno, imponente como el cielo. *Tal suelo, tal raza*, dice Soury, y así es efectivamente. El primer material de las ideas es la impresion que del exterior recibe la mente humana.

El organismo humano se desarrolla conformemente con el medio que le rodea, como los demas organismos. Así el hombre que puebla estas llanuras es delgado, seco, enjuto de carnes, sóbrio, y por lo tanto tan exento de necesidades como escaso en ideas. Tiene la cabeza tan vacía como el estómago. El árabe nómada, el judío trashumante, nada piensan ni nada saben; su inteligencia es tan árida como las despobladas llanuras que pisan. Un caballo ligero, una lanza, una mujer ardiente, una pobre tienda de lona, una jarra para poner agua y un poco de trigo les bastan: si llegan á poseer un camello ya se consideran ricos.

El habitante del desierto no es ni puede ser artista; la naturaleza no creó para él sus espléndidas formas, sus colores brillantes ó suaves, variantes del infinito. Para él sólo creó el azul

del cielo, el color dorado de las arenas y las palmas, y líneas rectas en los horizontes. Así su música modula sólo notas guturales y aspiradas, ignorando la pintura, el dibujo y la escultura. Es adorador del Verbo; para él el todo, es la palabra; en la poesía se fija en el ritmo, en el discurso da la preferencia á la frase; la idea no le place si no va envuelta en el símbolo. Los pocos atractivos del medio en que habita, la uniformidad de las impresiones que recibe se reflejan en la simplicidad de su lenguaje, en la tristeza de su carácter. Así como no es artista tampoco es pensador profundo; traduce la impresión que recibe, el malestar que siente, y no va más adelante. Ved sus escritos; sólo hablan de sus desventuras. Inconscientemente en todo refleja lo triste de su vida. Sus cantos son gemidos, sus poemas lamentaciones; sus profetas lloran, sus filósofos salmodian, sus legisladores maldicen y desesperan.

Pero en medio de la aridez del Asia Menor se encuentran comarcas fertilísimas como para aumentar por el contraste la aridez de las otras. Las costas de la Fenicia, el país de Canaan, la parte comprendida entre el Tigris y el Eufrates, son tierras en las cuales la naturaleza se presenta con todos sus esplendores. De aquí es que los pueblos que vivieron en este medio como son los sirios, fenicios, asirios y babilonios tengan una mitología exuberante en divinas formas. Su maravillosa imaginación pobló el cielo y la tierra de seres crueles, terribles, siniestros ó sonrientes, sensuales y lascivos, deidades de la guerra y la muerte ó de la abundancia, el amor y la vida.

Los árabes y los hebreos, cuya mente produjo sólo vagas y áridas abstracciones, en contacto con estos pueblos adquirieron algo de estas mitologías, y asimilándolo lo transformaron por completo.

Los sirios, los cananeos, los fenicios, los caldeo-babilónicos y los asirios adoraban dioses que se confundían con la creación. El Universo era su forma visible, el modo de su subsistencia, no su creación voluntaria y distinta de ellos. Sólo el judío y el árabe, en una época relativamente moderna, han concebido su Dios único distinto de la naturaleza y creador

de la misma. Por un esfuerzo de síntesis podríamos reducir todos los dioses siro-fenicios y caldeo-babilónicos, á un Dios-*Todo*, inmanente en la Creacion. Pero téngase en cuenta que esta es la obra de nuestra mente y no la de aquellos pueblos. Este Dios cósmico adorábanlo ellos bajo diversos aspectos. Por efecto de un razonamiento muy sencillo asemejaban todo lo que de activo y de pasivo contiene el Universo con lo que pasa en la especie humana, y atribuyeron el género masculino á sus manifestaciones activas y el femenino á las pasivas. El dios era el sol, la vegetacion, la vida animal; la diosa la luna, la tierra y el mar. Y cada una de estas fases se subdividia á su vez en otras dos más, la una propicia y la otra adversa. La primera se manifestaba en el dios y en la diosa, cuando la vegetacion se seca y parece morir; la otra cuando al contrario todo renace sobre la tierra. Los dos aspectos muéstranse más distintos en el dios porque es el principio activo, presentándose más confundidos en la diosa. Los nombres del dios, así como los de la diosa, cambian en cada region, y aún en cada ciudad; pero todos los que se dan al dios indican fuerza, poder, soberanía, dominacion. El nombre típico que le dan los arameanos es el de *Hadad*, que significa *el Único*. Los ammonitas llámanle *Moloch*, *Molek* ó *Milcom*, es decir, *el Rey*, denominacion que adoptaron más tarde otros pueblos. Los moabitas llamábanle *Chamos*, *el dominador*; los fenicios y cananeos de Palestina, *El*, *el dios por excelencia*; en Babilonia *Ilou* ó *Jaoh*, *el sér absoluto*, *el eterno*, análogo, segun ciertos autores, al Jehová de los hebreos; usábase raras veces este nombre y era más bien empleado en un sentido misterioso.

El dios naciente, el dios bajo el aspecto de vida nueva y de fecundacion es *Adon*, ó *Adonis* que significa *Señor* en Biblos; *Tausmuz* en Arka y en Babilonia; *Zegreus* y *Atis* en frigia; *Hammon* en Cartago, y *Elioum* en otros puntos.

La naturaleza bajo su aspecto positivo, ó sea la diosa, era *Belit* (*Myr-Milita*) en Babilonia; llamándosela *Toath* cuando se presentaba *siniestra* y *Zarpanit* ó *Zir-banit* cuando era *voluptuosa*. *Istar* era la *diosa del placer sensual* en Nínive, y la *Vénus fúnebre* de Arbeles. Era *Astarte* ó *Astoreth* en Sidon, cuyo nombre significa *su enamorada* ó su amante; entre los

semitas establecidos en Cartago era *Bilit-mer*, el mar, y *Bilit-tihanti*, la luna, y á veces *la tierra*. Entre los cananeos era *Aschera* la esposa apasionada, *Sala* ó *Salambo* la afligida. Los arameanos de Damasco y de Bambice llamábanla *Atargath*. Pero los nombres que se daban más comunmente á la divinidad eran el de *Baal* en Phenicia y Siria, y el de *Bel* en Caldea á los cuales se les añadía la terminacion femenina para indicar la diosa, y se decia *Baalath* ó *Baalet* entre los sirios y fenicios y *Beleth* ó *Bilith* entre los asirios y babilonios.

Luego el nombre de *Bal* ó *Bel* se aplicaba en general á una infinidad de aspectos de la divinidad sideral, segun que se la considerara en una estrella ó en otra, bajo una forma animal, ó en una revolucion de un astro determinado, etc., etc. Entonces llamábase á estos dioses menores *Baalim*.

Babilonia, efecto de un esfuerzo superior del pensamiento, llegó á sistematizar y ordenar por gerarquías este panteon caótico, que se presentaba tan múltiple y cambiante entre los sirios y fenicios. Pero es preciso notar que en Babilonia se habian superpuesto dos razas. La primera que ocupó el país, era la raza de origen tauraniano (análoga á las finesas, turco-tártaras, ó uralo-altáicas), que los orientalistas ingleses llaman *accadiana*; la segunda que inmigró fué la *couschita*. Esta dominó á la primera, y opuso su teogonía á la de los *accads*; pero con el contacto, los dioses de ambos pueblos se asimilaron y fundieron. Los magos de Babilonia se encargaron de unificarlos en su sistema teogónico, que hallamos ya organizado en tiempo de Sargon I.

Segun esta sabia teología^{nia}, el dios supremo, el dios único, del cual derivan los demas dioses como hipostasis suyas, es **El, Ilou**. Luego viene la triada de sus tres manifestaciones visibles, que ocupa el pináculo del panteon, en la adoracion popular: *Anon* (*El Oanes de los griegos*) el caos primordial, dios del tiempo y del mundo. *Nonah*, la inteligencia, que penetra el Universo, le anima y le da forma, *el espíritu de Dios que se cierne sobre las aguas*; y *Bel*, el demiurgo, ordenador del Universo. Cada uno de estos dioses se halla aparejado con su

correspondiente diosa, y son respectivamente *Anat*, *Davkina* y *Belit*. Luego viene otra triada: *Sin*, la luna, hijo de *Bel*; *Samos*, el sol, hijo de *Nonah*, y *Bin*, el dios de la atmósfera, del viento, de la lluvia, de los truenos y rayos, hijo de *Anon*.

Luego vienen los dioses de los planetas: *Adar* (Saturno); *Mardouk* (Júpiter); *Nernal* (Marte); *Istar* (Vénus), y *Nebo* (Mercurio). Cada uno tiene su pareja. Segun se le considera, masculino ó femenino, va unido á su dios ó á una diosa. Y por fin siguen una multitud de dioses secundarios.

Lo mismo los caldeos y asirios, que los fenicios, cananeos y arameanos, atribuian á los dioses idénticos procedimientos que los hombres, y creian, en consecuencia, que se amaban ó aborrecian, y que se reproducian por medio de la cópula.

En la Siria, en la tierra de Canaan, en los alrededores de Biblos, y en las comarcas comprendidas entre el Tigris y el Eufrates, la primavera se presenta con verdadero esplendor. Una vegetacion exuberante cubre el suelo. Al calor suave del sol, al voluptuoso beso del aire tibio, las hojas toman un desarrollo enorme; los capullos se abren; las flores salen ufanas, mostrando sus pétalos de colores vivos las unas, delicados las otras, y perfuman la atmósfera con sus olores ora suaves, ora embriagadores. Los árboles destilan bálsamo. Las aves dan al aire sus melodiosos trinos, y las palmeras se balancean al impulso del viento, como si enamoradas unas de otras lucharán indolentemente con el terreno que las sujeta, para acortar las distancias que las separan. Todo respira vida y amor sobre la tierra. Pero avanza la estacion; la temperatura va subiendo; viene el verano; llega la canícula; el calor es ya insupportable; el sol abrasa; á sus rayos humea la tierra, se seca, se pone candente, se agrieta; casi quema al pisarla. La hoja cambia sucesivamente su color verde por el amarillento y el leonado; se arruga y se arrolla. La flor pierde sus pétalos, que caen secos; los tallos quédanse enjutos; la vegetacion se tuesta. Los cuadrúpedos corren, abierta la boca, para aspirar más aire; y para apagar su sed, buscan por do quiera un poco de agua, que no encuentran. Las culebras se enderezan y silban,

y los pajarillos caen fascinados en sus fauces. El aire parece que no contiene oxígeno. La atmósfera asfixia. Diríase que la muerte se sirve del fuego para sembrar el exterminio. Pero el otoño refresca la temperatura, condensa el agua evaporada, y sobrevienen las lluvias. Desgaja el aguacero la arcilla ferruginosa de las alturas del Líbano. Tíñense de rojo las aguas del torrente; diríase que en vez de agua es sangre lo que baja. Los ríos van creciendo por momentos, hasta que, saliéndose de madre, se extienden, desde la falda del monte hasta la costa, sobre los secos campos. Aquella tierra calcinada absorbe ávida el agua; las raíces de los vegetales agostados beben el líquido arcilloso, que transforman pronto en savia; las hojas se desarrollan y reverdecen; las plantas macilentas levántanse erguidas; las flores, ya fecundadas, conviértense en carnosos frutos. Los animales apagan su sed, y respiran la fresca brisa, que les vivifica. La vida vuelve á mostrarse con toda esplendidez sobre la tierra.

Esta alternativa de vida y muerte, de esterilidad y fecundación, de aridez y exuberancia, drama colosal que tiene por teatro la Naturaleza y por actores los elementos, los astros y los seres organizados, fué formulado por aquellos teólogos de la siguiente manera:

El principio activo del universo divinizado en el sol (*domino Baali solori*), llamado Adon, ó Tamuz, está enamorado del principio pasivo, personificado en la tierra, ó sea la diosa, la cual á su vez está perdida de amor por su amante cósmico. Este con el fuego de su amor, la fecundiza. De estos amores siderales nacen todos los organismos, que cubren la superficie de la tierra y habitan el seno de los mares. Todo es amor en el universo; la misma Creación nació del deseo. Pero viene el ardiente sol del verano que seca la tierra y quema la vegetación; es Moloc abrasador, el dios de la muerte, que ha tenido celos de que Tamuz fuera correspondido por la diosa, y le ha asesinado allá en el Líbano, tomando la forma de un jabalí (símbolo del verano), y mordiéndole en los órganos de la fecundación, para de esta manera hacer estéril á su amado. Después el dios de la muerte reinó solo; no tiene rival en su feroz soberanía. Los ardores de la canícula son sus emanaciones.

Por el terror lo domina todo. Entónces la diosa llora torrencialmente á su amante en el equinoccio de otoño. Pero sus lágrimas no son inútiles, ni el dios del amor ha muerto en vano. Las lágrimas de la diosa caen en forma de lluvia, y la sangre del dios derramada en el Líbano baja á fecundarla. A su contacto todo revive y se alegra. Tamuz ó Adonis, resucita y aparece en el cielo.

El habitante de estos países, que no habia aún individualizado la vida, que confundia la suya con la del Todo, que á la Naturaleza atribuia sus procedimientos, generaciones y pasiones análogas á las suyas, debia forzosamente participar de los goces y sufrimientos de sus dioses y formularlos en cultos que los reflejaran en sus ceremonias.

Concretémonos á presentar estas ceremonias en Biblos ó Gebal, la ciudad santa de Fenicia, de cuyo renombre se hacen eco todos los historiadores antiguos. En las demas ciudades, con ligeras variantes, las ceremonias son las mismas, y sería cosa de nunca acabar el escribirlas todas.

Hallábase el templo en la cima de un monte, la fachada á Oriente mirando al mar. Era de forma piramidal, imponente por su masa, y estaba basado sobre un zócalo formado por colosales bloques. Rodeábale un átrio, al que daba entrada una puerta de oro. A ámbos lados levantábanse dos gigantescos fallos de cobre bruñido, de treinta brazas de altura. Eran el símbolo de la potencia, de la acción, del principio masculino de la Naturaleza. El interior del templo deslumbraba. Por todas partes brillaba el oro con resplandor salvaje. En el fondo, sobre un cubo de piedra, al cual se subia por una escalinata, estaba el tabernáculo de la diosa. Era una celda cuadrangular abierta por el frente, cuyo techo, más saliente que las paredes laterales, sostenian por delante dos columnas. Velaba la vista del tabernáculo á los profanos una cortina de púrpura. Dentro de él, se alojaba una enorme esmeralda cuyo tallado remedaba el órgano femenino. Era la imágen de la diosa de la fecundidad. Su color verde era el de la vegetacion y el del mar, y era luciente por reflejo como la luna. A los la-

dos del templo estaba el bosque sacro de laureles, debajo de los cuales las sacerdotisas de Baalath levantaban sus pintadas tiendas: en la parte posterior estaba el sagrado estanque poblado por peces, símbolos vivos de la procreación y de la fecundidad exuberante. En el centro del lago en una ara ardía el incienso que embalsamaba el aire.

Cuando con los ardores del verano empezaban á agostarse los vegetales y el aire á ser irrespirable, Gebol se convertía en teatro de una fiesta lúgubre en la cual los fenicios compartían la desolación con la Naturaleza. De todos los puntos circunvecinos convergían á la ciudad santa unas extrañas procesiones. Comitivas de mujeres esparcida la cabellera; rotos los vestidos, descalzas, con cuchillos clavados en las carnes se azotaban furiosamente, lanzando ayes lastimeros por la reciente muerte de Adon, acaecida en el Líbano. Iban conducidas por sacerdotes eunucos, al son monótono del tamboril y la flauta fúnebre, tocando una sonata triste, la sonata plañidera de la pasión y muerte del dios del amor que había espirado. Las mujeres de la ciudad uníanse á las del campo que entraban, y así las comitivas iban engrosando. Los hombres, para imitar tan piadoso ejemplo, empuñaban las fustas de mango de ébano y se azotaban mutuamente. Los azotes se aceleraban, silbaban los cordeles por el aire, la sangre salpicaba los rostros y las paredes; las calles rebosaban de disciplinantes; sonaban las trompetas con nota sostenida y penetrante, redoblaban los címbalos: la maceración llegaba al vértigo. Entónces las fúnebres comitivas desbordábanse dirigiéndose en tropel al templo por la colina. Allí estaba el cadáver de Adonis tendido sobre un catafalco cubierto de púrpura, alumbrado por gruesas antorchas. ¡De sus ingles brotaba aún la sangre! A los cuatro ángulos del local, cuatro grandes pebeteros de mármol llenaban la atmósfera de humo de mirra. Las gradas del templo estaban guarnecidas de afligranadas cestas y vasos que contenían plantas secadas por los ardores del sol de la canícula. Llegados al átrio, las mujeres se cortaban sus cabelleras, yéndolas á depositar al pié del cenotafio; los hombres repetían la fustigación hasta que aparecía el pontífice. Con acento desgarrador contábalos que el jóven dios había muerto de la mordedura de un

jabalí rabioso en los órganos de la generación. Explicábales que el jabalí era Moloc encarnado, furioso de celos por el amor con que Baalath correspondía á su amante, y añadía que ella moría pálida, seca, esterilizada, bajo el imperio del dios de la muerte. Y muchos de los oyentes conmovidos, por pura piedad se emasculaban.

El duelo duraba muchos días, hasta que por fin se encerraba al dios en un cenotafio, entre el llanto y gemidos de las mujeres, los cantos funerarios de los hombres, el ruido de címbalos, trompetas, tamboriles y flautas, y el humo de la mirra. Concluidos los divinos funerales, una gruta, situada en la parte baja y posterior del templo, guardaba el santo sepulcro. Y todo el verano era una cuaresma en Fenicia.

El pueblo fenicio y cananeo había levantado colosales estatuas de hierro y de bronce al dios de la muerte, que durante este período reinaba solo. La estatua de Moloch era un gigante de metal con cuernos, vacío el cuerpo, para dar cabida á una víctima. A fin de aplacar la ira del tirano celeste, cuando en el verano imperaba con insalubre soberanía, se le ofrecían sacrificios. Los seres sacrificados no eran animales; eran seres humanos. El coloso era antropófago. Los mismos padres eran los que condenaban á sus hijos más queridos al suplicio; Dios lo exigía. El sacerdote era el verdugo. La divina imagen era calentada, y cuando llegaba al rojo blanco, arrojábasele con una pala al niño en sus entrañas incandescentes. Al sentirse el coloso al tierno infante en su estómago, prorumpía en rugidos de feroz contento, echando bocanadas de llama fuliginosa que enviaba al cielo tiznándole su repugnante faz de hollín humano. Y al dios de la muerte no se le podían hacer ofrendas indignas; darle un hijo feo, raquítico, deforme, hubiera sido hacerle una ofensa. Entregarle un hijo enfermo hubiera equivalido á darle lo que ya era suyo. Debíasele sacrificar los mejores, los más robustos, y los padres mismos se los destinaban sin poder siquiera estremecerse á los bramidos del infame coloso.

La razón de ser de estos sacrificios hállase en el dogma panteísta de estos pueblos. Cuanto más perfecto era un sér, cuanto más individualizada estaba su vida, cuanto más personalidad

tenia, más se apartaba del Todo, y por consiguiente de Dios. En los países del Asia Menor, el animal rastrero era más divino que el que ágil andaba levantado del suelo, éste más que el ser humano, el niño más que la mujer y la mujer más que el hombre. La muerte era el único modo de volver á Dios. Anularse era pasar á formar parte de su sustancia. Así Dios reclamaba una vez al año por la muerte algunas de las criaturas que estaban destinadas á tener mayor personalidad en gracia de la vida que permitía conservar al resto de los seres humanos, que por el mero hecho de ser tales, estaban de él separados.

Cuando venia el otoño, bajaban las aguas rojas del Líbano; el dios vertía su sangre para la salvacion de la naturaleza. Entónces recrudecía el sentimiento, recordábase de nuevo la pasión y muerte, y la ciudad santa de Fenicia celebraba siete dias de luto, número místico de una revolucion lunar. Volvian á tañerse las flautas y los tamboriles, cantábanse de nuevo himnos lastimeros, y las maceraciones, los ayunos y abstinencias, se extremaban hasta que se acababa la revolucion lunar, y habia terminado la semana santa. Entónces los gal-los (sacerdotes eunucos) al son de crótalos, anunciaban á los creyentes que el dios del amor habia resucitado. Corrian todos tumultuariamente al templo, habríanles los gal-los las puertas del átrio, y la turba atónita se paraba en él no hallando el cenotafio.

Las gradas del altar estaban llenas de vasos de plata, en los que habia crecido una planta nueva; en el interior del tabernáculo brillaba la piedra femenina en señal de que la diosa estaba ya fecundada. El dios habia resucitado; no estaba allí, sino en el cielo, en donde brillaba resplandeciente.

La hora de la orgía habia sonado. A la tristeza sucedia el regocijo, á la mortificacion el goce, al llanto la risotada, á la tumba el lecho. Así como el dolor habia llegado á la desolacion, el placer era llevado al paroxismo. Una turba de devotos corria el bosque sacro á entregarse á una crápula frenética, delirante. Todos eran de todas, y todas de todos. La bacanal, no cabiendo ya debajo de los laureles sagrados, desbordábase por la montaña é invadia las calles de Biblos. Bandadas de ex-penitentes ébrios, inflamados por el deseo, recorríanla en todas

direcciones, coronada de flores la cabeza, floja la túnica, abierto el seno. Las jóvenes vírgenes, que no se habían cortado la cabellera en ofrenda al dios del amor le sacrificaban su honra, depositando luego la limosna que les quería hacer el que las había gozado. Biblos de una penitenciaría se transformaba en un burdel; allí reinaba la omnigamia, y la crápula sagrada desbordábase sin límites.

En Babilonia, en Nínive, en Sidon, en Hirapolis, en la tierra de Canaan y en la Frigia, el culto era, con poca diferencia, el mismo. Aschera, Astarté, Myr-Milita, Atergatis, Cibeles, no siendo más que personificaciones de la Naturaleza, madre de los seres, y Adonis, Tammuz, Bel, Atis, Dionyssos siendo el principio fecundante, exigían el mismo culto.

Pero en algunas de estas religiones había una divinidad andrógina ó hermafrodita que venía á ser intermediaria entre el dios y la diosa.

En muchas de estas mitologías del Asia Menor, el amor de Bel con Belith es incestuoso; él es hijo de ella; no tienen otro origen las mismas leyendas incestuosas de los hebreos.

El joven dios no ocupa mas que un lugar secundario al lado de la gran diosa. Estudiando el fondo de estas religiones, el incesto sagrado no tiene nada de misterioso. El sol y todos los astros á los ojos del semita, salen de la tierra, le parece que es ella quien los pare. El joven dios, una vez elevado al cielo, es necesariamente el marido de su madre. Salidos del abismo, de la matriz de la tierra, «Bel, Adonis, Atis, ó Eros, fecundan respectivamente á Bilit, Tihati, Istar, Aschera, ó Afroditis.

El incesto sagrado de Semíramis con su hijo Nino, lo mismo que el de Semelé con su hijo Baco, y el de Edipo con su madre Iocasta, reconocen este origen,» dice Soury en su estudio sobre Afroditis y Eros.

No es poco lo que de los caldeos y de los asirios tomaron los pueblos del desierto.

La division del año en doce meses el mes en cuatro sema-

nas, de la semana en siete días, es originaria de los accadianos los cuales la trasladaron á los caldeos y asirios, y de estos la tomaron los judíos. Los mismos versículos y letanías accadianas recuérdannos perfectamente los textos bíblicos.

Los asirios y los babilonios tienen una epopeya de la que carecen los demás pueblos de su raza: sus principales episodios, el diluvio y la bajada de Istar á los infiernos, son el mejor comentario del relato bíblico, por lo que toca á la narracion del diluvio universal, y la creacion ~~en~~ del Scheol, del cual salió, por evolucion, el infierno que luego tanto aterrizó á los cristianos. Casi todos los pueblos del Asia Menor tuvieron la leyenda de un dios ó diosa que bajaba á los infiernos, ó sea á los lugares inferiores ó interiores de la tierra, originada en la puesta del sol, leyendas que tambien se hallan entre los griegos y entre los egipcios, pues Orfeo y Osiris visitaron asimismo los antros subterráneos.

La leyenda de la divinidad, que, irritada contra la humana corrupcion la castiga por la lluvia y la inundacion, es desconocida de los árabes. Idénticas casi son la leyenda babilónica y la judáica, igual es en ellos el buque, la introduccion de los animales en él, la manera de cerrar el arca, el descenso de las aguas, la paloma mensajera, la golondrina y el cuervo, que sirven para indicar si la tempestad ha concluido, en una palabra, no puede haber mayor conformidad. Sólo que el Noé de los hebreos en Babilonia, es Xisutrus ó Kasisatra.

En los antiguos libros de Israel encontramos enumerados una porcion de hechos que atestiguan el politeismo de los hebreos primitivos, y casi podríamos decir su fetichismo. El politeismo originario de los babilonios, de los asirios, de los arameanos, de los cananeos, de los fenicios y de los árabes, es un hecho incontestable, como el de los edomitas, ammonitas, moabitas é ismaelitas. Estas tribus, descendientes de Terach, encontraron en la Palestina establecido el sabeismo y el culto al fuego que habian observado en Babilonia. El carácter panteista sistematizado, ó monoteista que luego se observó en unos ú otros de estos pueblos, es ya el producto de una civilizacion mucho más adelantada. Sus dioses primitivos no llegaron, sin sufrir una gran evolucion, á este punto.

El Elionn (el dios altísimo) es el dios de Abraham, y quizás el dios nacional de los Beni-Israel hasta que salieron de Egipto. *El* ó *Ilon*, divinidad suprema de Babel, parece ser la divinidad comun á casi todas las familias de raza semítica; pero en el estado actual de la ciencia, á pesar del descubrimiento de la escritura cuneiforme y de los trabajos de infatigables orientalistas como S. E. Rawlinson, es por cierto bien difícil de determinar el carácter preciso de esta divinidad suprema. Su naturaleza quedó oscurecida por la distancia. En la historia, la cantidad de tiempo que separa los hechos de nosotros lo oscurece todo, como llenándolo de densas nieblas; las tintas aparecen poco marcadas, los contornos se borran, los detalles desaparecen. Es preciso que venga un mago de gran poder, un genio de investigación y de síntesis, para que sus evocaciones puedan hacernos surgir radiantes de entre las brumas del pasado estos dioses muertos, que hace tantos siglos duermen en el olvido, envueltos en mortajas de tinieblas.

En Asiria se dió el nombre de *El Ilon* á toda divinidad distinta y perfectamente individual. La epigrafía de la Siria Central nos muestra á *Elath*, *Ilath*, ó *Al-lath*, como la esposa de *El*. *Jaweh* es el dios que encontramos más tarde en Israel. ¿De dónde provino? Segun Schrader, la etimología de *Jaweh* revela un origen accadiano. Hay quien opina que *Jaon* es para los asirios el equivalente de *Ilon*, y que por tanto, de *Jaon* ha venido *Jaweh*, ó *Jeovah* entre los hebreos. *Jeovah* habria podido resultar por evolucion del *Ilon* ó *El*, primitivo de Abraam.

No seremos nosotros quien afirme ni niegue en tal discusion, pues no nos consideramos suficientemente fuertes en filología comparada para resolver este problema. Lo que sí puede afirmarse resueltamente es que *Jaweh* es, en su origen, entre los hebreos un dios de la atmósfera, como el dios *Bin* de Babilonia (tal vez el mismo). Dios que se manifiesta por el huracan que asola, por el trueno que aturde, por el rayo que incendia, por la peste que extermina. Aunque no es un dios solar, es análogo, hermano de Moloch, Molek ó Milcom; pero no procede de él, á pesar de parecersele mucho. Como Moloch, *Jaweh* devoró por el fuego, se alimentó de grasa y de sangre, de animales y de hombres; es un mónstruo que ne-

cesita víctimas, lo mismo que el *Kemosch* de los moabitas y el *Orotal* de los edomitas é ismaelitas. Tampoco es dudoso el que este Dios emigró de los valles comprendidos entre el Tigris y el Eufrates, con los semitas del Norte y del Oeste, con los arameanos, los cananeos y las tribus descendientes de Terah; una de éstas, la Beni-Israel hizo de *Jaweh* un dios nacional, exclusivo á los demas pueblos de su raza. Luego *Jaweh*, en la lucha por la existencia, eliminó á los otros dioses que tenia el mismo pueblo israelita, y despues, evolucionándose, y como si dijéramos por seleccion, ha venido á ser el dios del Monoteismo de muchos pueblos de Asia y Africa, y de todos los de Europa y América.

Los hebreos, segun Soury, habian tomado de los habitantes de orillas del Nilo parte de su rito y algunas fórmulas sagradas: el arca santa, los vestidos del gran sacerdote, las túnicas de lino y los utensilios para el sacrificio son originarios de Egipto, sin ningun género de duda. Los toros alados con cabeza humana, con barba y tiara, que guardan las puertas de Nínive y Korsabad, dieron origen á los *Kerubim*, que guardan el paraíso terrenal. El Arca de la Alianza, el *Sancta Sanctorum* del templo de Salomon, proviene tambien de los asirios. El libro de Job es ya resueltamente monoteista; pero en las metáforas que en él se encuentran, como en el de Débora, ve Jules Soury reminiscencias, recuerdos inconscientes de las antiguas ideas semíticas, transmitidos por la herencia con la organizacion intelectual. La teoría de Cárlos Darwin viene aquí en ayuda del exegeta.

El objeto que se ha propuesto Soury en su estudio sobre *la religion de Israel*, ha sido demostrar la verdadera naturaleza del dios nacional del pueblo hebreo, del pueblo que se creyó *el elegido* entre todos los de la tierra. Poco importa la procedencia de *Jaweh* en su desarrollo y éxito: si el culto de Moloch, el de Baal, ó cualquiera otro de procedencia semítica, se hubiera desarrollado en idénticas condiciones á las del de *Jaweh*, aunque en su origen no hubiera sido más que un dios del planeta Saturno, hubiera llegado á convertirse primero en el *Altísimo* de su tribu, luego en el Dios Único de Oriente, y por fin, en el de toda la humanidad. Como el Padre Eterno de los

judíos, hubiera dado una religion al mundo, porque sólo la intolerancia semítica, su espíritu absolutista, y de consiguiente, de imposición y de proselitismo á todo trance, podía someter á las naciones indogermánicas al monoteísmo. A no haber sido el pueblo de Israel, hubiera sido cualquiera otra tribu la que convirtiera á los paganos de Occidente. La misma propaganda cristiana fué antecedita por la propaganda dionisiaca y adonisea, con que le prepararon el terreno frigios y fenicios.

«Cualesquiera que hubiese sido la divinidad semítica que dominara en la lucha secular de los dioses por la existencia, cualesquiera que hubiese sido el que dominara á los demas—dice Soury—no hubiera sido mayor el contraste de uno de estos dioses antropófagos y el Dios de Justicia y amor del Evangelio, que el de la antigua divinidad de los Beni-Israel cuando salieron del Urkasdim y el Dios que una gran parte de la humanidad adora en espíritu y en verdad como padre de Jesus.» «La obra más importante que ha realizado el estudio de las religiones en nuestra época es el encontrar los elementos del gran problema de la conciencia humana; demostrando que en el fondo de las grandes revoluciones espirituales que han cambiado la faz de la humanidad no se encuentra más que una sola idea que parte de una sensación, casi de una ilusión, pudiéramos decir, si bien se mira y analiza.»

Contiene el libro de Soury un estudio sobre las *novelas y leyendas del antiguo Egipto*. Es un trabajo notabilísimo. En él nos da á conocer el autor aquella literatura de Pentavur, Amenamapt, Hora y Enna. Con un estilo brillante y descriptivo hace revivir en nosotros, el autor, los sentimientos y las ideas de civilizaciones extinguidas hace más de cuatro mil años. Con el poder mágico de la ciencia arqueológica y ayudado por una gran fuerza de síntesis evoca de los hipogeos en que hoy yacen entre ruinas aquellos personajes reales ó mitológicos contemporáneos de los Faraones, y los hace comparecer vivos, animados á nuestra vista. Encabezan este estudio unas consideraciones sobre las ideas y las costumbres

egipcias, en las cuales influyeron no poco los semitas que invadieron aquel país. Hace notar Soury que hubo una época en Egipto durante la cual los semitas gozaron de especial favor, como indica Mr. Chabas al describir los papiros de la edad de los Ramses, los cuales mencionan siempre el clásico sirio. En la lengua egipcia se habian introducido, por moda, palabras semíticas al igual que en Francia las gentes—de tono—mezclan palabras inglesas á su lengua, y en España palabras francesas. El parentesco de las tradiciones egipcias y las hebráicas puede verse en *la leyenda de José y el cuento de los dos hermanos. El episodio del jardin de las flores* es uno de los de la vida íntima, una escena de amor, en la cual campea la pasion ardiente propia sólo de orientales, que conocemos aún algo, como por reflejo, los hombres del Mediodia, y que se desconoce por completo en el Norte. Por fin *la leyenda de Setno* es una composicion enteramente original. La escena pasa, ya en Menphis, ya en Coptos. Los personajes son muertos, momias verdaderas, que en el fondo de sus hipogeos se cuentan lo que han hecho cuando vivian sobre la tierra, y que á pesar de sus ligaduras, de sus barnices y de sus sarcófagos de granito, abandonan sus tumbas para mezclarse con los vivos. El Egipto hierático supersticioso de las épocas inferiores, embargado por alucinaciones místicas y sueños terribles; el Egipto, debilitado y trabajado por la fiebre de las especulaciones sobrenaturales, de las prácticas teúrgicas y de las operaciones mágicas, revive entero en la leyenda que Soury describe. No es aquel Egipto, aquel antiguo imperio dichoso y sonriente bajo un cielo azul y sobre un suelo cubierto de espigas de oro y ciudades gigantescas; es el Kemi—como dice el autor—«el negro país» el país ideal de un Jamblico, la tierra de los muertos y del espanto. Al leer esta leyenda parecemos percibir el olor del *styx lustral*: tal es la verdad con que está descrito.

En *la ciencia de las religiones*, Soury discute con Max Müller, á quien imputa el haber querido hacer una mitología comparada, en provecho exclusivo del monoteismo, faltando á la imparcialidad científica. «La historia—dice—ha cerrado la era de las grandes construcciones metafísicas de otra edad, y

de las que Hegel fué el más potente y el último genio. La historia de las lenguas y de las religiones ya no se apoya en tal ó cual teoría preconcebida de una manera intuitiva, sin un exámen profundo de los hechos.» «La etimología, entregada entre los antiguos á todas las fantasías de la imaginacion, es hoy dia una ciencia tan rigurosa como la química.»

Al mismo tiempo, combate el autor la tendencia de los que quieren ver en la raza semítica un procedimiento inverso al de la raza aria, afirmando que los semitas empezaron por el monoteísmo.

Esto hoy dia no puede afirmarse en serio.

El monoteísmo no surgió de golpe: vino por la asociacion de los cultos particulares de diversos pueblos, fué un trabajo de síntesis que indica una abstraccion de abstracciones, cosa en verdad nada primitiva. El monoteísmo es ya la última fase de la religion: despues del monoteísmo, ó se pasa al racionalismo, ó se retrograda al fetichismo.

En el estudio *Lutero exegeta*, investiga Soury las ideas y costumbres de los germanos, el estado de los estudios hebraicos y exagéticos ántes de Lutero, la preparacion exegética de éste y su manera de hebraizar; y despues de hacer la crítica de la *Wart bourg* y de la traduccion del nuevo y del antiguo Testamento, termina con un concienzudo estudio sobre la fe y la tradicion en la Reforma.

Hasta la Reforma, el elemento semítico fué el señor del mundo. La misma Reforma no fué más que una vuelta al semitismo. Lutero, con su teoría de la gracia, retrocediendo hasta Santo Tomás, Calvino con la predestinacion, con sus iras iconoclasticas, con su puritanismo jehovista, no hicieron otra cosa que dar un salto hácia atras. ¿Qué hubo de liberal, pues, en la reforma? El medio de que echaron mano los reformadores para hacer la propaganda, *el libre exámen*; la guerra al dogmatismo, que hace todo el que se subleva contra un poder espiritual, aunque quiera sustituir á los de aquél otros principios más dogmáticos. No fueron, pues, la protesta de

Lutero ni las teorías de Calvino las que levantaron á Europa, sino el libre exámen.

El genio oriental, el genio semítico es religioso, es sobrenaturalista por excelencia. El indo-europeo es libre y reflexivo, fuerte é inclinado al progreso. Pudo un momento la avalancha religiosa de Oriente aplastarlo, pero del seno mismo de la Edad Media salieron las protestas en forma de heregías. Pelagio, Abelardo, Arnaldo de Brescia, Arnaldo de Vilanova, Bacon, Gerónimo de Praga, y tantos otros lo atestiguan. Despues de la invencion de la imprenta, vemos al Oriente vencido en España, y perseguido y deshecho en Lepanto; los papeles se han trocado. El genio europeo se desarrolla con una magnificencia incomparable. Y el islamismo, más descompuesto cada dia va á hundirse hoy con estrépito. En el momento histórico en que nos hallamos, la condicion esencial para que la civilizacion europea se extienda, es la destruccion del elemento semítico por excelencia, la destruccion del poder teocrático del Islam. La religion mahometana es una organizacion por el estilo de la que ofrecian los estados pontificios, una organizacion en la cual el estado y el poder militar están subordinados en absoluto á la religion. La guerra, á todo lo que no sea semítico, es constante. Si no la hacen, es porque no pueden, pero la tienen *in mente*. Al igual que el monarca absoluto de Babilonia, que creyéndose el unico elegido de Bel, hacia la guerra para someter á los demas pueblos de la tierra, el jefe del Islam considera que todos los pueblos debieran pertenecerle. Hasta que el último de los hijos de Ismael caiga muerto de miseria ó huya derrotado al fondo del desierto, soñará el mahometano en la conquista de la tierra. El Islam es hoy dia el único representante del fanatismo semítico, con organizacion militar y poder civil, pues el teocrático católico carece de ella. Lo fué el catolicismo en tiempo de Felipe II en España, y en Italia en tiempo de Pio IV. Hoy los carlistas lo han soñado y han sido impotentes. El espíritu ario triunfa de todo. El espíritu semítico desdeña la ciencia, tiende á la supresion de la sociedad civil; «en su espantosa simplicidad quiere detener el cerebro humano en sus funciones más elevadas, cerrarlo á toda idea progresiva, á todo sentimiento

delicado y verdaderamente humano, á toda investigacion racional, como dice Renan, para ponerlo frente á frente de esta eterna tautología *Dios es Dios.*»

El porvenir eliminará, pues, el espíritu semítico del haz de la tierra. Hoy por hoy, Europa impone ya el suyo á los asiáticos. Lo que hoy comienza, no tardará mucho en verse realizado. Todos los semitas por adaptacion llegarán á ser indo-europeos, y aceptarán el derecho, la libertad y el respeto á lo humano.

¿Habrá sido inútil á la humanidad el elemento semítico? No. Ha contribuido al progreso por oposicion, por contraste. A no haber discutido en vano la escolástica en pos de lo absoluto, no buscarian hoy los filósofos las leyes del pensar en las ciencias positivas, desengañados del fracaso de aquel método. Si la poesía no hubiera estado limitada por el consonante y el ritmo, no habria abandonado el verso para hacer florecer el ántes árido campo de la prosa. Si la música no se hubiera encontrado estrecha dentro de la melodía, la armonía no se hubiera inventado nunca.

La tendencia iconoclasta judáica motivó que el arte bello resucitara en el Renacimiento con mayor esplendor del que tuvo en la Edad Antigua. Sin haber sufrido el imperio del dogmatismo, no se hubiera hallado la mutabilidad, la evolucion perpétua de todo lo que existe como condicion precisa de la existencia misma. Lo absoluto ha motivado lo relativo.

POMPEYO GENER.

Barcelona, 27 de Abril 1877.



LA ORGANIZACION

DEL

TEATRO ESPAÑOL



I.

Mucho tiempo hace que es objeto de la atencion de cuantos se interesan por el porvenir de las letras españolas, la cuestion á que se refiere el presente artículo; pero nunca con tanto calor se habia agitado, ni carácter tan práctico habia revestido como en los momentos actuales. Parece que á las ideas van á reemplazar ya los hechos; que despues de haberse discutido el asunto en todas sus fases, ha llegado la hora de la accion; y en tales circunstancias, deber es de todos los que por cuestiones tan vitales nos interesamos, manifestar lealmente nuestros pensamientos, no limitándonos á consideraciones de carácter teórico, sino proponiendo soluciones prácticas.

Que la organizacion actual de nuestros teatros requiere reforma; que en la esfera del arte dramático se advierte un vivo malestar; que este arte atraviesa un período de decadencia y sufre males que demandan pronto remedio, es cosa que ya puede considerarse como evidente. La agitacion producida en estos dias en la prensa; el proyecto de asociacion de escritores y artistas dramáticos concebido por el Sr. Roca y aceptado con entusiasmo por gran número de los primeros, son pruebas con-

cluyentes de que no estaban en lo cierto los que el año pasado trataban de pesimistas á los que afirmábamos que el teatro se hallaba en decadencia, y sostenian que nos hallábamos en el mejor de los mundos posibles, y que si algun leve mal habia, corregiríase rápida y eficazmente con esa panacea que se llama libertad.

Aun recordamos la cruzada que se levantó contra nosotros, cuando despues de largas campañas periodísticas, creimos llegado el caso de poner de relieve los graves males que al teatro aquejan, la decadencia en que se precipita, los defectos de su organizacion y los abusos enormes que en él se cometen. En la prensa y en el Ateneo se levantó contra nosotros ruidosa protesta á nombre de un optimismo digno del doctor Pangloss, y cuando, despues de señalado el mal (en *La Ilustracion Española y Americana*) propusimos el remedio, los malhadados artículos que dedicamos á este asunto en *El Globo*, nos valieron una excomunion mayor por parte de los que entienden que la libertad consiste en que cada cual haga lo que bien le plazca, que el Estado no es más que un gigantesco agente de orden público, y que es muy conveniente que todas las instituciones se arruinen, todos los intereses sociales se pierdan y todos los fines humanos perezcan en el abandono, para que la libertad pasee en carro triunfal por medio de los escombros. Hasta los mismos conservadores clamaron en pró de la libertad del arte, y hombre hubo que de buen grado no dejara periódico con vida ni capilla protestante en pié, que puso el grito en el cielo al saber que se queria despojar á los autores dramáticos del derecho individual de morirse de hambre, dando á ese monstruoso y absorbente Estado que los economistas pintan con tan negros colores, la debida intervencion en la vida del teatro. Por fortuna para nosotros, conocemos muy bien el país en que vivimos, y seguros de que no pasarian muchos meses sin que la opinion cambiase, nos resignamos con nuestra derrota y guardamos el silencio que las circunstancias nos imponian.

Y con efecto, la libertad dió sus naturales resultados. Llegó el año cómico, y los males tantas veces señalados continuaron aumentando. Asegúrase que autores insignes y reputadísimos vieron dormir sus obras en el fondo de la gaveta de los direc-

tores de escena, mientras se representaban los más abominables mamarrachos; continuó el retraimiento forzado de los autores que no quieren mendigar la benevolencia de quién no es capaz de juzgarlos; los actores impusieron contratas inconcebibles, que son el *delirium tremens* del orgullo y el entronizamiento de la más insoportable tiranía; y de tal suerte arreciaron los males que al teatro aquejan, que al cabo la antigua cuestion, aplazada pero no resuelta, renació con más fuerza que el año anterior; pues ya no se trataba de quejas y lamentaciones, sino de resoluciones radicales y justas.

Entonces uno de nuestros más notables autores dramático disfrazóse (según su costumbre) bajo un pseudónimo, y con la firma de *Alberto Sanabria y Puig*, lanzó al público un folleto que causó verdadera sensacion; terció luego en el asunto el antiguo empresario del Teatro Español, D. Miguel Vicente Roca, prometiendo dar una solución práctica al problema; habló á nombre de los actores el Sr. D. Manuel Catalina; y por último, cumpliendo el Sr. Roca sus promesas, publicó un proyecto de estatutos para formar una asociación de autores y artistas dramáticos bajo el título de *El Teatro Español*, obtuvo adhesiones de muy importantes dramaturgos, celebró un banquete para estrechar los lazos de la naciente asociación, y todo anuncia que está dispuesto á llevar á cabo su pensamiento con prodigiosa actividad.

Hé aquí el estado de la cuestion. ¿Qué les parece á los optimistas? Si tan próspero está el teatro, ¿cómo se explica agitación tan extraordinaria? Si la libertad es tan maravilloso y eficaz recurso, ¿cómo después de tantos años de libertad, los que verdaderamente están interesados en estos asuntos y de ellos entienden, claman por una intervencion del Estado, tal que á nosotros mismos nos parece excesiva? ¡Ah! es menester dejarse de ilusiones optimistas y de liberalismos de mal género. El mal es cierto y exige pronto y radical remedio. Lo que importa es que sepamos acertar al elegirlo.

Ha llegado, pues, la hora de la acción, y por lo tanto, en el terreno de la práctica, y sólo en él, debemos movernos. Firmes en este propósito, no saldremos de ese terreno en el presente artículo.

II.

No esperen, por tanto, nuestros lectores un exámen completo de las causas de la decadencia de nuestro teatro. Tarea es ésta que hemos desempeñado en varias ocasiones y no hemos de renovarla ahora. Y por cierto que ni un solo argumento de valía se ha opuesto á lo que hemos sostenido en esta materia.

Cuatro entidades distintas han contribuido á la decadencia del teatro: los autores, los actores, los empresarios y el público, y entre los males que á todos estos elementos se deben, muchos hay que ni tienen remedio inmediato, ni pende su remedio (caso de tenerlo) de la voluntad de nadie. No nos hagamos ilusiones, por tanto, creyendo que con obtener la proteccion del Gobierno para nuestra escena ó creando asociaciones como la del Sr. Roca ú otras semejantes, habremos concluido con las causas más graves de la decadencia del teatro. Lo único que podrá hacerse por de pronto es remediar los abusos, errores é imperfecciones de su organizacion exterior y poner condiciones para que puedan remediarse males más hondos; pero creer que todo se arreglará en un dia como por arte mágica, fuera candidez notoria.

La primera causa de la decadencia del teatro es que se escriben muy pocas comedias buenas, lo cual se debe á que los buenos autores están retraidos, y de los que trabajan, los unos son buenos, pero están extraviados, y los otros están extraviados y ademas son malos. Para esto no hay remedio posible. Ni el Gobierno, ni la Asociacion del Sr. Roca, ni nadie, pueden evitar que el único genio dramático que está en ejercicio (el Sr. Echegaray), se haya propuesto emplear sus poderosas facultades en llevar al arte dramático por caminos de perdicion, y que entre los autores nuevos haya muchos estimables, pero ninguno que compita con los antiguos. Y este es precisamente el mayor de todos los males y el que ménos remedio tiene, porque de poco sirve organizar admirablemente el teatro si no hay obras buenas que representar.

Pero, se dirá, el mal se remediaría si salieran de su retrai-

miento los buenos autores, ya acreditados, y que parecen muy resueltos á dormir plácidamente sobre sus laureles ó vivir á la sombra del presupuesto. Es cierto. García Gutierrez, Ayala, Tamayo, Rubí, Serra, Nuñez de Arce... los que tantos dias de gloria han dado á la escena, parece que ya no quieren acordarse de que existe teatro en España. Pero, ¿á qué se debe este retraimiento? Quizá indagando sus causas, hallaremos el remedio al mal que lamentamos.

A nuestro juicio, además de la holgazanería incurable de muchos de esos insignes ingenios, las causas verdaderas de este retraimiento son las siguientes:

1.^a Que esos reputados autores no están dispuestos (y hacen muy bien en ello), á que por efecto de la detestable organización de las compañías, de las mezquinas rivalidades y el colosal orgullo de los actores, ninguna de sus obras se ejecute como es debido, ó tengan que escribirlas acomodándose á un reparto *de pié forzado*.

2.^a Que es muy difícil que un autor que en algo se estime, someta sus obras al juicio infalible é inapelable de un actor ó de una actriz, por discretos que éstos sean, pues en la gerarquía artística nunca el autor estuvo por bajo del actor.

3.^a Que no están esos autores tan mal avenidos con su tiempo y su dinero, que vayan á consagrar sus vigilias á escribir un drama que, por la indiferencia y mal gusto del público, su mal desempeño, ó la codicia de un empresario, haya de retirarse del cartel á los pocos dias de su estreno, cobrando luego el autor sus derechos tarde, mal y nunca, como suele suceder.

Si estos y otros abusos se corrigieran; si al autor se le guardaran las debidas consideraciones; si se le dieran verdaderas garantías de que, á no ser por culpa suya, no habia de ser perdido el fruto de sus afanes, es más que probable que la mayor parte de los autores retraidos volverian á la escena; que muchos jóvenes de mérito, que no pueden entrar en ella mientras no resuelvan el árduo problema de empezar su carrera por su segunda obra y tener reputacion sin ser conocidos, entrarían en el teatro; y de esta suerte, si el mal que hemos señalado no se remediaba por completo, cuando ménos disminuiría notablemente.

La segunda, y, á nuestro juicio, la mayor causa de la decadencia del teatro, está en los actores. Dejando á salvo las excepciones, cuanto contra ellos se diga es poco. Aparte de que, por lo general, trabajan de la peor manera posible, de que en España, salvo contadísimas excepciones, no hay actores que merezcan el nombre de tales, su empeño de ser á la vez actores, directores de escena y censores infalibles de todas las obras que á las empresas se presentan; su desmedido orgullo; sus rencillas y rivalidades; su pueril afan por esas categorías, cuyo verdadero y legítimo valor no saben entender; sus exorbitantes exigencias, reveladas en contratas monstruosas, contribuyen tan poderosamente á la decadencia del teatro, que bien puede atribuírseles la parte mayor de responsabilidad en ella. Ellos, más que los autores, son los que corrompen el gusto del público, imponiéndole el género que mejor les place, y obligando á los autores á que lo cultiven, por el cómodo y sencillo procedimiento de no hacer obra alguna que á él no pertenezca. Ellos son los que hacen imposible que ninguna obra se presente como es debido; los que retraen del teatro á los autores de nota; los verdaderos causantes de los daños que deploramos.

En este punto, el remedio cabe, pero tampoco puede ser completo; pues si es posible cortar tamaños abusos, y poner coto á las pretensiones y exigencias de los actores, no lo es improvisar actores buenos, ni hacer que lo sean los actuales. Aquí, como en el caso anterior, sólo cabe remediar los males que pudiéramos llamar externos.

Respecto á los empresarios, el remedio será más fácil; sobre todo, no siendo actores. En cuanto al público, tampoco es muy difícil hacerle entrar por el buen camino. Que su gusto está corrompido, es cierto; pero todo paladar al que se sirven malos manjares, acaba por estragarse; y otro tanto le sucede al público. Si abandona las teatros de verso por acudir á las funciones de hora en los teatros-cafés, á la Ópera, á la Zarzuela ó los Bufos, es porque los primeros sólo le ofrecen (salvo en rarísimas ocasiones) obras malas y mal desempeñadas; y siendo así, hace perfectamente en no querer verlas. Hágase lo contrario, y su gusto volverá á regenerarse.

III.

Renunciemos, pues, á remedios radicales, y contentémonos con paliativos. Saquemos de su retraimiento á los autores buenos, alentemos á los nuevos, y esperemos á que la naturaleza se muestre en lo porvenir algo más pródiga en la creacion de ingenios dramáticos. Pongamos coto á las demasías de los actores y los empresarios, y aguardemos con calma á que á los primeros reemplacen otros mejores, luchando contra los segundos, que difícilmente llegarán nunca á mejorar de condicion. Si algo conseguimos, eso habremos ganado; por poco que sea, siempre aventajará á la intolerable situacion presente. Y ante todo, ¿habrá que fiar el remedio únicamente á la accion individual, ó será preciso demandar el auxilio del Gobierno? Sabemos lo que vale y de lo que sirve el esfuerzo individual en España, y hasta dónde llega nuestro espíritu de asociacion. No hay pueblo que guste tanto de asociarse como el español; pero ninguno hace ménos despues de asociado. Redactar veinte ó treinta reglamentos; nombrar un par de cientos de comisiones; crear una Junta numerosísima, para que quepan en ella todos los socios; hablar mucho; hacer poco; destrozarse entre sí; tirarse al poco tiempo los trastos á la cabeza, y, si á mal no viene, comerse bonitamente los fondos de la sociedad; hé aquí la historia de la mayor parte de las asociaciones españolas. Lo ménos malo que puede suceder es que no hagan nada; en cuanto á hacer algo de provecho, rara vez hay que esperararlo de ellas.

Pero, ademas, lo primero que necesita una asociacion es capital, y en España para todo se encuentra dinero ménos para las cosas útiles. Y no hay que decir lo que sucederia tratándose de una asociacion de poetas, gentes que siempre se han distinguido por saber de oidas únicamente lo que es una moneda de cinco duros.

No es, pues, posible que la libre asociacion haga nada eficaz

en este asunto, á no ser en la forma que luégo indicaremos. Y como quiera que siempre que se trata de la realizacion de fines sociales de importancia que, abandonados á sí mismos, son impotentes para organizarse, es deber del Estado prestar su activa cooperacion para ello, como institucion encargada de amparar á las que por sí solas no pueden vivir, sépase que si se quiere que tengamos teatro español y que se ponga algun remedio á los males que le aquejan, es de todo punto imprescindible acudir al Estado para que preste su eficaz apoyo á tan noble intento.

De sobra sabemos que estas opiniones levantarán ruidosas protestas en las filas individualistas. Nos importa poco. Hemos tenido siempre y tenemos á grandísima honra el llamarnos autoritarios y socialistas (en el buen sentido de la palabra); creemos que ha pasado la hora del individualismo; y contamos con la autoridad de todos los grandes escritores políticos contemporáneos (singularmente los alemanes) que tienen el mismo concepto del Estado que nosotros. Entendemos que el Estado no es sólo la institucion que realiza el derecho, sino la suprema institucion que, representando á la sociedad entera, rige exteriormente toda la vida social y presta eficaces condiciones y medios de desarrollo á todos los fines é instituciones humanas que han menester de su auxilio. Por eso costea el culto, mantiene establecimientos de enseñanza, protege la agricultura, la industria y el comercio, y por eso pedimos para el arte, tanto ó más desvalido que esos fines, la misma proteccion de que ellos disfrutan. Y por otra parte, si en España no impera, por fortuna, el principio individualista en materia alguna, si ademas el Estado protege á todas las artes y á todos los géneros literarios, ¿por qué la poesía dramática, que es la mejor de nuestras glorias, ha de ser la única excepcion de la regla? El Estado que costea exposiciones artísticas, mantiene museos y bibliotecas, adquiere libros de todo género y protege á la ópera italiana, está obligado á proteger á nuestro teatro nacional.

Queremos, pues, la intervencion protectora del Estado; pero no nos negamos á que intervenga en este asunto la accion individual fortalecida por la asociacion. Queremos que todo concorra al mismo fin y aceptamos todo género de auxilios,

vengan de donde vengan, pero en primer término queremos el auxilio oficial, sin el cual serán ineficaces todos los esfuerzos que puedan hacerse.

Veamos ahora si en el primer conato de reforma práctica que se anuncia (que es el proyecto del Sr. Roca) se encuentra la solución deseada; y caso de no ser así, nos aventuraremos á proponer las que creamos más convenientes.

IV.

El pensamiento en que está inspirado el proyecto del señor Roca no puede ser mejor. Redúcese á formar una Asociación de escritores y artistas dramáticos, de carácter cooperativo y encargada de reorganizar las compañías de actores y garantizar los legítimos derechos de los autores. Nada hay que decir contra este pensamiento: ántes merece aplauso. Lo malo son ciertos detalles del proyecto, y sobre todo la forma en que se solicita la protección del Estado. Contamos entre los primeros algunos artículos de que nos ocuparemos á continuación.

Aplaudiendo sin reserva cuanto hace referencia á los derechos que se conceden á los autores, no podemos hacer lo mismo por lo que á los actores respecta. Qué triste opinión tenemos formada acerca de éstos, y cuán convencidos estamos de que es preciso poner coto á sus injustificadas exigencias, no hay para qué decirlo; pero somos ante todo amantes de la equidad y no podemos aprobar la dura condición á que en el proyecto se les somete. Es más; creemos que esta dureza hará imposible la realización del pensamiento; pues es difícil que ningún actor que en algo se estime, se someta á tales condiciones.

El odio á las *categorías* ha llevado al Sr. Roca al deplorable extremo de desconocer los principios más elementales de equidad al señalar á todos los actores asociados un sueldo igual. Enhorabuena que la categoría no se convierta en escudo de la vanidad y origen de insoportables exigencias, pero ¿es posible desconocer que las categorías existen? El actor que tiene

talento suficiente para desempeñar, por ejemplo, el papel de Segismundo en *La vida es sueño*, ¿ha de tener igual categoría y sueldo que el que desempeña el de Astolfo en la misma obra? Tanto valdria organizar la administracion pública señalando sueldo y categoría iguales á los ministros y los escribientes. ¿Dónde está la equidad de acuerdo semejante? ¿Dónde su conveniencia? ¿Cómo se ha de exigir que se esmere en sus papeles el primer actor, condenado á ganar lo mismo que otros que con él no compiten en mérito?

Pero se dirá que los actores asociados no son más que catorce y forzosamente habrán de ser notabilidades. Pues aparte de que en ese ramo no hay catorce notabilidades en España, siempre resultará que no todas son iguales, que hay entre ellos indudables categorías y que esa igualdad de sueldo (como todas las igualdades) es en el fondo la más injusta é irritante desigualdad.

Respecto á las obligaciones de los autores asociados nada tenemos que decir, aunque nos parece algo fuerte el exigirles que en cada temporada presenten una obra nueva cuando ménos, pues tal imposicion fácilmente daría lugar á que escribieran á destajo obras de escaso mérito. Pero los deberes de los actores pecan por exceso como por defecto pecan sus derechos.

El deber de representar todo papel que se les reparta, dicho en términos tan absolutos, nos parece muy mal. Nuestros actores son tan malos en general, precisamente porque entre nosotros no existe (como en el extranjero) el régimen de las especialidades. Un actor que es á la vez galan, barba y gracioso, es imposible (á ménos de ser un genio) que interprete debidamente papeles tan distintos. Cada actor tiene su cuerda especial en la que se distingue, y fuera de la cual no suele hacer más que tonterías. Por consiguiente, obligarle á hacer todo papel que se le reparta, es someterle á una tiranía insoportable, si no se añade este límite: *dentro de sus especiales condiciones*.

Lo mismo decimos de la inhumana disposicion de no pagar sueldo al actor cuando esté enfermo, asimilándole á un peon de albañil. Ni eso es caritativo ni decoroso, y tal condicion,

que convierte el sueldo de un artista en el salario de un obrero y condena al actor á salud forzosa ó forzoso ayuno, no debe figurar en un proyecto serio. Tampoco nos parece bien la excesiva cantidad de las multas á que puede ser condenado el actor cuando falte á sus deberes, multas iguales ó superiores á las que el Código impone por gravísimos delitos. ¡Cuánta exageracion! Nunca hemos de acertar los españoles á mantenernos en un término medio. Del actor sultan pasamos al actor ilota; de la anarquía teatral al despotismo; siempre de extremo á extremo y de exageracion á exageracion.

Parécenos muy bien la existencia de un jurado que admita ó rechace las obras presentadas; pero muy mal que no se indique la composicion de este jurado y se deje su nombramiento al libre arbitrio del director, sin limitacion ni garantía de ninguna clase.

Tambien nos parece muy mal que á los autores dramáticos no asociados se les impongan iguales deberes que á los asociados, no concediéndoles iguales derechos. Como en estos deberes entra el de no consentir que se represente ninguna obra suya en teatro que no pertenezca á la Asociacion, harto se advierte que esta disposicion tiende á crear el más absorbente de los monopolios é impedir que existan otros teatros que los de la Asociacion. En buen hora que los asociados se comprometan á eso; pero no hay derecho alguno á exigirlo á los que no lo son. El resultado práctico de todo esto sería hacer un teatro para uso exclusivo de un grupo de autores, que pronto se convertiria en camarilla insoportable.

Pero el punto grave de este proyecto se encuentra en su título X, que trata de los recursos, exenciones y privilegios que la Asociacion piensa pedir al Estado y sin los cuales juzga imposible su constitucion. El monopolio y el privilegio llevados hasta el delirio; hé aquí en dos palabras lo que significa ese título X, engendro de una imaginacion digna de un déspota del Oriente. Es imposible calcular hasta dónde llegarían los males del teatro si el Gobierno tuviera el fatal acuerdo de dar oídos á proposiciones tan monstruosas. Veámoslo.

El Sr. Roca no quiere subvencion directa del Estado, porque dice que no le parece bien que el teatro viva á costa de lo

que el pueblo *tributa*, sino de lo que *tira*. Esta aparente generosidad oculta el sencillo propósito de establecer á favor de la Asociacion una serie de monopolios y privilegios tales, que de hacerse efectivos acarrearían la ruina de todo teatro y todo espectáculo, excepto los suyos. Con efecto, el Sr. Roca no quiere más que lo siguiente:

1.º Que por todas las obras dramáticas *de dominio público*, representadas por empresas distintas de la Asociacion, paguen á ésta iguales derechos que se pagan por las que tienen propietario. Es decir, que una empresa particular cobrará, para su provecho, un impuesto sobre cosas que no le pertenecen, y de entidades que de ella no dependen. ¿Cabe mayor absurdo y tiranía más insoportable?

2.º Que el Estado obligue á pagar exorbitantes licencias *por funcion* á todos los espectáculos, de cualquier género que sean, á excepcion de los dramáticos y líricos españoles; licencias mensuales á los casinos, cafés, tertulias y todo establecimiento en que se juegue; licencias por funcion á toda empresa que dé corridas de toros, toretes, vacas y novillos. El importe de estas licencias se entregará al Sr. Roca, que vigilará la recaudacion y gozará de iguales privilegios que la de los pagos que se hacen á la Hacienda por cualquier concepto.

No cabe más. El Estado imponiendo contribuciones arbitrarias y exorbitantes, para regalárselas á una Asociacion particular que disfruta los mismos derechos que él; todos los espectáculos sometidos á la condicion de tributarios de esta Asociacion; una especie de Estado artístico dentro del Estado, con un soberano (el Sr. Roca) no ménos poderoso que el rey; hé aquí la concepcion admirable con que se quiere regenerar el teatro. Basta exponerla para mostrar todo lo que hay de absurdo en ella, y creeríamos ofender al Gobierno con sospechar siquiera que ni por un momento atienda á tales pretensiones.

Pero esto no le basta á la Asociacion, y despues de pedir el arrendamiento gratuito de los teatros que posee el Estado (lo cual nos parece bien), añadiendo que ha de ser perpétuo y sin condicion ni garantía de ningun género (lo cual nos parece mal), pide el absurdo privilegio de que sean sus teatros los

únicos que puedan representar obras del teatro antiguo, y el pueril derecho de usar como timbre, sello y divisa, el escudo de armas de la nación, que no podrá usar ningun otro teatro, á excepcion del Real.

Nada más pide la Asociacion, y es lástima, en verdad, pues siguiendo por tal camino, debió pedir la luna para iluminar sus coliseos.

Creemos que con lo dicho basta para mostrar lo monstruoso é impracticable del proyecto del Sr. Roca, así como lo que hay en él de bueno y plausible.

No ha de ser, pues, por ese camino por donde ha de venir la apetecida reforma. Veamos si por otros medios pudiera corregirse, y no se asusten los liberales individualistas de lo que vamos á proponer, pues como pueden ver, tales van las cosas, que aquel nuestro autoritarismo, que tanto les asustó el año pasado, todavía ha de parecerles muy liberal al lado de proyectos como el que acabamos de exponer.

V.

En el estado actual de la cuestion que nos ocupa, entendemos que para lograr resultados eficaces es fuerza apelar á dos recursos: la libre asociacion y la proteccion del Estado. En tal sentido nos pareceria conveniente que la asociacion proyectada por el Sr. Roca, se llevara á cabo introduciendo en sus estatutos las reformas que hemos indicado, y sin las cuales son impracticables, y renunciando á pedir al Gobierno monstruosas exenciones, privilegios y recursos.

Si por ventura esta asociacion no pudiera constituirse, deberian formarse dos asociaciones ó ligas: la de los empresarios contra los actores, y la de los autores contra éstos y aquellos, Debieran los empresarios asociados negarse á admitir las exigencias intolerables de los actores y obligarles á conformarse con las condiciones *razonables* que el proyecto del Sr. Roca les impone; y hecho ésto, los actores, sitiados por hambre, habrian de rendirse. En cuanto á los autores coaligados, habrian de comprometerse:

1.º A no presentar obra alguna ni tolerar la representacion de las que son propiedad suya, en ningun teatro cuya empresa no les reconociera y garantizara los derechos que les otorga el proyecto del Sr. Roca.

2.º A no someter sus obras al juicio de ningun actor ni empresario, sino sólo al de un jurado respetable y competente.

3.º A no tolerar exigencia ni imposicion alguna de ningun empresario ni actor.

Si la union para estos fines sabia conservarse, el resultado seria seguro. Así como los empresarios coaligados pueden imponerse á los actores cerrándoles las puertas del teatro si no son razonables, los autores pueden hacer lo mismo, dejando sin repertorio á las empresas. Es ésta una lucha por la existencia en que el triunfo es del más fuerte, y el más fuerte (si sabe tener conciencia de su fuerza, ejercitarla con brío y centuplicarla por la asociacion) es el aútor, sin el cual no hay teatro posible. Una huelga general de autores sería de un efecto seguro é inmediato.

Respecto á la intervencion protectora del Estado, puede manifestarse de varios modos.

Uno de ellos sería conceder gratuitamente los teatros de que es poseedor á las empresas que se comprometiesen á lo siguiente:

1.º Presentar un cuadro completo de actores bien organizado; un buen director de compañía y otro de escena, que no fueran actores, y un jurado competente para admitir ó rechazar obras, compuesto de personas que no fueran actores, autores ni empresarios (aunque el empresario y los directores de escena y compañía pudieran tener en él voz, pero no voto.)

2.º Comprometerse á reconocer á los autores los derechos y á imponer á los actores los deberes *razonables* que consigna el proyecto del Sr. Roca.

3.º Comprometerse á dar cada temporada un número determinado de obras nuevas y originales, cierto número de obras del teatro clásico y alguna notable del repertorio moderno, no representando traducciones (á no ser de obras verdaderamente

clásicas), piezas bufas, comedias de espectáculo, bailes escénicos ni exhibiciones anti-artísticas como alguna que acaba de presentarse en el Teatro Español.

La falta de cumplimiento de estas condiciones produciría la rescisión del contrato.

Si la situación económica lo permitiera, debería el Gobierno subvencionar además á la empresa que se encargara del Teatro Español.

Otro sistema protector sería establecer el Gobierno en el Teatro Español un teatro oficial á la manera del Francés en las siguientes condiciones:

1.^a Que todas las obras que en él se representaran fueran originales y españolas.

2.^a Que en él se dieran obras trágicas, dramáticas y cómicas, tanto nuevas como de los repertorios clásicos, antiguo y moderno.

3.^a Que no se diera espectáculo que no fuera dramático, á no ser baile nacional.

4.^a Que en materia de derechos de los autores y obligaciones de los actores se siguieran los preceptos *razonables* que hay en el proyecto del Sr. Roca.

5.^a Que el teatro estuviera gobernado por una junta directiva compuesta de un director general, encargado de la gestión administrativa y económica y auxiliado por un contador, un tesorero y demás funcionarios que fueran indispensables; de un director de compañía que no fuese actor; de un director de escena con iguales condiciones; de un jurado compuesto de tres individuos por lo ménos y cinco á lo más, todos autorizados y competentes, pero que no fueran actores ni autores dramáticos, que acordaría acerca de la admisión ó no admisión de las obras, tomando parte con voz y sin voto en sus deliberaciones los directores de escena y compañía.

Así, pues: asociación del Sr. Roca realizada en términos razonables y posibles; liga de autores contra empresarios y actores, y de empresarios contra actores en su defecto; concesión gratuita de los teatros del Gobierno á las empresas, previas ciertas condiciones y garantías, ó establecimiento de un teatro oficial; hé aquí las soluciones que juntas ó separadas podrían á

nuestro juicio remediar, ó al ménos paliar los graves males que á nuestra escena aquejan.

A los que en estos asuntos están interesados, y al público en general, las sometemos, dispuestos á defenderlas, y tambien á prestar la debida atencion á las observaciones razonables que se nos hagan.

M. DE LA REVILLA.



EL AMOR

Con alas de voluble mariposa,
 Símbolo de su fe,
 Pinté el amor, de rosas purpurinas
 Coronada la sien.
 Le he pintado entre el cálculo egoista
 Y el sórdido interes,
 Manto de vanidad sobre los hombros,
 Bajo del breve pié
 Prensando corazones, y en la mano
 La copa del placer.
 Viste una tarde el cuadro caprichoso
 Y encendida la tez,
 Con risa lastimada murmuraste,
 «¡Pintar como querer!»

 Mas ¡ay! que nadie como tú conoce
 Si lo he pintado bien!

ALFREDO FLOREZ Y GONZALEZ.



CRÓNICA MUSICAL

LOS ÚLTIMOS CONCIERTOS. — CIRCO DE RIVAS. — TEATRO REAL.



ooca ó ninguna novedad, despues de los cinco conciertos de que dimos cuenta ya en una de nuestras anteriores Revistas, han ofrecido los cuatro siguientes con que la Sociedad ha puesto fin á los trabajos de la última temporada, si por novedad no se entiende otra cosa que la renovacion de los programas, cuyas obras todos conocemos, por otros donde figuren no solamente importantes producciones, aún no ejecutadas, sino que tambien autores ó maestros del todo desconocidos, á quienes la Sociedad tiene el deber de presentar al público, y el público admiraria seguramente en la belleza innegable de sus obras. En los cuatro últimos conciertos, en efecto, no hemos tenido el gusto de oir ninguna pieza que, por su novedad, nos veamos precisados á ocuparnos en esta Revista para satisfacer la curiosidad que puedan tener hoy nuestros lectores. Ocupada la Sociedad, sin duda, con estudios y ensayos en otros centros, á los que tan directamente están ligados casi todos sus individuos, y sin la anterior preparacion debida, por otra parte, á causa del retraso con que se encargó el señor Vazquez de su direccion, con otras imprevistas y sensibles circunstancias, los programas han tenido que sufrir necesariamente sus efectos, y acaso contra la voluntad de la Sociedad misma, el público se ha visto obligado á prescindir por este año de sus esperanzas, contentándose, como no podia suceder de otro modo, con seguir sus buenas y amistosas relaciones con los maestros conocidos. Sin embargo, si se exceptúa este contra-

tiempo, que lamentamos de veras, las últimas sesiones musicales del Príncipe Alfonso, y muy especialmente la del segundo domingo de Abril, léjos de desmerecer de las anteriores, han ofrecido, por el contrario, un interes señaladísimo para el público, que no se puede pasar en silencio, si se tienen en cuenta, sobre todo, algunas de las obras que han alcanzado los honores de la repetición, y cuyos autores son cada día más admirados y queridos de nuestros *dilettanti*. Figuraban en este concierto, á que nos referimos en particular, Weber, Gounod y Wagner, los tres grandes representantes del *romanticismo musical*; Beethoven y Meyerbeer, los dos ingenios revolucionarios de la música moderna; un compositor distinguido de estos últimos tiempos en Alemania, Nicolai, y nuestro primer *virtuose* y antiguo director de estos conciertos, Sr. Monasterio. El programa estaba constituido por la overtura de *Freyschütz*, entreacto de la ópera *La Colombe*; la marcha fúnebre de *El Crepúsculo de los Dioses*, la *Sinfonía pastoral*, *Polonesa de Struensée*, *Estudio de concierto*, y la overtura de *Las alegres comadres*. No es posible formarse una idea exacta de lo que fué esta deliciosa sesión, sin haber asistido á este espectáculo, y nuestros lectores que hayan presenciado en momentos análogos esta clase de fiestas musicales conocerán toda la razón de nuestras afirmaciones, sobre todo teniendo en cuenta las firmas de las piezas indicadas, y la interpretación que en general tuvieron por todos los artistas, y bajo la dirección del Sr. Vazquez. Llena la elegante sala del teatro del Sr. Rivas por todo lo más distinguido, y ocupados los pasillos por la gente verdaderamente aficionada, el concierto sétimo, que puede considerarse como el más notable de la primavera, ha merecido así por las piezas que componían el programa, como por su ejecución, un verdadero éxito, haciéndose repetir casi todas sus partes y obteniendo como siempre el testimonio más completo de nuestra admiración el maestro Wagner en la por segunda vez oída Marcha fúnebre de su *Tetralogía*. Fuera de esto, merece consignarse especialmente, como detalle singular de esta tarde, la cariñosa demostración hecha por el público al Sr. Monasterio, saludado con una salva de aplausos al terminarse la ejecución de su pequeño y sentido *Estudio de concierto*, que hubo de repetirse á instancias de gran parte de la concurrencia.

Del último concierto no merece que nos ocupemos, porque nada hay que haya llamado en él nuestra atención sino es el poco tino, creemos que involuntario, que la Sociedad ha demostrado, al concluir así esta temporada, ó por lo menos el descuido en que ha incurrido con ofrecer un programa que, sin herir la susceptibilidad de

nadie, tan poco atractivo ofrecia en general, y tan oidas y sabidas de todos estaban las piezas que le componian y en aquel debieran ejecutarse.

Verdaderamente es sensible que la Sociedad no disponga de todo el tiempo necesario para empezar con la debida preparacion y estudio sus trabajos artísticos desde el primer concierto, y evitar así esa precipitacion que necesariamente le sale al encuentro, al aproximarse el dia designado; pero sería de desear de todos modos que esto tuviera correccion pronta é inmediata, y la Sociedad bajo la direccion del Sr. Vazquez procurase en lo sucesivo evitar semejantes contratiempos, que seguramente han de haber perjudicado á sus intereses, y les perjudicará mucho más si no se trata en lo sucesivo de atajar un mal que tanta trascendencia pudiera tener, no sólo para la Sociedad misma, sino para el arte y el público, á cuyos fines han de tender siempre sus trabajos y especiales esfuerzos.

No quisiéramos en esta ocasion desempeñar el papel de consejeros y mucho ménos con quien no necesita seguramente de nuestras advertencias. La ilustre Sociedad de profesores sabe mejor que nosotros lo que debe hacer, porque conoce muy bien sus propios intereses, y hoy serian ociosas y hasta impertinentes las observaciones que pudiéramos indicar á propósito de su actividad pasada y de la que, para la venidera temporada, pueda desarrollar en estos espectáculos musicales.

De todos modos, admiradores como el que más de tan digna corporacion artística, de cuyos trabajos siempre nos hemos ocupado con elogio y predileccion ensalzando á la vez su elevada mision y gran importancia para el arte en España, y atentos, desde hace algun tiempo, al desenvolvimiento y progreso que en muy pocos años se ha realizado en el gusto musical de nuestro público, debido sin duda y en gran parte á esta notabilísima institucion, nosotros nos permitimos hoy llamar la atencion del Sr. Vazquez, como su genuino representante, sobre este hecho que, á nuestro modo de ver, importa mucho tener muy en cuenta y pensar seriamente para el porvenir. Hoy, preciso es reconocerlo, el público no se sacia de música y devora cuanto se le pueda dar en muy poco tiempo, si nos es permitido expresarnos de este modo. Además, si bien para una gran parte de los que asisten á estos espectáculos el programa es lo de ménos en estos conciertos, para la mayoría, no hay que dudarlo, es lo de más, y sabe llevar y tener en cuenta con mucho cuidado y gran interes el *alza y baja*, es decir, lo *viejo* y lo *nuevo*, lo malo y lo bueno que en todos aquellos se le ofrece; y que esta parte activa, digámoslo así, de nuestro público filarmónico, es la que hace marchar, la que impulsa,

la que da el tono, no hay que dudarlo un momento, puesto que ella es la que aplaude, y con sus aplausos señala á la orquesta lo que debe hacerse, así como, por el contrario, le indica con su silencio ó indiferencia aquello que le desagrada ó que debiera omitirse. Así, pues, por nuestra parte, y sin perder de vista un momento el mayor esplendor del arte, creemos no estará de más que la Sociedad de Conciertos, haciendo un esfuerzo para la primavera del 78, tenga preparado trabajo con anticipacion y estudiadas algunas obras de autores desconocidos del todo entre nosotros, y que, como Gluck, Berlioz, David, Rubinstein y tantos otros compositores modernos hoy son aplaudidos con entusiasmo en los Conciertos celebrados en Francia, en Rusia y Alemania, miéntras en los nuestros aún no han resonado los ecos armoniosos de tantas y tan bellas inspiraciones como nos han dejado en sus obras. Nadie más que nosotros, repetimos, tiene interes en que esta distinguida corporacion musical llegue á su apogeo y consiga el puesto que está llamada á ocupar algun dia entre las más notables que hoy existen en Europa; tampoco desconocemos la envidiable posicion que ya ha conseguido y el nombre que hoy tiene en el mundo musical; pero como es preciso mantener dignamente ese nombre y esa reputacion tan noblemente alcanzados, y esto no se consigue sino con el trabajo incesante y decidido propósito, procurando que jamás los laureles lleguen á adormecer y ofuscar el justo orgullo que da la misma posicion adquirida, y por otra parte su mayor edad exige tambien mayor amplitud y desarrollo, mayor energía y vitalidad, y por consiguiente mayores esfuerzos, la Sociedad de Profesores debe reflexionar esto mismo que cariñosa y desinteresadamente le advertimos y procurar á todo trance corregir faltas que, si hoy significan poco, pudiera en tiempo no lejano, traer fatales consecuencias, no tan sólo para el arte sino que tambien para sus propios é inmediatos intereses, que tanto obliga conservar. Persuádanse de ello los dignos individuos de la Sociedad de Conciertos: la gloria y la fama no se alcanzan sin el mérito que llevan consigo grandes servicios y levantadas empresas, y empresa noble y servicios grandes son los que en la esfera del arte tienden siempre por aquellos que le profesan á su mayor engrandecimiento y á su más sublime manifestacion.

*
* *

Despues de estos conciertos las representaciones del elegante coliseo del Sr. Rivas merecen particular atencion, siendo *Los Hugonotes* la que entre cuantas óperas se han puesto en escena, ha obtenido un éxito más completo y á la que nuestro público ha dispensado un especial favor con su asistencia y sus aplausos. Bien sabeis la popu-

laridad que aquella ópera ha alcanzado entre nosotros desde que la eminente artista María Sass nos hizo conocer, no hace muchos años, en el regio teatro de la Plaza de Oriente todas las grandes bellezas que encierra esta inmortal obra del gran Meyerbeer, y no extrañareis por lo mismo que en esta ocasion en que nuestra prima donna iba á lucir ante nosotros sus hermosas facultades vocales, *Los Hugonotes* habian de tener mayor atractivo y encanto, aparte del interes que de suyo habia de prestarle una ejecucion nueva del todo para nosotros, y llevada á cabo en circunstancias tan diferentes á las en que, hasta ahora, veniamos presenciando. Tampoco yo necesito, por otra parte, insistir sobre el efecto que habia de producir en el público desde el momento que esta ópera se anunciara en carteles, conociendo nuestros lectores el entusiasmo que siempre despiertan y el gusto con que son acogidas todas las obras de este maestro ilustre, y muy particularmente *Los Hugonotes*, que hoy es su obra predilecta. Esta partitura ha tardado mucho en conocerse y apreciarse por todo su valor estético-musical, y durante muchos años, si no relegada del todo al olvido, ha venido guardándose cuidadosamente por nuestros empresarios y artistas, miéntras la estrella de la ópera italiana se remontaba brillante y resplandeciente en el horizonte. Hoy aquella se ha impuesto con tal fuerza en nuestro teatro y nuestro público, que *Los Hugonotes* pueden considerarse ya como la primera entre las más espléndidas creaciones de Meyerbeer, á cuya aparicion siempre quedarán como eclipsadas cuantas por sus bellezas pretendan disputarle el mérito y valor artístico que esta obra musical atesora. No es esta la ocasion de buscar el origen y explicar las causas de este cambio tan radical en las tendencias de nuestro gusto por la música meyerbeeriana, así como la inmensa decadencia en que hoy contemplamos la aficion por las obras de aquella escuela, que en otro tiempo hicieron las delicias de esos mismos *dilettanti* que hoy casi las menosprecian ú oyen con marcada indiferencia. La música, como todas las instituciones, sigue su curso natural y se desarrolla segun leyes y principios fijos é intalterables, realizando en las distintas evoluciones por que pasa su mision y su fin propios, que responden justamente á circunstancias dadas de tiempo y lugar, siempre en relacion con la cultura y el progreso en los demas órdenes de la vida. El sistema dramático-musical de Meyerbeer era demasiado profundo y excesivamente complejo para aquel tiempo, en que las exigencias del público estaban cumplidas con ver á un artista lucir sus facultades vocales, su agilidad de garganta, sus intrincadas y laberínticas *fermatas*, sin fijarse en otra multitud de detalles y circunstancias que necesariamente exigen la índole y naturaleza del drama lírico, segun lo com-

prende la estética y el arte, y así lo han realizado los grandes compositores de nuestros días. Una ópera valía tanto como un concierto, donde el cantante iba á exhibir toda su *virtuosité*, como dicen los franceses, en un *aria*, una *romanza* ó una *cavatina* que el compositor ya le habia dispuesto para mayor lucimiento. La accion dramática realizada en la música por medio de los recursos de orquesta, coros y demas elementos que entran en la formacion de la ópera moderna, era una cosa secundaria que debia subordinarse en un todo al fin capital, al canto y la melodía seca, desnuda y estemporánea siempre, mejor dicho, al cantante, cuya tiranía para el compositor era irresistible é inevitable, si no queria hacer fiasco en sus obras. La ópera concebida y desarrollada por nuestro Meyerbeer, es bien diferente de todo esto, como da claro testimonio de ello la obra que motiva estas líneas y cuantas de este concienzudo maestro conocemos. *Los Hugonotes* es un drama musical desarroliado y compuesto dentro de las condiciones normales asignadas por la estética á este superior género que tan alto desarrollo ha alcanzado en nuestra época, merced al gran impulso adquirido con las grandes creaciones de Meyerbeer y de todos los que se han inspirado en sus mismos procedimientos. *Los Hugonotes*, lo mismo por sus detalles que por su conjunto, así por la variedad como por su unidad en el elemento musical, constituye una forma artística ajustada en un todo al pensamiento que se desenvuelve en la accion dramática, cuyo plan y ejecucion musical están de acuerdo con el carácter dominante del hecho mismo que la motiva, y sin que un momento siquiera, el compositor, marchándose por caminos extraviados, deje de realizar esa armonía que constituye el secreto de su gran sistema musical, que hoy todos los críticos le conceden, y ántes era un geroglífico de que no se daban cuenta. Esto es precisamente lo que nosotros hemos de tener presente en todas las concepciones musicales de tan profundo maestro, y lo que como carácter distintivo se observa desde luego en *Los Hugonotes*. La idea, el pensamiento, el drama, despues la música, la forma artística: así ha procedido siempre el compositor aleman en todas sus obras, y esta es la razon de que nosotros nos intereseamos vivamente con la accion dramática y con la situacion especial de cada uno de los personajes, tan perfectamente delineados y con tanto vigor trazados por el autor en las interesantísimas figuras de Raoul y Valentina, Nevers y Saint-Bris, Marcelo y Margarita de Valois. *Los Hugonotes*, pues, bajo el punto de vista de su fin, de sus intenciones, de sus ideas extramusicales, lo mismo que por los grandes y poderosos medios de que se ha valido el compositor para darle forma lírico-dramática y hacer de la obra de Scribe un verdadero drama musical, es una de

esas creaciones del arte que darán á Meyerbeer un título de gloria imperecedera y de inmortalidad, y á la música un timbre de los más gloriosos que puedan registrarse en los fastos de su brillante historia.

Si el espacio de que hoy disponemos y el objeto de esta Revista lo permitieran, haríamos siquiera un pequeño análisis de esta partitura, llamando la atención sobre sus grandes bellezas musicales, así como de su valor histórico y dramático; pero nos habrían de llevar muy léjos las consideraciones de mil géneros á que seguramente darian lugar sus complejos y diferentes elementos, y preferimos dejarlo para otra ocasion, en tanto que hoy damos cuenta del éxito que aquella ópera ha alcanzado en el teatro del Sr. Rivas.

Ha sido *Los Hugonotes* una de esas óperas que, desde la Falcon, Nourrit, Duprez y Lavasseur, sus primeros intérpretes en la Real Academia de Paris el año 36, ha tenido artistas más distinguidos para su ejecucion, y acaso tambien de las que más en compromiso ha puesto á cuantos se han atrevido, sin especiales facultades escénicas y vocales, á interpretar el espíritu de Meyerbeer en las bellísimas é históricas figuras de esta ópera. En nuestro régio coliseo ha obtenido en diferentes ocasiones, desde su estreno en el año 58, si mal no recordamos, una ejecucion señalada por parte de algunos artistas, como la Penco, Mario, Tamberlick, Mme. Gueymard y Selva, y en estos últimos años por la Sra. Sass, David, Stagno, la Sra. Pozoni, Rotta y Boccolini, verdaderos creadores para nosotros de los más importantes papeles que se ofrecen en la partitura, y cuya distincion escénica y poderosos recursos vocales han sido siempre objeto, así de los aplausos del público, como de los más encomiásticos juicios de toda la prensa. Bajo estos auspicios y con estos antecedentes ha tenido que aparecer, por primera vez fuera del teatro en que siempre se puso en escena, la obra inmortal de Meyerbeer, cuyas deliciosas páginas musicales en tantas ocasiones han hecho palpitar nuestros corazones y conmovido el espíritu ante las grandiosas escenas en que, á manera de lienzos pictóricos, nos presenta con toda la fuerza del colorido de la época este gran músico de historia á propósito de las desgarradoras luchas político-religiosas y sociales de la Europa en el siglo xvi. Sin embargo, justo es confesarlo, *Los Hugonotes* en el Príncipe Alfonso, si no han superado á la interpretacion que todos conocian en el teatro de la plaza de Oriente, ha excedido por lo ménos á la que, dados los elementos que allí existen, todos creian encontrar, y conocidas como son las grandes dificultades, así corales é instrumentales, como de escena y demas circunstancias que esta complicada representacion teatral ofrece de suyo para cualquier empresa. La señora Sass, que tan gratos recuerdos habia dejado entre nosotros la última

vez que se despidió con esta misma ópera del público madrileño, ha hecho su reaparición con el mismo papel de Valentina, al que tanta pasión y fuego sabe comunicar, especialmente en el magnífico *duo* con Raoul del acto cuarto, de esa inspiración sublime que siempre la Sass tradujo con singular expresión y vehemencia, arrancando los más frenéticos y entusiastas aplausos. Conocidas de nuestros lectores las poderosas facultades vocales de la eminente artista belga, comprenderán sin dificultad toda la ovación de que ha sido objeto en esta ocasión, especialmente en los dos *duos* del tercero y cuarto acto, en que aquellas se dan á conocer con toda fuerza é intensidad, y en en los que María Sass hace alarde de su profundo conocimiento escénico, así como del gran estudio que tiene hecho desde que, aleccionada por el mismo Meyerbeer, se penetró de toda la importancia de esta deliciosa creación musical. La Valentina, pues, en esta ocasión nada ha dejado que desear en su interpretación, y el público no ha hecho más que justicia á la distinguida artista, llamándola con insistencia á las tablas á recibir como testimonio patente de su entusiasmo los frenéticos y unánimes aplausos con que la prodiga todas las noches que tiene lugar aquella representación. El Sr. Sani, encargado de la parte de Raoul, de poderosas facultades vocales, aunque sóbrio en la acción dramática, ha merecido la más entusiasta acogida por la esmerada interpretación de aquel simpático personaje. Desde las primeras frases de salida, en que fué saludado con una salva de aplausos hasta el *duo* final, que dijo con singular bravura, el distinguido tenor italiano, puso de relieve sus grandes dotes de cantante, haciéndonos concebir esperanzas que no serán seguramente defraudadas si el Sr. Sani sigue por el camino que ha emprendido, y trata de hacer un estudio concienzudo de la escena, para sorprender esos innumerables resortes que hay que tocar para la verdadera interpretación del drama musical. Con más libertad y posesión de sí mismo quizás, aunque en nuestro concepto con visible exageración dramática en algunas ocasiones, el bajo Maini nos ha hecho un Marcelo que nada hubiera dejado que desear, sino acentuara la rudeza del soldado de la Rochela hasta el extremo que lo hace el Sr. Maini, especialmente en las escenas del primer acto. Fuera de esto, el *duo* con la Sra. Sass ha tenido en este artista un distinguido intérprete, que revela unas facultades poco comunes y un profundo conocimiento de la escena, cualidades ambas que han sido justamente apreciadas, como se demostró elocuentemente en el aplauso unánime de toda la sala. La Sra. Mecocci, á quien estaba confiado el papel de reina Margarita, se ha captado las simpatías del público con justicia desde el primer momento que le dió á conocer su extensa y voluminosa voz, y su es-

belta y bella figura. El *dueto* que canta en el segundo acto con Raoul, dicho con gusto y no poca gracia en algunas frases, así como la escena del *juramento y concertante final*, le valieron grandes y merecidos aplausos. Los demás artistas que toman parte en esta ópera, singularmente el barítono Moriama, que hizo un Nevers muy aceptable, y la Sra. Chini, que fué también aplaudida en su *ária* del acto primero, han contribuido poderosamente al buen conjunto que, salvo pequeños deslices, se nos ha ofrecido en *Los Hugonotes* por la empresa del Príncipe Alfonso. Respecto á la orquesta y masas corales, dirigidos por el celoso maestro Kuon, preciso es confesar que la concepcion musical de Meyerbeer ha sido traducida é interpretada con extraordinaria fidelidad y conciencia. Los coros del segundo acto, la *plegaria, coro de hugonotes* á voces solas y el de la *disputa* en el acto tercero; y el de *bendicion de puñales, y conjunacion*, por último, en el cuarto, han sido escenas cuya ejecucion admirable habla muy alto en favor del interes y especial cuidado que ha puesto en los ensayos de esta ópera el digno director Sr. Kuon. Por lo demás *Los Hugonotes*, aunque en conjunto no haya alcanzado la unidad que á nuestro modo de ver tuvo la interpretacion de *Fausto*, ha merecido, sin embargo, los aplausos de cuantos han asistido á sus representaciones, y la empresa los plácemes del público agradecido al empeño que viene mostrando desde el primer dia por satisfacer exigencias tan justas como merecidas.

Después de esta ópera, el director artístico de este teatro ha tenido la fatal ocurrencia de poner en escena dos óperas de Verdi, de las que el público sabe de memoria, y conoce hasta la saciedad. Tales son *Hernani* y la *Traviata*, de cuya representacion sólo ha salido triunfante la segunda, por los distinguidos artistas que en ella han tomado parte, los cuales consiguieron arrebatarse al público en algunas escenas, mereciendo especiales aplausos la señora Vitali y los señores Corsi y Aldigieri, que estuvieron á la altura de su reputacion en toda la obra. Del *Hernani* no nos queremos ocupar porque no nos hemos explicado aún esta incalificable caida, que lamentamos por demás, ni hemos comprendido un fiasco, que tan fácilmente pudo evitar la empresa, dejando en paz y en gracia de Dios una obra de la que nadie se acuerda ya, y tan bien se estaria en los archivos del teatro. Ahora se anuncia otra de Verdi, que esperamos obtendrá más favor, y de ello nos alegraremos, pero seria de desear que el director Sr. Kuon, inspirándose en los deseos del público, abandonase para otra ocasion estas óperas y pusiese en escena las obras del moderno repertorio, al cual, como habrá comprendido, es más aficionado el público que hoy frecuenta estos espectáculos.

En el teatro de la Plaza de Oriente, la empresa de este coliseo ha cumplido con el compromiso que tenia contraído con sus abonados, poniendo estos últimos dias en escena la ópera *española* en tres actos, música del conocido compositor Sr. Zubiaurre, y libro del Sr. Cárdenas, titulada *Ledia*. En la imposibilidad de poder ocuparnos detenidamente, y como fuera nuestro deseo, así del mérito artístico como del éxito que ha obtenido esta nueva produccion musical, confiada á la interpretacion de los distinguidos artistas de aquel coliseo, daremos idea, siquiera sea ligera, de este suceso musical, de cuya importancia para el arte lírico-dramático, con no muy conformes y unánimes pareceres, viene ocupándose toda la prensa desde el dia de su estreno.

Desde luego, si los juicios que pueden emitirse de una obra, por la primera impresion y efecto que causan ante el espectador, tuvieran un valor absoluto de verdad, que no admitiera despues rectificacion, la ópera *Ledia* habria que convenir en que deja bastante que desear, por más que haya merecido los aplausos del público. Libro y música, pensamiento y forma, carecen de condiciones necesarias en esta clase de obras artísticas. El drama que ha desarrollado el Sr. Cárdenas valiéndose de elementos, no sabemos si legendarios ó históricos, sacados de ese pueblo, cuyo origen es hoy un mito, una incógnita por resolver, y cuya vida histórica tanta poesía tiene, es, á nuestro modo de ver, una serie de cuadros escénicos que han servido de pretexto para que el compositor desarrolle á su modo todo, sus sentimientos y aficiones de vascongado, más bien que un drama propiamente dicho, en que el desenlace y episodios, caracteres y trama dramáticos corresponden á un plan, cuya accion tenga verdadero interes y guarden al mismo tiempo esa armonía y unidad necesarias é indispensables en todas las producciones de este género. *Ledia* tiene, á no dudarlo, situaciones dramáticas inspiradas, escenas que ofrecen interes y se prestan poderosamente á una bella traduccion musical, si el compositor, sobre todo, siente y comprende toda esa poesía y encanto que lleva consigo la patria, el hogar, la familia y la cuna entre los habitantes de las provincias vascas; dos personajes, sobre todo la protagonista, que se hacen simpáticos, por más que el Sr. Cárdenas no les haya dado la animacion y vida que en algunas escenas debieran expresar, y un cierto carácter local, en fin, que el Sr. Zubiaurre, como hijo del país, ha podido utilizar muy bien para dar mayor gracia y encanto al poema, por medio de los múltiples recursos y procedimientos de su arte. Pero al mismo tiempo, preciso es confesarlo, se encuentran defectos en el drama, que de seguro no se le ocultarán ya á su autor, despues de haber sido puesto en escena, y

como no sea que le ciegue la paternidad hasta el extremo de desconocer lunares que el público vió desde su primera representacion. Es necesario decir la verdad: la *Ledia* resulta pesada, porque todas las escenas son excesivamente largas y de poco movimiento en general, decayendo visiblemente el interes de la accion, que se nos anuncia con mucha pompa en el final del primer acto, y sin que el desenlace corresponda á lo que el espectador espera, ni se resuelva, por otra parte, el conflicto dramático que el autor debió proponerse desde un principio, y el curso mismo de la accion exigia rigurosamente.

Quizá la monotonía y languidez que se observa en toda la ópera provenga más bien de la música que del mismo libreto, y sea el culpable el Sr. Zubiaurre y no el Sr. Cárdenas, que á lo ménos se dirá ha ofrecido buenas situaciones para que el compositor diese rienda y libertad á la fantasía, momentos bellos y poéticos y más de una escena en las que el elemento musical, bien desarrollado, hubiera producido seguramente efecto positivo en el público. De todos modos, el libretista no podrá eludir la responsabilidad en que incurre desde el momento en que, prescindiendo de la parte musical, la crítica se fije en las condiciones literarias y poéticas del libro, y si se tiene en cuenta, sobre todo, el carácter peculiar que ha de tener el drama destinado á la música, y las circunstancias extramusicales que deben revestir esta clase de trabajos artísticos. Esto en cuanto al libro.

Por lo que respecta al compositor, y considerada esta ópera bajo el punto de vista puramente musical, no es posible desconocer que el Sr. Zubiaurre, con haber hecho una obra de considerables proporciones, todavía le ha faltado mucho para realizar las esperanzas que á todos hizo concebir en *Don Fernando el Emplazado*, porque si bien es cierto que en *Ledia* ha tenido momentos felices y en alguna de sus escenas nos ha probado Zubiaurre que no han trascurrido inútilmente los años para su instruccion y cultura musical, la obra, considerada en conjunto, revela poca inspiracion, escaso colorido, y en general pobreza de recursos musicales que hagan á lo ménos de la obra una composicion de bellezas melódicas y cantos adecuados al carácter general del pensamiento y accion del drama. A nuestro modo de ver, *Ledia* con todos sus defectos literarios, es un poema que el compositor ha debido acoger con cariño y sacar un gran partido de su accion, por medio de una forma musical más adecuada, y creemos lo hubiera logrado el Sr. Zubiaurre, si dadas sus especiales circunstancias artísticas en vez de acudir á *fuentes extrañas y formas preconcebidas*, se hubiera inspirado libremente en los fecundos é inagotables elementos poéticos y musicales de su mismo país. El Sr. Zubiaurre sabe mejor que nosotros, como vascon-

gado, que hay en la música popular de aquellas provincias, temas y melodías cuya riqueza tiene un valor inmenso para la ópera nacional, especialmente si se les sabe dar el tono y carácter verdaderamente artístico, y se les reviste al mismo tiempo de aquella forma especial que los cantos populares deben tener, al pasar á la ópera ó drama lírico y puedan concurrir con los demas elementos á la expresion ó traduccion del pensamiento poético. Si en *Ledia* se hubiera tocado este resorte, y su autor se hubiera penetrado de su espíritu y de toda su fuerza, poniéndolo en práctica en el conjunto, como lo ha realizado en algunos momentos, el éxito de la ópera hubiera sido evidentemente mucho más positivo, y á lo ménos le habria dado ese carácter esencialmente nacional, que es á lo que deben tender nuestros compositores, y lo que realmente constituye la esencia de la ópera española, tal como la concibe la estética y el arte, y tal como el público la espera y desea oír en el teatro. Bueno es que el compositor haga un trabajo en que la ciencia de la *armonía* y del *contrapunto* tengan su realizacion, y que los sacramentales y dogmáticos preceptos de escuela ó de autoridades respetables no se alteren en casos difíciles ó dudosos; pero tampoco hay que perder de vista que el drama musical tiene sus leyes y principios marcados por la estética y la filosofía misma del arte, mucho más respetables y atendibles que todas las conveniencias escolásticas sancionadas por la costumbre y la tradicion, y á las cuales ha debido atenerse con preferencia el Sr. Zubiaurre. No es ocasion en este momento, que ya estarán fatigados nuestros lectores de entrar en consideraciones sobre la teoría del drama lírico y las condiciones que debe realizar, segun críticos y estéticos distinguidos; pero sí nos será permitido creer que la ópera *Ledia*, ántes que española, es ecléctica, puesto que reúne casi todos los estilos de todas las nacionalidades musicales, y que léjos de tener un carácter nacional, ó por lo ménos *provincial*, más bien se traducen en ella rasgos que ocultan su origen é indiquen ajena y extraña procedencia.

Por lo demas, *Ledia* es un trabajo musical de importancia, digno de la reconocida laboriosidad de su autor, á quien no se le pueden ya negar sus poco comunes aptitudes musicales y sus importantes conocimientos en la técnica del arte. La composicion, sin duda, no es igual ni muy sostenida, y tiene defectos de forma que se descubren desde luego, pero tiene tambien sus bellezas, que es preciso aplaudir. Aparte del elemento armónico, que no ha descuidado Zubiaurre en toda la partitura, tiene melodías bien desarrolladas en algunas escenas, y de algun carácter, distinguiéndose entre los principales números el *Preludio* con que da principio la ópera y la *Plegaria* á voces

solas del primer acto, y la escena fantástica de la ventana y coro de espíritus en el segundo, páginas, á nuestro modo de ver, de las más notables que tiene la produccion del Sr. Zubiaurre, y que han merecido justamente los aplausos del público. Respecto á la ejecucion diremos, para concluir, que la señorita Ferni y los Sres. Tamberlik, Boccolini y Ordinas han sido frenéticamente aplaudidos, y los coros con la orquesta han contribuido con todos sus esfuerzos para que *Ledia* haya tenido la más fiel y acabada interpretacion en el teatro de la Plaza de Oriente.

Tal ha sido, á nuestro parecer, el éxito de la obra de los Sres. Cárdenas y Zubiaurre, y el juicio general del público inteligente que asiste al regio coliseo, sin otra mira que la contemplacion del arte y la belleza musical; éxito, por otra parte, que, si no ha correspondido á las esperanzas de los *dilettanti*, ni ha dejado satisfechos los deseos de aquellos que, desde tanto tiempo vienen acariciando el ideal de la ópera española, no debe por eso desalentar de ningun modo á los autores de esta produccion artística, cuyos laudables esfuerzos en favor del arte nacional, tan justo premio y recompensa merecen, y á ellos son acreedores desde el momento en que, con desinterés tanto prestan su concurso al digno y noble fin de nuestro engrandecimiento artístico y musical. No, no deben jamás arrepentirse de su obra los autores de *Ledia*, ni pensar un momento retraerse de acudir á la escena, para conseguir el propósito que á todos nos anima y obtener algun dia la realizacion de nuestra nacionalidad musical en el drama lírico, por tanto tiempo deseada; que si en esta ocasion no han alcanzado el beneplácito general, proporcionando al mismo tiempo un dia fausto y de gloria para el arte español, acaso llegue un momento en que los Sres. Cárdenas y Zubiaurre realicen sus dorados sueños y puedan obtener la palma de la victoria con que sabe premiar la historia las obras del talento y laboriosidad artística.

J. ESTÉBAN Y GOMEZ.

Madrid, 30 de Abril de 1877.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS

Madrid, 1877.—Tipografía de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,

Pizarro, 15, bajos.

INDICE DEL TOMO VIII

15 DE MARZO.

	PÁGINAS
I. La Hija del Artesano.—Cuadro de costumbres (conclusion).— <i>Emilio Alvarez</i>	1
II. Primaveras.—Imitacion de Carduci.— <i>Manuel del Palacio</i>	20
# III. Fortuny y sus cuadros.— <i>J. Güell y Mercader</i>	21
IV. Constantinopla independiente de toda nacionalidad.—Discurso.— <i>James Lorimer</i>	48
V. La idea de Dios en las sociedades modernas.— <i>José Heredia y García</i>	62
VI. Goethe y Schiller.— <i>Urbano Gonzalez Serrano</i>	77
VII. Las persecuciones de la Iglesia (conclusion).— <i>Ernest Renan</i>	95
VIII. El mundo de plomo.—Poema.— <i>B. Blanco Asenjo</i>	109
IX. Correspondencia de Lóndres.—El buzón del editor.— <i>Nicolás Diaz de Benjumea</i>	115
X. Revista crítica.—Discursos del Sr. Alarcon en la Academia Española.—Discursos del Ateneo.—Carbajal.—Sanchez Moguel.—Canalejas.—Institucion libre de enseñanza.—Libros.—Teatros.— <i>M. de la Revilla</i>	121

30 DE MARZO.

	<u>PÁGINAS.</u>
I. El lago de las abejas.—Novela.— <i>Teodoro Storm</i>	129
II. El Ateneo de Madrid.— <i>Rafael M. de Labra</i>	149
III. Catorce años há.—Levantamiento de Polonia en 1863-64. — <i>Karl Blinds</i>	176
IV. El Bracman.—Poesía.— <i>M. Arenas</i>	191
V. La cárcel de Madrid (conclusion).— <i>Francisco Lastres</i>	193
VI. La leyenda de los siglos, por Víctor Hugo.—La paterni- dad.— <i>Leopoldo Alas</i>	211
#VII. Nuestras Bibliotecas públicas.— <i>Félix María de Urcullu y Zulueta</i>	223
VIII. Correspondencia de Paris.—Salones.—La leyenda de los siglos.— <i>Alfred de Musset</i> .—Teatros.— <i>Charles Bigot</i> ...	230
IX. Revista crítica.—Las nacionalidades, de <i>Pí y Margall</i> .— El árbol de la vida, por <i>Abdon de Paz</i> .—Los cien mil hijos de San Luis, por <i>Perez Galdós</i> .— <i>Pilatos</i> , de <i>Zor- rilla</i> .— <i>Manuel de la Revilla</i> .	

15 DE ABRIL.

I. El lago de las abejas.—Novela (conclusion).— <i>Teodoro Storm</i>	257
II. La idea de Dios en las sociedades modernas (conclusion). <i>José Heredia y García</i>	271
III. ¡Vanidad!—Poesía.— <i>Alfredo Florez y Gonzalez</i>	287
IV. La indagacion positiva y la física social.— <i>S. Schiattarella</i> .	288
#V. Introduccion á un ensayo histórico-crítico sobre la lite- ratura española en el siglo XVIII.— <i>Dr. Frédéric Ristoiré</i> .	311
VI. En un baile.—Poesía.— <i>Alfredo Florez y Gonzalez</i>	324
#VII. La ciencia española bajo la Inquisicion.— <i>José del Perojo</i> .	325
VIII. Correspondencia de Alemania.— <i>Bodenstedt</i> .— <i>Espinosa</i> . <i>Juan Fastenrath</i>	365
IX. Revista crítica.—Discurso del Sr. <i>Pelayo Cuesta</i> .—Insti- tucion libre.—El ocaso de la libertad, por <i>Castelar</i> .— Otros libros, <i>M. de la Revilla</i>	374
X. Crónica musical.— <i>Mignon</i> .— <i>Fausto</i> .— <i>J. Estéban Gomez</i> .	377

30 DE ABRIL.

I. El espejo.— <i>Salomé Nuñez y Topete</i>	385
II. El factor helénico del problema oriental.— <i>W. E. Glad- stone</i>	406

III.	La filosofía desde Kant, por <i>Friederich Harms</i> .— <i>Adolfo Gaspary</i>	441
IV.	En la ciudad de los muertos.—Poema en tres cantos.— <i>Alfredo Escobar</i>	450
V.	El elemento semítico en la historia.—Consideraciones acerca de la obra de Jules Soury.— <i>Pompeyo Gener</i>	461
VI.	La organizacion del teatro español, <i>M. de la Revilla</i>	484
VII.	Crónica musical.—Los últimos conciertos.—Circo de Rivas.—Teatro Real.— <i>J. Estéban Gomez</i>	500

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO VIII.